

88(4) 181
P-1-2 bis





UNIVERSITY OF TORONTO

ADOLFO DE SANDOVAL

ESTUDIOS

ACERCA

DE LA EDAD MEDIA

PRIMERA PARTE

EL ESPIRITUALISMO.

PEREGRINACIONES.—LA CABALLERÍA.—LOS NIBELUNGOS.

TROVADORES Y CORTES DE AMOR.

FILOSOFÍA CRISTIANA.—SAN AGUSTÍN (LA CIUDAD DE DIOS).

LA ESCOLÁSTICA.—SAN ANSELMO. EL ONTOLOGISMO.

SAN BERNARDO Y SU SIGLO.

SAN BERNARDO (CONCLUSIÓN). EL MISTICISMO.

RESUMEN CRÍTICO.

Ce petit livre n'est point un livre de science.

(OZANAM.—Les Poëtes Franciscains.)



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1886

PRELIMINAR

Ce petit livre n'est point un livre d' science.

(OZANAM.—Les Poètes Franciscains.)

En vano me dirán que ando revolviendo cenizas enfriadas para siempre, y removiendo ruinas irreparables de todo punto. Así sería si se tratase de instituciones humanas; pero no del asunto de mi obra, porque si es verdad indiscutible que la Iglesia nunca muere, imposible también que para siempre muera ninguna de cuantas cosas llegó á tocar con sus manos, ó á inspirar con sus alientos. Con estas elocuentes palabras concluye el Conde de Montalembert la introducción de su *Santa Isabel de Hungría*, y con ellas comienzo yo la serie de estos humildes ESTUDIOS, consagrados á la restauración del espiritualismo cristiano, que ha engendrado todas las fe-

cundas elevaciones de la Edad Media. Confieso que nuestro tiempo no está apercebido aún para esta grande resurrección espiritualista, sin la que ¡ah! no, no merece la pena el vivir aprisionados en los límites de la oscura desolada tierra. Pero grandes profetas, grandes filósofos, grandes iluminados, han anunciado ya, como muy próxima, la nueva Pascua, la Pascua bendita que ha de realizar el milagro de la predicación de los Apóstoles, renovadores de la faz de la tierra, por las inspiraciones del Paracleto, por el entusiasmo de la fe heroica, por el prestigio de la vida inmaculada, por el poder de la creencia incommovible, por la fuerza de la palabra elocuentísima, caída sobre el sepulcro de la humanidad, para sacarla del estercolero de todas las degradaciones, y bautizarla con el fuego del ideal cristiano. Nuevo Daniel que va á decir al mundo el castigo de los soberbios y la exaltación de los humildes, está contando extático las *Setenta semanas babilónicas*. Día grande, el día en que el espiritualismo cristiano vuelva á informar la vida de la humanidad, como la informó en la Edad Media; día en que palpitarán de júbilo los muertos en el fondo de sus tumbas olvidadas; y descenderá con el fuego del espiritualismo al corazón, el fuego de la verdad sobre la frente; y resonarán por el mundo la *Égloga* cuarta de Virgilio, el coro de los Profetas, las predicciones del Apocalipsis, que cuenta en la exaltación de la esperanza, el oprobio de la prostituída Babilonia, y la victoria de la celestial Jerusalén; y aparecerá en el firmamento, para los castos, para los sencillos, para los calumniados, para los perseguidos, para los espiritualistas,

para los que han cegado de tanto llorar en la noche sin fin de sus dolores, la aurora del día de Jacob, del día de Ageo, del día de Daniel, *en que fenezca la prevaricación, y tenga término el pecado, y sea borrada la maldad y traída la justicia perdurable* (1), y comience sobre la tierra el reinado sin sombra y sin ocaso, de la bendita civilización cristiana.

Gran parte de estos propósitos había cumplido la Edad Media, procurando realizar en tiempos asaz difíciles, aquellas palabras del Apóstol: INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO QUÆ IN CÆLIS ET IN TERRA SUNT. Y los había cumplido por el predominio del espiritualismo, que reverbera en todas las páginas de aquellos siglos; por la influencia altísima del Pontificado Romano; por las instituciones caballerescas, sublimadas por el culto á la mujer, y por la devoción á la Virgen Madre; por los dominicanos y los franciscanos, que arrebatan con sus predicaciones el alma de aquellas muchedumbres enardecidas; por las *Sumas* de los doctores escolásticos, que organizan y purifican el vasto sistema de la filosofía católica; por la literatura que, nacida, como toda la civilización, á la sombra de las basílicas bizantinas, medio luz y medio sombra, sublima el milagro y exalta á las generaciones, que sienten la idea de lo infinito hasta en la médula de sus huesos; por el simbolismo del poema dantesco, que conduce á las almas reclusas en la cárcel tenebrosa de este mundo, hasta el claro Tabor del Paraíso; por las fiestas religiosas, por los jubileos solemnes, por los capítulos de las Ordenes monásti-

(1) Daniel. C. IX. v. 24.

cas, por los misterios y los autos, representados bajo los pórticos de los templos; por los Códigos y la política de los Reyes, que gobiernan, como Carlo Magno, *coronados por la mano de Dios, Grande y Pacífico*; por el misticismo cristiano, que palpita en las páginas de Susson, de Taulert, de Ekard, de Kempis; por las artes todas que, regeneradas al pie de la cruz, levantan hasta el empíreo las agujas de las catedrales góticas, para poner ante la vista de la humanidad desterrada, con el recuerdo de la patria, el resplandor de lejanos y misteriosos cielos. Sobre la feudalidad, sobre los reinos, sobre las repúblicas, sobre los municipios, está el influjo soberano de la Iglesia en los siglos medios. Ella tomaba al hombre desde la cuna para dejarlo al borde de la eternidad entre sus bendiciones y sus plegarias; ella purificaba los primeros amores consagrándolos con sus ritos solemnes ante los floridos altares de la Virgen; ella entrega el bordón al peregrino que va buscando la remisión de sus pecados, y bendice la espada del guerrero que va á pelear á Tierra Santa, por la libertad del sepulcro de Cristo; ella abre los monasterios donde se suavizan los dolores del espíritu, y los hospitales donde se curan las enfermedades del cuerpo; ella encierra la ciencia en las escuelas, y el arte en los claustros maravillosos donde dejaron los pintores estela de inspiraciones inmortales; ella cultiva los campos, edifica puentes, pone cruces, para que no se pierdan los viandantes, al través de los caminos procelosos, é imágenes alumbradas por agonizante farolillo, como signo de bendición y de paz, en las puertas de las ciudades; ella penetra por las funcio-

nes de su ministerio altísimo, en las cortes, en los burgos, en los castillos de los señores, en las chozas de los villanos; ella construye hospederías para los que, tocados de místico llamamiento, y soñando con la muerte y con el Juicio, van en larga peregrinación á Asís, á Jerusalén, á Santiago (1), á Roma; ella levanta, como visiones de la fe, sobre el suelo de la Europa santificada, las catedrales góticas, que tendrán á la sombra de sus atrios el teatro, la Universidad, la contratación, el Jurado, las Cortes, y que llevarán en la mirada de sus santos, de sus vírgenes, de sus querubes, esculpidos en las pilastras en los altares, las promesas de la inmortalidad paradisiaca, que es el eterno pensamiento y la esperanza inacabable de los siglos medios. Por eso ha crecido tanto, por el espiritualismo, la Edad Media. Yo, al escribir las ingenuas páginas que van á leerse, he pretendido aportar también mi pobre óbolo á la reconstrucción de esa obra gigantesca, de esa edad heroica, *de esa bella adolescencia de la humanidad cristiana*, que dice Ozanam, destruída por las influencias del Renacimiento y de la Reforma. Y al terminar la PRIMERA PARTE de mis modestísimos ESTUDIOS, qué-dame—¿por qué no decirlo?—el consuelo de haber derramado algunas flores sobre las tumbas de nuestros padres, que fueron buenos y grandes por la fe, y ofrecido algunos granos de incienso en los altares de

(1) V. acerca de esto *De vita Caroli Magno et Rolando historia, Joanni Turquino archiepiscopo Remensis vulgo tributa, ad fidem codicis vetustioris emendata et observationibus philologus illustrata a Sebastiano Ciampi.*—Floren-
cencia, 1822, 8.º

Aquél que los hizo grandes y buenos, por sus designios. Mas ya debo de dar fin á estos renglones escritos á modo de INTRODUCCIÓN ó *de* EXORDIO, *porque el tiempo se nos da medido, y muchas cosas tenemos aún que decir.*

E GIÁ LA LUNA É SOTTO I NOSTRI PIEDI;
 LO TEMPO É POCO OMAI CHE N'É CONCESSO;
 E ALTRO É DA VEDER CHE TU NON CREDI (1).

(1) Div. Com. *Inferno*, XXIX. 4.



LIBRO PRIMERO

CARACTERES GENERALES DE LA EDAD MEDIA

(EL ESPIRITUALISMO)

AL EXCMO. SR. D. LUIS PIDAL Y MON,

Marqués de Pidal.

I

La fuerza que ha producido todas las grandezas de la Edad Media no es otra que el espiritualismo cristiano. Mirad el siglo XIII. Los trovadores han recogido ese espiritualismo en sus cantigas; los cruzados en sus trofeos; Dante en la *Divina Comedia*; los doctores escolásticos en las *Summas*; los Reyes y los Municipios en los Códigos y en las Observanzas; los artistas en las sombras de las catedrales góticas; los castillos en el amor romancesco y en la leyenda poética; los claustros en las maceraciones y en el milagro; la Iglesia en las peregrinaciones, en los jubileos, en las cruzadas; los franciscanos en sus predicaciones entusiastas; los guerreros en la exaltación caballeresca; los pueblos, en toda su vida que gravita en torno del Campo Santo y del santuario; las catedrales en todas sus piedras, que aún exhalan como el rumor de las místicas oraciones, y los cánticos de los exaltados penitentes. El génesis del espiritualismo es el génesis de la idea cristiana. Quizás Platón, Sócrates, Séneca, Vir-

gilio, almas gigantes tomadas de la nostalgia de lo infinito, han sentido cruzar por su pensamiento las iluminaciones, los relámpagos del ideal altísimo. Pero el día espléndido del espiritualismo es el día de la consumación universal. Un día, á las orillas del Jordán, por las soledades del desierto, oyóse una voz que clamaba: «Haced penitencia, porque el Reino de los cielos se aproxima» (1). Otro día un tribuno, un oscuro tribuno despreciado por el siglo, comienza á predicar á las turbas que le siguen por las ciudades y campos de la tierra de Judea. Y aún no se habían apagado en los aires los ecos de estas predicaciones, cuando una locura jamás hasta entonces conocida, la locura de la Cruz, se apodera de todo el universo.

A la sombra de la Cruz elevada en tarde apocalíptica sobre la cima del Monte Santo, vienen á cobijarse las naciones, como las aves del cielo se guarecen bajo las ramas de los árboles. Y no hubo más placer que el dolor voluntariamente aceptado; ni más deseo que el deseo de la tribulación; ni más victoria que la victoria sobre nuestras propias pasiones; ni más esperanza que la corona de espinas y la Cruz sacrosanta del Calvario. Este espiritualismo, provocado por la locura universal de la Cruz, aviva el alma de los siglos medios, que van á nacer de entre las conmociones y las ruinas del Imperio romano. Parece que el universo se anega en diluvios de humeante sangre; que los ángeles del Apocalipsis agitan por los espacios sus espadas exterminadoras; que ya no hay puerto en medio del universal naufragio; y viene entonces de la tierra del Oriente, del África abrasada, un pobre penitente, un oscuro nazareno, de la raza de los perseguidos, de los mártires, que va á salvar para siempre al mundo en la pura y bendita *Ciudad de Dios*. San Agustín, «el más grande de los doctores y el más bello de los ingenios» (2), varón extraordinario en quien parece haber tomado cuerpo el espíritu de la Iglesia, en su libro profético, escrito al fulgor de las teas que consumen hasta los huesos de la soberbia Roma,

(1) Matth. III, 2.

(2) Donoso Cortés, en el *Ensayo*.

entre los gritos de los bárbaros, que vuelan sobre caballos negros como la noche, escuchando los bramidos de la tempestad deshecha; en su *Ciudad de Dios*, iba diciendo, ha llamado á todas las gentes á cumplir los designios de la Providencia, y hecho de la tierra la catedral grandiosa á donde vienen en peregrinación inacabable los pueblos y las razas, vibrando en sus labios inacabable *Te-Deum*, como los antiguos cruzados. Los pueblos son los incansables jornaleros que pertenecen á la *Ciudad de Dios*: *pertinent ad civitatem Dei*, dice San Agustín (1). Cuando se iban en fúnebre cortejo todos los dioses caídos y todas las ideas muertas, y se disipaba como vana sombra la sociedad pagana, y abría cátedras el idealismo de la *buena nueva*, flotando sobre el caos, como la primera luz que irradió en el cielo, sigue su curso la santa *Ciudad de Dios*, seguro asilo donde no llegan, ni los rumores del combate, ni los estremecimientos de la tierra. Así, sostenido por la immaculada *Ciudad de Dios*, el espiritualismo de la civilización cristiana ha llegado á seguro puerto, después de haber atravesado los tempestuosos mares de la Edad Media. El espiritualismo toma entonces por asalto á la colosal enciclopedia católica; la teología eleva sus conclusiones á lo infinito; el arte vuela con alas de luz en pos del ideal eterno; la política todo lo refiere á la consecución de destinos inmortales; las fiestas populares congregan á los pueblos alrededor de santuario milagroso; el Papa llama á las naciones á jubileos solemnísimos; la vida de aquellos siglos se pasa en la peregrinación, en el castillo, en la catedral, en la cruzada, soñando siempre, al rumor de las campanas, con el Infierno y con la Gloria; viendo al hogar, á la existencia, al mundo, como sombra de un instante que pasa; que el espiritualismo en la Edad Media, es como ideal viviente, luminoso, que agitaba la fantasía y el corazón de los pueblos; cruzados en Jerusalem, peregrinos en Santiago, extáticos en los templos, devotos en el jubileo, trovadores en las cortes, románticos en los castillos y en las universidades; místicos, poetas, penitentes, filósofos, por las naves y por los claustros de nuestras

(1) Ciudad de Dios.

legendarias catedrales. «En aquellos días se pensaba más en la muerte que en la vida» (1).

El Campo Santo era la ciudad eterna; el infierno y el purgatorio la epopeya; el jubileo la grande asociación de las razas, y la cruzada la gran guerra. La Edad Media gravita toda enderredor de un sepulcro. «La vida no era más que la preparación para la muerte» (2). Por aquel tiempo la locura de la Cruz, que es el alma de todas las magnificencias de la Edad Media, viene á encarnarse, andando el siglo XIII, en un oscuro mancebo de Umbría, que, consagrado á los festines y á los amores, va á crucificarse como Cristo, su Maestro, y á convertir el férreo mundo de la sociedad feudal, en un mundo de espiritualistas exaltados, cuya vida luminosa y pura, sea como el himno de todo lo creado, y como la eterna aclamación del ideal. ¡Qué leyenda la leyenda franciscana! (3) Sí, sí, la Edad Media ha consagrado para siempre la soberanía indiscutible del espíritu sobre la materia; de la idea sobre la forma; del derecho sobre la fuerza; por eso ha tenido siempre para mí tan singulares encantos. Lo ha dicho historiador eminentísimo. «¿Por qué la universal supremacía del Pontificado romano? ¡Ah! porque el poder de los Papas, porque el Pontificado no representa más que el poder moral, superior de consiguiente á la potestad temporal del Imperio. ¿Por qué el predominio de las instituciones caballerescas? Porque por medio de ellas, la fuerza, el brazo de hierro de los paladines, se consagra al servicio de la justicia, del honor, del débil, del desvalido. ¿Por qué la teología brilla como astro de primera magnitud sobre todas las ciencias? Porque estudia todo lo que dice relación á los destinos inmortales del alma. ¿Por qué se encumbra tanto la dialéctica, en el sistema del *Trivium* y del *Quatri vium*? Porque enseña ante todo á pensar y á razonar. ¿Por qué la poesía épica, y en la poesía épica la *Chanson de Roland*, por ejemplo, si inferior á

(1) Orderico Vital. *Hist. Eccl.*

(2) Ozanam.

(3) V. Ozanam, *Des Poètes Franciscains en Italie au treizieme siecle*. Deuxieme edition. Paris 1855.

la Iliada bajo el aspecto puramente estético, es superior al poema de Homero cuanto al sentimiento candoroso y la profundidad de la idea? (1) Porque los poetas, los trovadores quieren sentir bien, antes que dar á la forma de sus composiciones los resabios y aderezos del clasicismo. ¿Por qué las ciencias naturales son las que relativamente han progresado menos en la Edad Media? Porque se ocupan de la naturaleza física, de la materia, del cuerpo. ¿Por qué en el arte, las pinturas ó las esculturas de los cenobios y de las catedrales, tienen los miembros rígidos, los ojos inespresivos? Porque los artistas atienden más que á la forma exterior, á la nota de lo infinito, al sentimiento dominante, y ponen en todas sus creaciones el éxtasis de la adoración, dando vida y expresión sublime á la dura piedra. La belleza moral es el soberano archetipo de aquellos siglos» (2).

De este modo, tocadas las instituciones y las ideas de la Edad Media con el fuego del espiritualismo, han quedado sobre la cúspide de los siglos, para admirar á las generaciones venideras. Decidme si no cómo ha podido transformarse la sociedad del siglo XIII; cómo han podido introducirse las ideas de justicia, de caridad, de amor, de lealtad, de romanticismo caballeresco, en aquellas almas indisciplinadas y violentas, obedientes sólo al aguijón del sensual instinto; crueles, inconstantes, semi-bárbaras; hasta crear en la vida y en el arte, el eterno tipo de la sociedad cristiana; el Rey, el caballero, el poeta, el monje, el filósofo de los tiempos medios. «En estos tiempos henchidos de tempestades, la exaltación del espiritualismo que la religión aviva en la fantasía de los pueblos, levanta á la humanidad á los encumbramientos más excelsos. En ese trabajo de transformación, ha escrito historiador ilustre, se engendran almas gigantes como San Luis, como Santa Clara, como Godofredo de Bouillon, como San Bruno, como Inocencio III, como Giotino, como Hildeberto, como Jacopone de Todi, como Buenaventura, como San

(1) V. León Gautier, *Comment faut-il juger le Moyen Age*, Chap. I.

(2) Lecoy de la Marché, *La société au treizieme siecle*. Introd. Paris, 1880. Obra notabilísima.

Francisco, el redentor de la Edad Media, como Santo Domingo, el Gonfaloniero de la Cruz; como Santa Isabel de Hungría, la más pura estrella del cielo de Alemania (1); como Orcagna, el pintor de las justicias eternas (2); como Raimundo Lulio, como Santo Tomás de Aquino, ese titán del pensamiento sublimado por la fe; como Helio, como Fra Jacomino de Verona, como el Poeta altísimo, que ha llevado sobre su alma todo el peso de la epopeya católica, y en su frente los resplandores del ideal, torcedor y verdugo implacable de su vida. Cuando se contempla en la historia de aquellos tiempos alguna de estas grandes figuras; cuando se asiste al espectáculo de los caballeros *Gesta Dei Per Francos*, no puede, no, olvidarse de que para transformar de esta suerte las razas bárbaras que inundaron la Europa á la caída del Imperio, ha sido preciso todo el sobrenatural poder del espiritua- lismo cristiano (3).

El obispo del Mans, Hildeberto, uno de los titanes del siglo XII, escribe al ilustre Guillermo de Mampeaux una carta en la que dice estas palabras: *Hinc denique est quod intra fines virtutis te colligis quod de vita tua cum natura non deliberas, minus attendens quid caro possit quam quid spiritus vellit* (4). Todo el pensamiento de la Edad Media está sintetizado en estas palabras de Hildeberto. Este es el íntimo sentimiento inspirador de los grandes hechos, de las santas vidas de aquella época; el secreto de la inspiración sublime, del arte espiritualista, capaz de levantar á la humanidad de las áridas playas de este bajo mundo, á las cimas luminosas de los cielos. Basta abrir ese libro admirable, el Libro de la *Imitación de Cristo*, «esa palabra descendida del cielo,» y leer una de sus páginas; basta penetrar por las naves de las catedrales góticas, escuchar una estrofa del *Dies iræ*, contemplar los frescos de Orcagna en el cementerio de Pisa, ó las pinturas del Giotto en

(1) León Gautier, *Comment faut-il juger le Moyen Age*, Chap. I.

(2) Ozanam, obra citada.

(3) Lecoy de la Marché, obra citada, Introd.

(4) Comte de Deservillers, *Hildebert et son temps. Un évêque au deuxième siècle*.—París 1876, Chap. I.

el cenobio de Asís, para comprender la fuerza cuasi omnipotente del espiritualismo verdadero, en las generaciones enardecidas de los siglos medios. La civilización de esas épocas obedece, como necesariamente, á una síntesis admirable; el deseo de lo infinito y el pensamiento de la eternidad. Este espiritualismo que palpita en las piedras de las catedrales, en los tercetos del poema dantesco, en las *Sumas*, en los *Tesoros*, en los *Espejos*, en las cruces de los caballeros, en las predicaciones de los monjes, en los romances de los juglares (1), en las leyendas de los Santos; el espiritualismo cristiano, informando todas las manifestaciones de la vida, todas las sublimidades del arte y de la ciencia, viene á ser como el fuego del cielo, la gran fuerza, el potente impulso que anima, purifica y hermosea el edificio de la civilización católica, coronada por los resplandores paradisiacos del siglo XIII, el siglo más excelso de la Historia. La época milenaria que ha engendrado entre los terrores del infierno y las señales del próximo pavoroso juicio la leyenda de *Roberto el Diablo* (2), errante por los campos de matanza, ebrio con los vapores de la sangre, incendiando los castillos y las escondidas chozas, profanando los conventos y talando las campiñas; delirante, loco, aborto triste del Averno; en el ocaso de su destino, quieto, manso, pacífico, postrándose á los pies del Papa; la época milenaria, iba diciendo, ¡ah! está todavía muy presente á los ojos de la humanidad, que ha buscado como refugio, en sus terrores sublimes, las lamentaciones de los claustros, y las visiones apocalípticas de las primeras catedrales, medio luz y medio sombra.

Por eso en estos tiempos, por tantas tempestades agitados, unos han pedido reposo al estruendo de la guerra; otros han tallado la barca, tejido la vela y marchádose por los mares del Oriente; los más se han guarecido bajo los brazos de la Cruz y se han refugiado en el claustro, para prepararse á la eternidad entre las Vírgenes y los Santos, y las estatuas bi-

(1) Lecoy de la Marché, *ibid.*

(2) *Histoire de Robert le Diable, Duc de Normandie*, contenida en la *Bibliothèque Bleue*. A. Liege, MDCCLXXXVII.

zantinas, que reverberan en sus ojos como el éxtasis de la gloria eterna, presentida desde las soledades del destierro. Contribuía también á esta exaltación espiritualista, el culto y la admiración á los Santos, «esos verdaderos héroes de la Edad Media» (1). Montalembert en su dulce é incomparable libro consagrado á cantar las glorias de la *buena y amada* Isabel de Hungría (2), ha estudiado maravillosamente la cuestión del patronato de los Santos en la Edad Media. ¡Qué innumerable pléyade de héroes divinos en todas las naciones!... Mirad, al acaso surgida, cualquier época de los siglos medios en Italia; en la Italia que ha engendrado á Dante, á San Francisco, á Jacopone, á Orcagna, á Giotto; con sus pintores que se van á los cenobios y á los cementerios, soñando con el perdón y con la gloria; y sus bandos de Güelfos y Gibelinos; y sus fiestas populares, realizadas por la luz espléndida y el aire perfumado, lleno de rumores de pasión y de vida; con sus ciudades comerciales, que han traído con los productos de sus naves la inspiración poética del Oriente; con sus Pontífices que bendicen á las naciones, depositarios de la tradición y del arte, cuyos resplandores extienden por toda la tierra con la predicación de los monjes, con las conclusiones de los doctores católicos, con las cruces de los peregrinos, con las espadas de los caballeros, con el prestigio de su poder, inmortalizado por las bendiciones del cielo, y por las apoteosis de la historia. Mirad. En Florencia, San Juan Gualbert, padre de los solitarios de *Vallombreuse*, «eterno enemigo de los Obispos simoniacos, y fundador de las buenas libertades públicas» (3); San Felipe de Benizzi, instituyendo la compañía de los *Servitas*, y oponiendo la abnegación de sus hermanos á las crueldades de Ezzelino y Enzo el tirano, terror de su siglo; Magdalena de Pazzi, sér todo alma, desprendida de todos los afectos de la tierra oscura; Giovanni delle Celle, cuya vida es como eterna comunión con el empíreo; en Siena, la de la catedral afigura-

(1) Ozanam.

(2) *Sainte Elisabeth de Hongrie*, avec une préface par Leon Gautier.

(3) Villani, *Crónica Florentina*.

nada y aérea, la que ha engendrado como cariñoso nido, á la ideal escuela de pintura que lleva su nombre, San Bernardino, enamorado con locos amores de la pasión de Cristo, y Santa Catalina, elocuentísima, penitente, consejera de los Pontífices y asombro de las naciones que se abrazan con la Cruz al eco de sus palabras, caldeadas por la fiebre del amor y del entusiasmo; legión de Santos que han conquistado para esa ilustre ciudad el título de *Antecámara del Paraíso*; en Pisa, la *morta*, inmortalizada por milagroso Campo Santo, ese testamento de la Edad Media, Reymar, que vuelve de la Tierra Santa, de Jerusalem, para arrastrar á su pueblo por las procelosidades del mar á la Cruzada (1); en Cortona, Margarita, la Magdalena de su siglo, que abandona el lecho de la orgía para crucificarse con la cruz de todos los dolores, y sentir por sus venas, como fuego, las palpitaciones del amor celeste; en Luca, Zita, la pobre sirviente, en quien se cumple la palabra excelsa que ha prometido el premio á los humildes, á los perseguidos, á los olvidados, á los puros de corazón; en Viterbo, Rosa, predicando á los nueve años la penitencia, el perdón, el desprendimiento de todo lo terreno, y armando al conjuro de su voz á sus conciudadanos contra la tiranía de Federico II, «que llevaba en todas sus campañas cónclave de doctores y serrallo de huries» (2); en Bagnorea, San Buenaventura, ese titán del misticismo, ese ángel en quien toma cuerpo la poesía cristiana, y que ha llevado el espíritu hasta Dios, hasta las hipóstasis divinas por la escala de su dulce *itinerario*; en Aquino, Tomás, ¡Tomás!... el filósofo más profundo que ha venido á la tierra, lumbrera y corona de la altísima Orden Dominicana, que ha conquistado por la ciencia el mundo antiguo, y por la caridad el Nuevo Mundo; en Todi, Jacopone, el insensato, ese hermano de todas las almas nobles y entusiastas, autor del *Stabat Mater*, poeta, jurisconsulto, orador, filósofo, mártir, que ha dejado la estela de la inspiración en sus cánticos, y la estela de la inmortalidad en los hechos de su

(1) Muratori, *Script, serum Italicarum*. T. V. 1.

(2) En la Crónica de *Salimbeni*.

vida agitadísima; Santa Clara, que, como se viera obligada por el Papa á bendecir el pan, vió sobre él la señal de la Cruz, «piadosa discípula de Cristo, bella planta del jardín seráfico» (1); sobre todos ellos, por penitente, por iluminado, por taumaturgo, por excelso, por entusiasta, por apasionado, por el poder que alcanzó sobre su siglo, el Redentor del siglo XIII, el Gonfaloniero de la Cruz, que se levantaba sobre todas las tempestades de aquella época para ser el Cristo de la Edad Media, y dejar los reflejos de su alma, y las palpitaciones de su pasión, á las ciencias, á las artes, á las turbas de discípulos que se vuelven por él locos, y que van en peregrinación, en jubileo, á los cenobios, á las cruzadas, al Oriente, sólo por haber predicado la Cruz, la Cruz bendita, en aquellas hermosas palabras con que concluye el capítulo VIII de las *Floreccillas*: que no hay gloria, ni vida, ni resurrección ni grandeza, sino en lo que proclamaba el Apóstol arrebatado al tercer cielo: *sólo una cosa quiero saber para saberlo todo, Cristo, y Cristo crucificado* (2).

Por otra parte, el simbolismo cristiano, manifestación espléndida del espiritualismo, despertando las almas á los grandes ideales, ha traído á la vida, en la Edad Media, reflejos del mundo de lo sobrenatural, que todo lo iluminan y magnifican. Nada más bello que las representaciones simbólicas de los Santos y de los personajes bíblicos (3), que por el poder fecundo de la fe, vienen á unir la tierra con el cielo, la esfera de lo sensible y la esfera de lo puramente ideal. Si en los libros santos reconocen los expositores dos sentidos, el literal y el místico (4); si todas las creaciones del arte cristiano tienen representación simbólica (5); nunca llega esta propiedad

(1) *I Fioretti di San Francesco*, cap. XXIV. Edición de Nápoles, 1839.

(2) *Ibid.*, cap. VIII.

(3) Ricardo de S. Víctor, *De Præparatione ad contemplatione*.

(4) S. Pablo, *Ad Cor.* 1.^a X. *Ad Galat.* IV. *Ad Hebr.* X.—S. Pedro, Ep. I, 3.—Orígenes, *De Principiis*: 4.—S. Jerónimo, *In Oseam*: 2.—Casiano, *Collat.* 14—4.—S. Agustín, *De Utilitate credendi*, 3.—Sto. Tomás, *Summa*: pars. 1, q. 1. art. 10; *Quod libeta*: 7, art. 16.

(5) V. Los tratados de Bosio d'Agincourt, y el de Cyprien Robert,

á grado tan eminente, como en las concepciones de los siglos medios, iluminadas por los rayos del espiritualismo verdadero. Escoged cualquiera de las portentosas obras de la Edad Media. Mirad, por ejemplo, la *Divina Comedia*; mirad el simbolismo que la ha informado. La dulce hija de Portinari, subida al cielo á los veintisiete años, brilla con la poesía del misterio, y el misterio que primero la realza es el misterio del número. Dante la vió por vez primera, ideal y pura, á los nueve años, *llena de majestad y de gracia* (1), en aquella fiesta, de familia, en la casa de los Portinari, embellecida por todas las maravillas del arte, y por todas las damas más hermosas de Florencia; la cantó con sus primeras inspiraciones á los diez y ocho; la perdió á los veintisiete, para transfigurarla luego en el Tabor de su pasión espiritual y eterna. El número nueve en todo. Mas nueve es el triplo de tres, y tres, el número de las divinas personas. Parece que irradia en la gloria de Beatriz, algo como reflejo de la Trinidad Santísima. Beatriz tiene, con el misterio del número, el misterio del nombre; significa lo que da la felicidad; y Dante, desterrado y dolorido, sólo encontró la dicha, á él sobre la tierra negada, caminando por las regiones de la muerte, para ser iluminado con los inmortales resplandores de su amada, exaltada por los ángeles á las últimas cumbres de la gloria.

Además del misterio del número y del misterio del nombre, hay en Beatriz el misterio de la representación. El pobre soñador florentino, atormentado por todas las tempestades de su siglo, y más que todo por la tempestad eterna de su propio corazón, puso en esa niña espiritual, inmaculada, en esa alma hermana que todos buscamos á lo largo del camino, en esa mujer ángel, el deseo perdurable, el bien soñado y presentido sobre la tierra; la luz, el amor, la vida, la ilusión, la felicidad sin sombra y sin ocaso; el ideal misterio-

Cours d'hiéroglyphique chrétienne, publicado en *l'Université catholique*, tomo VII, pág. 198.

(1) Boccacio, *Vita di Dante*.—Dante, *Vita Nuova*.—V. Villemain, *Cours de littérature, tableau de la littérature au Moyen Age*, pág. 378.

so y vago, sólo realidad immaculada en la mansión luminosa de los cielos. A continuación de los veinticuatro ancianos del Antiguo Testamento, en medio de los cuatro Evangelistas, por los cuatro animales representados, un grifón, emblema de Jesucristo, mueve el carro victorioso de la Iglesia; los demás escritores del Nuevo Testamento y las siete virtudes, completan el cortejo. El carro lleva una Virgen: es Beatriz, la visión purísima de la *Vita Nuova*, que despierta recuerdos y esperanzas en todas las almas entusiastas, y que ha huído de la tierra con sus hermanas las estrellas del firmamento, para transfigurarse en el monte santo del amor profundo é inmenso, que agitó hasta la quinta esencia el corazón del poeta altísimo, en quien toma cuerpo la epopeya católica de la Edad Media. Beatriz se llama á sí misma con este nombre (1): *Ben, ben, son Beatrice*. Con el olivo de la sabiduría, el blanco velo de la fe, el manto verde de la esperanza, y la túnica ardiente de la caridad (2); entre el triunfal acompañamiento, donde van los Evangelistas que han testimoniado los milagros de Cristo; San Pablo y Santiago, con sus cartas elocuentísimas; San Pedro, con los trofeos de la victoria; San Juan, con las visiones del Apocalipsis; el grifón invencible y las virtudes encumbradas, los ancianos de la Ley Antigua cantan en himno inacabable, como el cantar de los cantares, *¡Veni, sponsa Libano!* ¡Ah! Es la grande apoteosis del amor. La apoteosis de Beatriz es el pensamiento generador del poema dantesco; y esta apoteosis divina, *il primo amore* (3), es por modo sobrenatural y propio, por la eficacia del simbolismo cristiano, la apoteosis viviente de la hermosura espiritual y eterna... ¡Qué obra, la obra del poeta florentino!

«Oscuro infante de las orillas del Arno; desterrado y perseguido; atormentado por el fuego de ensueños grandiosísi-

(1) C. xxx. v. 25. Purg.

(2) *Sobra candido vel, cinta d'oliva
donna má apparve, sotto verde manto,
vestita di color di fiamma viva.*
(*Divina Comedia*. C. xxx. v. ii. Purg.)

(3) *Vita Nuova*.—*Divina Comedia*. Inferno, C. iii. v. 2.

mos y por las exaltaciones de amor jamás saciado; caído en oscura tumba prematuramente abierta; al envolverse en el polvo del sepulcro, y al escuchar los rumores de la eternidad ignota, había cumplido el voto sagrado, voto de amor, «de decir de Ella lo que nunca fué dicho de mujer alguna» (1). *La Divina Comedia* ha sido luego patrimonio de todas las civilizaciones, y el nombre de Beatriz se repetirá eternamente por todas las almas que sientan las inspiraciones del amor. Ante el poder sobrehumano del genio que toma posesión de la inmortalidad, las generaciones se han preguntado: «¿Si el arte corona de este modo á sus hijos predilectos, con qué diadema ceñirá Dios las sienes de los que conquistan su gloria?» (2) Mirad otra creación sublime de la Edad Media; cualesquiera de las catedrales surgidas al conjuro del espiritualismo, sobre el suelo de Europa en el siglo XIII. Los doctores que leen las páginas de misterioso libro; las vírgenes que han aspirado tanto incienso y escuchado tantas oraciones; los Obispos y los Reyes dormidos sobre los sepulcros; los Santos que llevan en su frente reflejos de la luz paradisiaca; las naves hechidas de sombras, y las capillas cubiertas de ex-votos; las ojivas que ciernen la luz reverberante en sus vidrios de colores; las torres, que ascienden, como las almas á la gloria; las campanas que enardecen con sus rumores á las muchedumbres exaltadas; ¡ah! todas esas piedras, todas esas figuras, todas esas representaciones, que os hablan de lo infinito, y os hacen sentir por vuestras venas el escalofrío de lo sublime, y por vuestra alma la idea de la inmortalidad, tienen el místico, el ideal sentido de la representación espiritual y altísima. En esas catedrales hasta las piedras hablan; *lapides clamabunt* (3). Y he aquí que hablando del simbolismo artístico en las creaciones de la Edad Media, por no sé qué íntima concatenación de ideas, acude á mi recuerdo el ceno-

(1) Dante, *Vita Nuova*.

(2) Ozanam, *Dante et la philosophie catholique au XIII siècle*. París, 1839. Parte IV. *Beatriz*.

(3) Dom Beaugendre, *Sermones*. Sermón LXXXIV, pág. 646, citado en la obra ya mencionada de Deservillers.

bio de Asís, la Jerusalem del siglo XIII, levantado sobre la *porciúncula* del Pobre Penitente, y al que han venido en peregrinación inacabable, como á su propio cariñoso nido, soñando con el perdón y con la gloria, todos los más grandes artistas de aquellos tiempos. El cenobio de Asís, esa teología escrita en piedra, es el verdadero poema de la Edad Media.

El oscuro tribuno, el humilde penitente, «el Gonfaloniero di Christo» (1), que durante su vida, eterna aclamación de lo infinito, no había tenido ni una piedra donde reclinar su cabeza; al descender á los abismos de la tumba, ya clareada por los albores de la resurrección gloriosa, aviva el entusiasmo de los pueblos que levantan sobre la fosa del bendito Santo, gótico templo, que viene á ser como la escala mística de los cielos; entre las sombras, la capilla subterránea, la cripta que guarda las cenizas de este Redentor elocuentísimo; sobre la cripta, la basílica maravillosa, realizada por todos los prodigios del arte y por todas las inspiraciones de la fe; por último, como coronando esta epopeya divina, la iglesia superior, aérea, luminosa, transparente, poblada de oraciones y de ex-votos, cuyas ojivas se abren allá entre los fulgores de la gloria, y cuyas torres, que se pierden en el éter claro, llevan sobre las alas de los ángeles, en los labios de las vírgenes, de los doctores, de los bienaventurados allí esculpidos, con las plegarias de los monjes y de los peregrinos, las castas aspiraciones, y los suspiros inacabables de la tierra oscura y desolada. En ese monasterio se ha eternizado el simbolismo de la estética cristiana. Es como el poema de Dante; el abismo poblado de tinieblas, el mundo de sombras y de luces; la región del descanso sin término, y de amores sin zozobras.

El mundo de lo sobrenatural compenetraba, como en la leyenda, el mundo de lo natural y terrestre.

(1) *I Fioretti.*

II

Todas estas relaciones entre lo natural y lo sobrenatural, trayendo á la tierra los reflejos del mundo supra-sensible, venían á purificar y á hermohear, idealizándolas, todas las poéticas diversiones de aquellos siglos. «La fundación de un monasterio era un acontecimiento como la de un Reino» (1). Los autos y los misterios representados bajo los atrios de los templos (2); los romances de los trovadores, cantando la guerra y el amor (3); las fiestas suntuosísimas, ya religiosas, ya profanas (4); la coronación de las catedrales, donde tantas generaciones habían trabajado; el Jubileo que

(1) Mabillon, *Annales Vetera*.

(2) V. Lecoy de la Marché, obra citada.

(3) Ferrari, *De antiqui romanzi e dei poemi romanceschi d'Italia...* Milano, 1828. Vol. primo.

(4) Muratori, *De ludis ævi medii*.

despertaba al mundo como lo despertaban las Cruzadas; los milagros de un bienaventurado patrono del próximo convento; he aquí lo que constituía el ameno esparcimiento y la poética diversión de aquellos siglos, atentos al espíritu, y que todo lo relacionaban con los espectáculos de la muerte y los misterios de la eternidad abrumadora. Nada más hermoso que las fiestas celebradas en Florencia, para solemnizar el día de su patrono San Juan Bautista. Á la sombra de aquellos palacios romancescos; bajo el cielo de esa ciudad incomparable; al resplandor de las estrellas, en noche voluptuosa para el amor apercebida; en aquella atmósfera llena de aromas; evocando la leyenda y la poesía de la tierra italiana; en esos espectáculos que Dante recordaba en el destierro, compañías de miles de personas, los jóvenes realzados por el talento, por la hermosura, por la nobleza, vestidos de blanco, conducidos por prestigioso jefe con el título de *Señor de Amor* distinguido, al sonido de las trompetas, henchidos de pasión, de sentimiento palpitante en sus labios, en sus ojos, recorrían triunfalmente las calles de la ciudad *dei fiori*; y venido el día, pléyade de hermosísimas damas adornadas por el lujoso tocado de aquellos tiempos (1), y de apuestos caballeros, acompañados de su cohorte de bufones; el clero, los peregrinos, los ciudadanos de ese pueblo artista hasta en la médula de sus huesos, los compañeros de Dante, se congregaban en el templo, milagro de la inspiración cristiana; en la plaza pública, como el Agora de Atenas, como el Foro de Roma, alrededor del errante juglar que cuenta historias de amor, tal vez el episodio de Francesca de Rímini, ó la leyenda de los Santos; en los palenques de la *Gaya Scienza*, nacidos á la sombra de los naranjos de Provenza, y que por entonces celebraban también nuestras viejas ciudades castellanas, y nuestras ciudades arrulladas por las olas del Mediterráneo; ejecutaban representaciones alegóricas, juegos poéticos; hasta que llegado el crepúsculo de la tarde, subían de nuevo á los espacios, con los ecos de volup-

(1) Muratori, obra citada.

túosa serenata, los resplandores de la tradicional hoguera encendida en la inolvidable noche de San Juan (1). Mientras en Tréviso bullía el regocijo de solemnidades famosas, durante los cuales se levantaba en la plaza pública artificial castillo, cuya defensa era encomendada á las damas solamente; y los Emperadores venidos para recibir la corona de manos de los Pontífices, los Reyes de Sicilia, los Marqueses de Este y de Monferrato, daban á su corte caballerescos espectáculos (2); y en Venecia, regocijada por los placeres del amor y de la vida, resonaban los cánticos de fiestas perdurables, entre los rumores del mar tranquilo, al reflejo de aquel mágico horizonte, por aquellos palacios legendarios por donde aún vaga la sombra de espirituales damas, como el ideal hermosas; y Roma ardía en júbilo, celebrando á Carlos de Anjou y á Conradino, con fiestas realzadas por juegos ecuestres, marchas triunfales, danzas y recitados acompañados de flauta y tamboril (3); y en Sicilia eran el entusiasmo de las turbas los juglares, los histriones, *uomini di corte*, cuyo oficio discute Santo Tomás en la *Summa* (4), y preocupa á los magistrados populares (5); otros espectáculos enteramente distintos despertaban por el suelo de Europa el sentimiento religioso de las naciones, y eran no menos populares y solemnes. Para citar algo de mis estudios predilectos, y dentro de ellos, algo de la suavísima Leyenda Seráfica, poseído de vehemente entusiasmo, no puedo menos de traer á mi recuerdo el primer Capítulo General, celebrado en vida del milagroso San Francisco. Era el 26 de Mayo de 1219, y día en que se conmemoraba la Pascua de Pentecostés. En el valle de Asís, embellecido por las maravillas del arte, por los esplendores de la naturaleza, por el encanto de la leyenda; bajo el cielo lu-

(1) Muratori, *Antiq. Italica*. T. II.

(2) *De ludis medii ævi*, Muratori.

(3) Muratori, id.—Ricordano Malespini, *Crónica*, Cap. CCXIX.—Villani, *Storia*, Lib. VII. Cap. LXXXIX.

(4) *Secunda secunda*. q. 168. Art. 3.º *Summa Theol.*

(5) *Ut cantatores Francigenarum in plateis communis ad cantandum morari non possint*. Estatuto de Bolonia, 1288.

minosísimo de Italia, en la estación hermosa en que se abren las flores á los besos de la brisa, y los corazones á las emociones del amor; cinco mil hermanos, pobres, humildes, apasionados, penitentes, se congregaban en popular y fortísima república. Aún vibraban en los aires las ardientes predicaciones del fundador seráfico; y allí estaban las muchedumbres extáticas, en la tierra sagrada, en la Jerusalem divina, que había contemplado los primeros arrebatos, y las primeras lágrimas del Santo.

Tenían los Hermanos Menores, por lecho la tierra; por almohada la roca dura; el capuz por todo vestido; por corona de su gloria el cielo; por asilo, los montes de Umbría, que guardan toda la hermosura poética del suelo italiano. El aire cargado de aromas, llevaba en sus alas como vivo murmullo, como inextinguible conversación con lo infinito, las salmodias de aquellos hombres extraordinarios, congregados en grupos de veinte, de cuarenta, de ochenta, embriagados con el vértigo de gozo espiritual é inefable, y que, «trovadores de un mejor amor,» (1) celebraban el amor de Cristo, cuando las cortes y las repúblicas italianas cantaban la apoteosis del amor humano. Verdaderamente era el Capítulo General acontecimiento nunca visto. «Este, este es el campo de Dios, y aquí están sus caballeros,» decían las muchedumbres llegadas en numerosa peregrinación á la ciudad de Asís, para admirar este suceso portentoso. Allí, allí estarían el alma toda de San Francisco, el Fundador excelso, en el cual no había ni una palpitación espiritual que no fuera como la aclamación de lo infinito; allí el hermano León, su dulce compañero, «el pequeño corderito de Dios,» como él lo llamaba; allí Bernardo de Quintavalle, «cuyo entendimiento subía como el vuelo del águila á alturas inaccesibles» (2); allí San Antonio de Padua, el taumaturgo á quien escuchaban los peces y los hombres, y que viene á mi pensamiento como lo veíamos en mi ciudad querida, allá por Junio, con el nimbo á la cabeza

(1) Ozanam, en los *Poetes*.....

(2) *I Fioretti*, cap. II.

y el ramo de azucenas en la mano, los pies ensangrentados, manchado por el polvo del camino el pobre sayo (1); allí el hermano León, á quien el fundador San Francisco había explicado el sentido de la sabiduría verdadera (2); allí Masséo de Marignano, «varón de extraordinaria santidad y ciencia (3), que preguntaba en cierta ocasión á su Maestro por qué el mundo corría tras él, no teniendo ni nobleza, ni sabiduría ni hermosura del cuerpo » (4); allí el beato Rufino, todo penetrado de humillación y de obediencia, y que un día fué tenido por loco, por haberse presentado desnudo por mandato del *povero di Christo*, para predicar en una iglesia (5); allí Santo Domingo, «el Patriarca de la Orden de Hermanos Predicadores, que iba á la sazón de Borgoña á Roma, y que sabiendo la celebración del Capítulo Seráfico, en el valle de Santa María de los Ángeles, asistió á él con siete hermanos de su Instituto» (6); allí un Cardenal muy devoto de San Francisco, á quien éste predijo que sería Papa, como así fué (7); todos ebrios de fe, de amor, de esperanza, de *consuelos*, ciudadanos de la nueva *Ciudad de Dios*, que San Agustín había ya presentado, y á cuya formación concurren ahora el cielo con sus bendiciones y la naturaleza con sus prodigios; las bestias sometándose á la voz de los religiosos; los pájaros escuchando la predicación de San Francisco, y los peces dejando los abismos del mar para oír la palabra caldeada de San Antonio; las tumbas devolviendo de su seno á los muertos para producir la conversión de los vivos; todo para fundar sobre la sociedad del feudalismo, armada de hierro, la Orden Seráfica, la más grande, la más poética, la más simpática de la Edad Media. El Santo que predicaba á los pájaros y á los

(1) *I Fioretti*, cap. XXIX.

(2) Cap. XX.

(3) Cap. VIII.

(4) Cap. VIII.

(5) Cap. XXIII.

(6) Cap. XIII.

(7) Cap. XIII.

hombres (1), y que en clara noche, lleno de éxtasis y de lágrimas había rivalizado con el ruiseñor, cantando las alabanzas del Señor omnipotente; y que al fin de su vida, como deseara oír algo de música, escuchó el canto de los ángeles vendidos sobre las ventanas de su celda (2); y que había compuesto el himno entusiasta *delle creature*, después de los transportes de profundo arrebató, mandando á Fray Leonardo que lo escribiera, y á Fray Pacífico, grande poeta en el siglo, que lo vistiera de palabra, de ritmo, y á sus hijos los Hermanos Menores, que todos los días lo recitasen de memoria (3); San Francisco, de alma tan exaltada y tan poética, no pudo menos de comenzar á cantar por el valle de Nuestra Señora de los Angeles las alabanzas de Dios, que refleja y como sella su propia gloria en la hermosura de las cosas creadas. El rayo de lo ideal, de lo santo, de lo noble, de lo bello, irradiaba sobre los Hermanos de la Orden Seráfica, que hablaban la lengua de los trovadores, y cantaban como ellos á una reina, la Reina de los cielos y de la tierra, á la que saludaron con el poético Ángelus, cuyos acentos resuenan por mis valles al brillar el primer lucero en la inaccesible soledad del firmamento (4).

La celebración del primer Capítulo General de la Orden Seráfica era un acontecimiento tan sorprendente, como el de la fundación, ó la consagración de poderoso Reino (5). De aquellos pueblos iluminados por el sol de Italia; de aquellas ciudades de eterna fecunda primavera; de la corte del Papa, que á la sazón residía en Roma; del valle de Spoleto; de todas partes, al conjuro del espiritualismo, llegaban muchedumbre de Condes seguidos de acompañamiento lucidísimo; de Barones con sus cortes; de caballeros con sus trajes vistosísimos; de Obispos con su cabildo; de abades con sus hábitos

(1) *I Fioretti*, cap. XII.

(2) Tomás Celano, X. San Buenaventura. *Legenda Sancti Francisci*, C. V

(3) Waddingus, *Annales Minorum*, ad annum 1224.

(4) *Acta canonizationis S. Buenaventuræ*, ad calcem operum, T. VII, pág. 799. Maguntice, 1609.

(5) San Buenaventura, *Legenda*, etc., cap. IV.—Waddingus, *Annales*, etcétera, ad annum 1219.

legendarios; de clérigos en número indecible; de trovadores, de peregrinos, de burgueses ávidos de presenciar Asamblea tan extraordinaria: «pues el mundo no había visto aún tantos hombres bienaventurados reunidos» (1). En medio de la inmensa concurrencia congregada en el día en que la historia conmemora la venida de las lenguas de fuego en el cenáculo, como si en aquel momento descendieran de nuevo sobre la cabeza de los Apóstoles del siglo XIII, San Francisco, desbordado en amor, anunció á todos lo que el Espíritu Santo le hacía decir, y puso por tema de su sermón estas palabras: «Nosotros hemos prometido á Dios grandes cosas, pero más grandes nos las ha prometido Él, si guardamos sus santos mandamientos; el placer del mundo es corto, la pena que le sigue eterna; pequeño el sufrimiento en la tierra, pero infinita la gloria que nos espera» (2). Con elocuentísimos acentos, en los transportes del amor, en la dulce popular lengua de los trovadores, aquel pobre penitente que tenía en su cuerpo y en su alma viva y palpitante la pasión de Cristo, exhortó á sus hermanos á guardar obediencia perpetua á la Iglesia; la caridad fraternal predicada por el discípulo de los secretos divinos; á rogar á Dios por todos los hombres, que todos son sus hijos, aunque tantos lo desconozcan ó le olviden; á sufrir con paciencia los oprobios, las persecuciones, los dolores, por amor á Cristo; á no ponerlo todo en las cosas de este mundo en el tiempo de prosperidad, y á padecer con mansedumbre en los momentos de prueba; á vivir en paz eterna con Dios, nuestro Padre; con los hombres, hermanos nuestros; con la propia conciencia; fundando de este modo la *Ciudad de Dios* acá en el mundo; á perseverar en la observancia y en el apego á la pobreza santa, porque todos los bienes materiales son como vana sombra de sombra; á guardar la pureza, la castidad que nos transforma en verdaderos ángeles; á poner todo el pensamiento y todo el corazón en lo sobrenatural y en lo infinito (3).

(1) *I Fioretti*.....

(2) *I Fioretti*...

(3) *I Fioretti* ..

Concluyóse el Capítulo, y San Francisco, después de haber predicado á sus hermanos, y de anunciarles el reino de Dios y sus caminos, los envió por todo el mundo con la bendición del cielo y la suya; «todos penetrados de *consuelo* y de gozo espiritual» (1). Y al bajar sobre el valle de Santa María de los Ángeles las primeras sombras de la noche, cuando la innumerable concurrencia se retiraba edificada y conmovida, y los barones, los Obispos, los abades, el pueblo, los peregrinos, volvían de aquellos sitios inmortalizados por el Santo de la Edad Media; la salmodia de cantos henchidos de fe y de poesía, las alabanzas de los pobres franciscanos, como el aleteo de las almas, subiendo á las alturas, mezclábanse con los rumores de la tarde, y con los tenues vapores del crepúsculo. Enfrente de la sociedad de hierro, al lado de Ezzelino, de Barbarroja, de Enzo, levantábase la immaculada *Ciudad de Dios*; el alma del grande Santo, que llevaba sus irradiaciones celestes á la poesía, á la metafísica, á la política, á la religión, al arte, á la vida toda, transfigurándola en el Tabor del espiritualismo cristiano. Porque toda la existencia era entonces como la preparación de la muerte; toda ella gravita en derredor del sepulcro. Por eso todas las literaturas escriben por aquel tiempo el poema de la Danza Macabra (2). Orcagna, el sublime Orcagna, venido junto al Cenobio de Asís, á Pisa, pintó en su Campo Santo milagroso, el Juicio Final, para poner ante la vista de la humanidad enardecida, como término de todos los dolores, la irremediable muerte. Y surgen en el suelo de Europa á la evocación del idealismo, las catedrales góticas, y en ellas, en los claustros, por las pilas-tras, en los atrios, los artistas tocados de sublimes nostalgias, han dejado como la visión de aquellos siglos, el juicio, la muerte, el Purgatorio y el Infierno, para decir á las generaciones que la vida es como vertiginoso ensueño, y que des-

(1) *I Fioretti... Del meraviglioso capitolo che tenne S. Francesco á Santa María degli Angeli, dove furono altre cinque mille frati.*

(2) Véase la obra de Hipp Fortrul, *La danse des morts dessinée par Hans Holbein; gravée sur pierre par Joseph Schotaner, expliquée é précédée d'un essa sur les poemes et sur les images de le danse des morts.* Paris, 1842.

pués de ella, á la orilla de misteriosos mundos, se abre el abismo de la eternidad sin crepúsculo y sin ocaso. Y junto á la sombra de la Catedral, el Baptisterio y el Campo Santo, esa Ciudad de la muerte. Toda la patria y todo el destino se reasumía en el Cementerio, en la Catedral, en el Baptisterio; nacer, vivir, morir, he ahí todo; arribar á las playas de la existencia, henchir el alma con el estruendo de todas las tempestades y con el licor de todos los dolores, y abismarse por último en el polvo sagrado de Jerusalem, que traen á toda vela las naves de la noble Pisa, para que en él se envuelvan los huesos de sus ilustres ciudadanos, y satisfacer de este modo los anhelos de los que no se armaron con la Cruz, ni dejaron los despojos de su cuerpo á la tierra bendita del Oriente.

Por eso la consagración de las catedrales es el acontecimiento verdadero de la Edad Media. ¡Ah! en esos siglos la Catedral lo es todo. En ella se representan los misterios; por sus pórticos llora el penitente; por sus capillas discurren los peregrinos y extasíanse los orantes; ante sus vírgenes nacidas de inspiración sin sombra de pecado, cantan los poetas, y pintan y esculpen los artistas; por sus claustros poblados de sepulcros, discuten los teólogos y los filósofos; por sus ojivas suben con el aroma del incienso las oraciones al empíreo; porque la Catedral en la Edad Media, ¡ah! es la nave santa flotando sobre las tempestades del día; el perfumado sendero que termina junto á la gloria; el lugar venerado, henchido de tantos cuerpos muertos y de tantas ideas vivas; la estrella sin sombra y sin ocaso; el centro de asociación de los pueblos y de las razas; la roca que se levanta sobre las tempestades de este mundo; la ciudad mística de Dios. Nada más propio para enardecer las imaginaciones de esos siglos, y levantarlas á aspiraciones inmortales, que el simbolismo de la Catedral cristiana. Todo tiene en ella místico sentido. Las torres figuran la cabeza de Jesucristo, en quien se encierra todo el tesoro de los misterios divinos.

El ábside representa la confesión, la penitencia, refugio de los que se manchan con la culpa. Las campanas son como los Padres de la Iglesia, que al eco de sus palabras arrastran

á los hombres al redil del Buen Pastor. Las columnas son la expresión de los Obispos, cuya autoridad sostiene siempre firme la casa de Dios acá en la tierra. Por eso en el *Cantar de los cantares* dice Salomón: «Hizo sus columnas de plata» (1). La plata es un metal brillante y sonoro; así los Obispos, mantienen en pie, con sus predicaciones, el Templo Santo. Las ventanas significan la Escritura divina; «por ella el Sol de justicia nos ilumina y dirige.» Las puertas son símbolo de la fe, por cuya mediación entramos como hijos en la Iglesia. Los dos muros son la imagen de los dos pueblos, el judío y el gentil, que convertido viene á constituir una parte de la Iglesia; por lo que dice el Apóstol: «Ellos conservan la unidad de fe por el lazo de su paz.»

Este lugar sagrado no se destina solamente á la celebración de misterios inefables, sino á fines prácticos de edificación y de reforma espiritual (2). En él se bautizan los que vienen á la vida; se purifican los manchados; se templan para todos los combates las almas, y se siente el aliento de la plegaria; pues escrito está «que Mi Casa será llamada casa de oración» (3). Los pueblos se conmueven á la voz de un monje, á la noticia de un milagro, al descubrimiento de veneranda reliquia, á la aparición que cruza el firmamento. Y se da comienzo á la grande obra. Las piedras se amontonan en inmensas moles, y allá vienen todos, como asiduos trabajadores, al reclamo de las indulgencias, queriendo desvanecer en místicas contemplaciones los terrores del pavoroso Infierno. «Es un prodigio inaudito—dice el abad de San Pedro sobre el Dive, Aimon, á los monjes de Teuteberg, en 1145—ver á hombres poderosos envanecidos de su cuna, acostumbrados al deleite, tirar de un carro y arrastrar piedras para el santo edificio. Mil personas entre hombres y mujeres tiran á veces de un carro, pues tan pesada es la carga; sin embargo,

(1) *Canticum Canticorum*, III, 10.

(2) *Opere Hildeberti*. Colección de Dom Beaugendre. *Serm. in dedicatione ecclesie, sermo tertius in collet.* Serm. LXXXIV, pág. 646.—En la obra citada *Un évêque au XII siècle.*

(3) *Ibid.*

todos lo llevan con alegría y con paciencia. Si se paran en el camino, hablan poco, y solo de sus pecados. Por la noche encienden antorchas en los carros, alrededor de la Iglesia, y alaban á Dios mientras velan» (1). Por fin la Catedral eleva ya sus torres á las alturas. Llegan los Reyes, los caballeros, las comunidades, los trovadores, el pueblo, á los rumores de las campanas, ávidos de postrarse al pie de los altares, y de decir, como el Rey Sabio, las *Cantigas de la Virgen*. Aparecen los prelados envueltos en púrpura, para esparcir el agua bendita, y surge de la tierra, como el alma del casto, la Catedral, la Catedral aérea, con sus torres perdidas entre los arreboles de la gloria, con sus naves pobladas de misterios, y sus capillas pobladas de oraciones; con sus ojivas que cierran el resplandor paradisiaco, y sus santos que guardan en el fulgor de su mirada algo de los éxtasis del cielo; con sus claustros silenciosos llenos de sepulcros, donde duermen los Obispos vestidos de pontifical, como si los esperase lujosa ceremonia; los Reyes, «á quienes Dios juzga lo mismo en la pompa del trono que en la soledad de la tumba» (2), llevando el cetro y la corona aún en las tristezas del sepulcro, el caballero cruzado ceñido de férrea cota, plegando sus manos en oración extática; los peregrinos que han muerto más allá de los mares, con las piernas cruzadas; la esposa de Jesucristo, la monja que tiene extendidos hasta la cintura los cabellos sacrificados en holocausto del amor divino; el religioso con su nombre solamente, y las palabras *De profundis*; los que mueren en la paz, con los ojos cerrados y el lebril cariñoso á las plantas; las damas encanto de su siglo, en el éxtasis de misteriosísima plegaria; los esposos con las manos entrelazadas, porque juntos pasaron las tempestades de la vida, y juntos quieren arribar al puerto seguro de la eternidad dichosa.

Entre las notas de mis estudios históricos guardo la detallada relación de las fiestas celebradas cuando se consagró la catedral del Mans, regida por uno de los hombres más ilus-

(1) *Annales Ord. Benedict.* Tom. VI, pág. 352.

(2) Lacordaire, *Vie de Ozanam*, cap. II, pág. 11. París, 1856.

tres de su tiempo, del siglo XII, Hildeberto, Arzobispo de Tours más tarde, autor de portentoso libro titulado *Tractatus Theologicis*, en el que se establece la clasificación y el método que después elevó á la perfección Santo Tomás en la *Summa*. La catedral del Mans, cuya fundación se remonta á los primeros tiempos de la predicación cristiana en las Galias, fué consagrada, según el testimonio de los cronistas, el lunes de Cuasimodo del año 1120 (1). Reyes, nobles, Obispos, abades, burgueses, asistieron conmovidos á la piadosa ceremonia. Allí estaban Gilbert, Arzobispo de Tours, «prelado de ciencia, de juventud y de nobleza,» que bendijo el altar mayor levantado en honra de Dios salvador, de su Madre, y de los mártires Gervasio y Protasio; Jorge, Arzobispo de Rouen, antes dean del Mans, presentado para su diócesis por el Conde Helio del Maine y por el Rey de Inglaterra (2), de gran ciencia y doctrina en cánones y en gobierno, que consagró la capilla de San Julián; Marbod, venerable pastor de Rennes, cuya cabeza coronaba la triple diadema de la poesía, de la ciencia y de la virtud, que dedicó el altar de los Apóstoles Pedro y Pablo; Renaud de Martigné, de la casa de Mayenne, Obispo de Angers, Arzobispo de Reims más tarde, y amigo entrañable de Luis el Craso, y que colocó la cruz en el altar del Santo Cristo, é Hildeberto que consagró la capilla dedicada á Nuestra Señora de la Cabeza. Estas festividades duraron muchos días pasados en medio del esparcimiento y de las diversiones de aquellos tiempos, y quedaron eternizadas por la elocuencia del ilustre Obispo del Mans. El Conde de Anjou y la Condesa Eremburga, su esposa, hija de Helio, asistieron á la solemne ceremonia. Los Obispos allí reunidos invitaron al Conde para que en memoria de este acontecimiento hiciera, según práctica piadosa, alguna donación á la Iglesia consagrada. El Conde les contestó que se marchaba para apaciguar sus Estados, y que á su regreso cumpliría los deseos de los prelados, que eran los suyos.

(1) Obra citada del Conde de Deservillers, *Un évêque au XII siècle*.

(2) Orderico Vital, *Historia*, Lib. X.

Pasado algún tiempo vino de nuevo al Mans, acompañado por muchos de sus Barones, y en la Catedral, en el altar de San Julián, en presencia del Obispo y de los canónigos, concedió en honor de ese Santo una feria que debía de comenzar en los aniversarios de la dedicación de la Iglesia, y durar tres días consecutivos, sábado, domingo y lunes, otorgando al Obispo y cabildo durante estos tres días las ofrendas de cualquier especie, que eran por el uso debidas á los magistrados y barones en la ciudad y en las villas, no reteniendo ninguna, excepción hecha de las sumas pecuniarias de composiciones por muertes, que son siempre reservadas expresamente á la Corte del Conde, á no ser que las composiciones por robo ú otro crimen pertenezcan á la jurisdicción de la Iglesia. Después de hecha esta donación por el Conde y la Condesa, y á la que asociaron á su hijo Godofredo, aprobada por los barones y por el pueblo, el Conde, tomando á su hijo en brazos, lo levantó sobre el altar, diciendo: «San Julián, yo pongo bajo tu guarda mi hijo y mi casa; sé tú el defensor y ayudador de la una y del otro;» y dejando á su primogénito sobre el altar, se retiró llorando, y partió luego á la Cruzada (1). «Y todo se cumplió,» dice un autor antiguo (2). El Conde Foulques murió siendo Rey de Jerusalem; el hijo del Conde fué Godofredo Plantagenet, tronco de la potente y preclara casa de los Plantagenets. La Condesa, que mezclaba sus lágrimas y plegarias con las de Foulques, era Eremburga, la hija y heredera del piadoso Conde Helio, último del Maine, insigne por su legendario valor y sus eminentísimas virtudes. Así terminaron las fiestas de la consagración de la catedral del Mans, que tanto ruido produjeron por su esplendor en los anales de la Edad Media; fiestas religiosas y populares que tanto contribuían á espiritualizar las costumbres, poniendo ante el pensamiento de la humanidad los resplandores de lo eterno, y el simbolismo de la estética cristiana. Por aquellos tiempos también, entre los mayores por-

(1) Mabillón, *Ann. Vetera*. T. II, cap. XXXV.

(2) Dom. Beaugendre, *op. cit.*

tentos de nuestra epopeya, esculpida en las estrofas de nuestros romances, y en las decisiones de nuestros fueros y cartas pueblas, mientras aparecían como sueño voluptuoso del Oriente las mezquitas revestidas de aljófares, todas llenas de la idea semítica, y donde caen los surtidores por árabe cantar acompañados, iban á surgir también en la caballeresca Burgos, en la romancesca Toledo, en León la legendaria, esas catedrales verdaderos milagros del arte y verdaderas visiones de la fe, en tanto que los trabajos de generaciones entusiastas proseguían elevando á lo infinito la aérea incomparable torre de mi ciudad misteriosa y triste, que nos cobija á todos con su sombra, como la gallina á los polluelos bajo las plumas de sus alas. «No, no; ya no es el templo la basílica bizantina llena de sombras; no es la pagoda oriental, representación grosera del Dios naturaleza; no es el templo griego, morada, pedestal y abrigo del hombre deificado; no es la mezquita árabe, fantástico y caprichoso vestíbulo del Paraíso de Mahoma, mansión de las eternas huríes; es la casa de Dios vivo y la síntesis del universo; la síntesis de la naturaleza, pero no de la naturaleza real, sino idealizada; no solitaria como antes de la aparición del primer hombre sobre la tierra, sino palpitante de vida y llena de la presencia del hombre y del Creador; es la síntesis del hombre, pero no del hombre ídolo, sino del hombre criatura, frágil, amador y creyente; es la casa de Dios, pero no del Dios Todo, que no es nada, ni del hombre divinizado, que es muy poco, sino del Dios eterno, absoluto é infinito; el Dios personal y providente; del Dios bondad, verdad y belleza; del Dios sér, inteligencia y amor; del Dios uno y trino; del Dios hombre; del Dios encarnado por obra y gracia del Espíritu Santo en las purísimas entrañas de la Virgen sin mancilla, para redimir al hombre, muriendo en una cruz, desnudo y con los brazos extendidos y la cabeza reclinada sobre el pecho, rogando por sus verdugos; del Dios, en suma, que vive y mora entre nosotros, escondido en el Sacramento del altar» (1).

(1) D. Alejandro Pidal. En las págs. 232 y 233 de su incomparable libro *Santo Tomás de Aquino*.

Animad, animad esas catedrales con la inspiración de vuestro espíritu; llenadlas con el rumor de las oraciones y con la salmodia de su clero; pobladlas de peregrinos, de trovadores, de monjes, de penitentes, de caballeros, de muchedumbres; dad el soplo de la resurrección á esas estatuas que duermen sobre los góticos sepulcros; ¡ah! tendréis entonces, sobre la cúspide fulgurante del siglo XIII, el mundo de la Edad Media, purificado y engrandecido por la fuerza sobrehumana del espiritualismo cristiano.

PEREGRINACIONES — LA CABALLERIA

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ DE CÁRDENAS



III

Hablando de la Edad Media, apenas puedo dar un paso en la historia sin encontrarme con la catedral. La catedral lo rodea y envuelve todo, como la eternidad envuelve al tiempo. Cómo se armaba en ella el caballero y se purificaba el penitente, así al pie de sus altares toma el bordón el peregrino, camino de los grandes sepulcros y de los venerandos santuarios. Si el espiritualismo informa todas las manifestaciones de la Edad Media, pocas veces tan exaltado, como cuando da nacimiento á las peregrinaciones famosísimas de aquellos siglos. Decidme, si no, por qué deja el peregrino su hogar bendito, sus amores, y se marcha por las encrucijadas de los caminos confesando sus pecados. El pensamiento de irremediable muerte; los rumores de la eternidad; la visión de lo infinito; el aguijón de la conciencia, agitan su alma; y soñando con el sepulcro de Cristo, cree divisar en cada encrucijada la santa Jerusalem, la *Ciudad de Dios*, la patria que los pintores de aquellos tiempos eternizaban con el fuego de sus adivinaciones, en los cenobios y en los cementerios. ¡Pobre peregrino!

no!... No busca, no, como el guerrero, la gloria; ni como el artista, que va de claustro en claustro, la fama; ni como el trovador, que canta por los castillos y los burgos, el amor y el aplauso; no le mueve ningún propósito de la tierra. El perdón de los pecados, la exaltación espiritual, conducen á los peregrinos de santuario en santuario, y de reino en reino, en vistosísimo espectáculo. Protegido por las oraciones de la Iglesia que lanza los rayos de su maldición contra el que ultraje al peregrino, y guiado por el Angel misterioso que acompañó á Tobías á la casa de su padre, emprende derrotero penosísimo; con su esclavina, de la que ha de colgar más tarde su rosario; la alforja, el sombrero de anchas alas y el bordón hueco á manera de flauta, con que canta la nostalgia de la patria ausente, ó pide pan, por el amor de Dios, á las gentes que encuentra en el camino. Lejos de su hogar y de sus amores, tocado de llamamiento místico, va alegre y feliz por los campos y las ciudades, en busca de la remisión de los pecados. La Religión le acompaña; el monasterio le abre sus claustros; el castillo feudal baja el puente levadizo al auuncio de su llegada; las hospederías le reciben como á don del cielo; las chozas de los villanos danle paz y techo, á trueque de místicas oraciones; las turbas le colman de agasajos, por besar la cruz de su rosario, ó escuchar la leyenda de su viaje; los hospitales levantados en aquella sazón por los Obispor y por los nobles, se pueblan por estos viajeros portentosos; pasan los puentes y las encrucijadas sin satisfacer los derechos de peaje, y atraviesan los ríos sin pagar el estipendio del transporte; y entre visiones y sueños, llegan á Compostela, á Roma, á Jerusalem, á Asís, á Oviedo, á Bolonia; y después de acrisolar su alma en la fragua del dolor, ese Jordán que todo lo purifica y engrandece, retornan á su patria; los que vienen de la ciudad de los Papas, con las llaves dibujadas toscamente en el roquete; los que llegan de Santiago, con las simbólicas conchas en el sombrero; ¡ah! los que han llorado en Jerusalem cautiva, con las palmas de la Tierra Santa (1); y allí, en el suelo que guarda las cenizas de

(1) Mamachi.—*Antiq. crhistanæ.*

sus padres, cuelga el bordón, como exvoto, en el altar querido de la pobre iglesia, y cuenta al calor de los afectos santos, por las medrosas veladas del invierno, la leyenda de su peregrinación, y las enseñanzas por luengas tierras adquiridas.

Por los caminos anduvieron con el bordón de los peregrinos, Godofredo de Bouillón, «el Rey virgen,» que no quiso llevar la corona real donde Cristo la había llevado de espinas (1); Ulrico, aquel famoso monje de Cluny, que recitaba el salterio durante todos los días de su viaje; Raymundo de Placencia, que tomando el báculo un día después de la Misa mayor en la iglesia de su pueblo, marcha con su padre á la tierra donde el sol nace, y próximo al naufragio por mares procelosos, salvóse á la invocación del nombre de Jesucristo, obligándose á poner con la ayuda de Dios, en el altar del querido templo, con la palma del romero, los trofeos de sus victorias, como así lo hizo; Gerónimo de Reims, dechado de disolución y de soberbia, brillante en el siglo, oscurecido luego bajo el humilde capuz de San Riquiero; el esposo de Isabel de Hungría, separado de sus brazos entre congojas de dolor infinito, á poco de cuya partida vistió la inmaculada Condesa triste tocado de viuda (2); San Luis, Rey que había traído acá á la tierra el reinado social de Cristo; Cencio, el turbulento prefecto de Roma, sacrílego en la persona de Gregorio VII, luego arrepentido y penitente; Federico de Verdum, acompañado de corte lucidísima, y que robado por turba de ladrones á su regreso, vuelve pobre y solo, para consagrarse á la religión en el claustro; Frotmundo, que expió entre tormentos indecibles la muerte dada por él y sus hermanos á humilde monje; Foulco de Nera, de la familia de Anjou, que ablandó la piedra del Santo Sepulcro con el fuego de sus lágrimas; Ricardo, el poderoso abad de San Veit, redimido y limpiado con el agua milagrosa del Jordán; Roberto el Diablo, inmortalizado por la leyenda y por la historia; Ricardo «Corazón de León,» que viene á sus Estados des-

(1) Joinville.—*Crónica*.

(2) En la citada obra de Montalembert.

pués de haber cantado desde el castillo de Tierenstein, al divisar á su amigo el trovador Blondelo, dulce canción impregnada en la nostalgia de la patria (1); el Señor de Joinville, que nos dejó esculpida toda su época en las páginas ingenuas de su *Cronica*; Florina, la primogénita del Duque de Borgoña, que muere peleando al lado de Soeno, Príncipe de Dinamarca; Margarita de Hanaut, valiente en el campo de batalla; Adela, la Condesa de Blois, tan celebrada por los trovadores de aquellos tiempos; Margarita de Francia, ideal y bella como las imágenes de los breviarios góticos; la Duquesa de Poitiers, esplendor de los torneos y de las cortes; la Reina Margarita, ilustre por su piedad y su hermosura, y que pedía á sus paladines le cortasen la cabeza antes que ser hecha prisionera de los sarracenos (2); cruzados en innumerables legiones, que entonaban himnos de amor al llegar á la tierra Santa (3), y que daban las velas de sus bajeles al aire de la patria, cantando el *Venit Creator*, el *Vexilla regis*; todos los que enardecidos por la nostalgia del cielo, ó agitados de afanes romancescos, caminaban á Roma, á Compostela, al Oriente, para librar su alma del pecado, ó envolver sus huesos en el polvo sagrado de Jerusalem la Santa. Á esta expansión del espiritualismo, la Europa se transforma, y los «cruzados, que no buscaban más que la gloria de Dios, consiguen por añadidura los bienes y las comodidades que el hombre puede gozar sobre la tierra» (4). Entonces las literaturas prorrumpen en nuevos cantos; los pueblos se reúnen á la sombra del municipio, y se fortifican las asociaciones y los gremios; las repúblicas italianas traen en los vientos de sus naves los productos y la cultura del Oriente; las Órdenes militares se extienden por Europa, por Asia, como red portentosa y salvadora; los villanos conquistan en incesante lucha nuevas franquicias, y van á vivir bajo la salvaguardia de sus

(1) *Cronique de Reims, contemporaine*.—Publicóse en París, 1839.

(2) Joinville.—*Crónica*.

(3) Wolf.—*Colección de cantos populares y poesías alemanas*.—Stugard, 1833; citado por Montalembert en su *Santa Isabel*. Introd.

(4) Pidal (D. Alejandro).—*Santo Tomás de Aquino*.

fueros; al predominio de la fuerza sobre las almas, sucede el predominio de la ley moral sobre las sociedades; la gran democracia cristiana se abre camino á través de las desigualdades irritantes y los privilegios onerosos; las instituciones caballerescas llevan por todas partes con el reinado de la justicia los sentimientos generosos y delicados; el siervo á su regreso de las Cruzadas, donde combatió al lado del señor, adquiere existencia é historia propias; los descubrimientos del comercio y las maravillas de la industria, las telas de seda, los tejidos de Damasco, los vidrios de Tiro, la orfebrería se extienden prodigiosamente con el desarrollo de las poblaciones y el crecimiento de nuevas necesidades; nace la *mesocracia*, surgida sobre la humillación de muchos nobles; ejerce el clero sin competencias la administración de la justicia, y la tutela de los huérfanos y de los débiles; aumenta el poder y el prestigio de los Reyes, reflejado en los versos de nuestros romanceros, y en las decisiones de nuestros Códigos; progresan los conocimientos geográficos, y ábrense las famosas Universidades de Europa, para explicar el derecho, y crear la clase de los jurisconsultos que van á ser los consejeros de los Monarcas; congrénganse los ciudadanos en la plaza pública de Venecia para dar su asentimiento á los asuntos por el Dux propuestos; robustécese el poder de los Papas, llegando entonces al apogeo de su grandeza (1); las repúblicas marítimas de la hermosa Italia pueblan los mercados de la Siria, las costas del Mar Jónico y del Mar Negro; las ciencias naturales toman vuelo altísimo con el descubrimiento del álgebra, y los nuevos procedimientos de los árabes; evocan las escuelas la doctrina de los platónicos y de los aristotélicos, purificada por el baustimo de la Iglesia; surgen á los espacios las catedrales cristianas, para ser, con el depósito de la ciencia y del arte, el fecundo poder de asociación entre las naciones por odiosas barreras separadas; las grandes ciudades, henchidas por los espectáculos de aquellos tiempos, sus-

(1) De Maistre.—*Du Pape*, Livre deuxième, C. V.—Hume.—*His. of England*, citada por De Maistre, op. cit.

tituyen á los pueblos miserables, á la sombra del castillo levantado; las artes espiritualizadas traen á la baja tierra, en los cenobios, en las catedrales, los reflejos del mundo sobrenatural y eterno; llega á la cúspide de sus encumbramientos, la civilización católica, la civilización de la Edad Media, y vense por todas partes coros inmortales de ángeles, de santos, de sabios, de místicos, de trovadores, de peregrinos, de cruzados, de artistas, de heroínas, confundidos en los mismos anhelos de la patria perdurable; y sobre los coros inmortales, la celeste figura de los Pontífices de Roma, que, como la columna de fuego á los ojos de los hijos de Israel, brillan ante los ojos de aquellas generaciones enardecidas, errantes en pos de la tierra prometida á sus esperanzas inmortales.

IV

Si la exaltación espiritualista provoca el nacimiento y desarrollo de las peregrinaciones, también, también origina el nacimiento de la *Caballería*, que no es más que la verdadera apoteosis de la idea moral. Quizás ninguna institución ha ejercido influencia tan decisiva en la Edad Media, como la institución caballeresca. «La Caballería, ha dicho una de las mayores glorias literarias de la Francia, es la exaltación de los más nobles sentimientos; la consagración del amor ideal y romancesco, de la defensa del débil y del sentimiento de la propia dignidad» (1). Pero sobre todo esto, el significado altísimo de la Caballería en la Edad Media, es la más entusiasta glorificación de la mujer, conforme al dogma católico; la apoteosis del amor casto y eterno. Ozanam, en su hermoso y profundo libro dedicado á contar las excelencias del

(1) Ampere.—*Revue de Deux Mondes*, 1838.

Dante, ha estudiado de admirable modo la rehabilitación de la mujer por el cristianismo y por la Caballería. Beatriz, archetipo de lo puro y de lo bello, sombra de los anhelos íntimos de nuestro espíritu, aspiración sin nombre, idea sin forma, estrella sin ocaso, nota mística del alma, sueño divino é inmaculado, es la apoteosis de la mujer, trasladada de los cielos de la religión á los cielos del amor, después de haber cruzado por la tierra oscura la dulce esposa del Cantar de los Cantares.

Apareció sobre la tierra la Virgen madre que había de parir á aquel Niño milagroso presentido por Virgilio (1); y al pie de la Cruz fué purificada la mujer con el fuego del amor de Cristo, y absuelta de las preocupaciones que la antigüedad había conjurado en contra de ella. ¡Ah!..., sí; se había redimido para siempre como la hermosa y enamorada penitente Magdalena, ébria, con vértigo de amor divino, á los pies del celestial tribuno. Vióse entonces á la mujer conquistando su puesto de derecho en el organismo de la sociedad cristiana; los yermos se pueblan de penitentes demacradas; en la oscuridad de las catacumbas son ellas las que guardan el fuego vivo é inextinguible; en los circos mueren gozosas entre todos los tormentos de cruel martirio; en el fondo del hogar aparecen como las Sibylas de la Buena Nueva; en el camino de la muerte siguen á los confesores, como Magdalena y las otras Marías habían seguido á Jesucristo por el camino del Calvario (2); en las ceremonias sagradas comparten las funciones del sacerdote por medio de las diaconisas y de las viudas, «que ejercen la hospitalidad, lavan los pies á los peregrinos, y *consuelan* á los afligidos» (3); siempre acompañando al hombre por la tierra, y abriéndole las puertas de la eternidad ignota, por la comunión de la hostia espiritual, por la exaltación del alma, por las bendiciones del cielo, que ha sublimado tanto á la mujer, ahí, en la Madre Virgen del os-

(1) Egloga IV.

(2) Matt. C. XXVII, v. 55 y 56.

(3) Paul. Ad.—Thimoth. I, C. V, v. 9 y 10.

curo Nazareno crucificado. Vierais también surgir de la sangre derramada en la era de las persecuciones, en aquella grande época de la fe, con legiones de apóstoles, legiones de ilustres heroínas, que van á llenar los claustros con el recuerdo de sus éxtasis y con el rumor de sus plegarias; á decidir en los consejos de los reyes; á sentarse en los tronos más encumbrados de Europa; á acompañar á los guerreros á las Cruzadas; á influir en los destinos de las naciones; á cantar con la lira de los ángeles; á convertir las almas con su palabra y á purificarlas con su ternura; á inspirar las hazañas de los caballeros que dan por ellas su sangre generosa, y las canciones del trovador que va cantando de corte en corte y de burgo en burgo la belleza de su dama; y allí, á la sombra de los castillos, en la tierra de Provenza, á la orilla del mar tranquilo, entre inmortales recuerdos del arte clásico, en los palenques de la *Gaya sciencia*, vienen á resolver los problemas de la pasión, del sentimiento; á idealizar la vida y á encadenar á su alma, á sus encantos, aun en las desolaciones del sepulcro, á los paladines más esforzados y á los poetas más ilustres, enardecidos por los ensueños del amor, tan poderoso como la misma muerte (1). Todo lo llena con las olas de su alma la mujer en la Edad Media; su espíritu es como la transparencia de lo infinito.

Santa Helena coloca la Cruz de Cristo sobre las murallas caídas de Jerusalem; la adúltera; Clotilde, al calor de sus palabras, gana para la Iglesia á su esposo el Rey de los Francos (2); San Agustín se convierte por las lágrimas de su madre; San Jerónimo dedica la *Vulgata* á dos egregias damas romanas, Paula y Eustoquia; la Condesa Matilde «sostiene en sus puras manos el trono de Gregorio VII» (3); la Reina Blanca de Castilla, «de valor de héroe en corazón de mujer,» domina el reinado glorioso de San Luis, y Berenguela gobierna la memorable Monarquía de San Fernando; Alicia de Mont-

(1) Gaufrido.—*Histoire de Provence*. Aix, 1694. V. el T. 1.º

(2) Confesiones.

(3) Donizo.—*Histoire de la comtesse Mathilde*.

morency acaudilla invencible ejército, peleando con su marido Simón de Monfort, contra los albigenses (1); Roswitha, en un monasterio de la Baja Sajonia, deja en libros imperecederos, con la estela de su piedad, la estela luminosa de su genio; la Condesa Beatriz gobierna sus Estados con la prudencia de un Rey consumado, «preside juicios, sentencia reos, inviste abadesas» (2); María de Francia escribe sus versos candorosos, que respiran toda la dulce poesía de la Edad Media (3); Heloysa, reclusa á la soledad del claustro, rige el Paraclito con sabiduría tan grande, que merece la aprobación de los Papas y de los Obispos; Petronila de Chemilhé, de la casa de Craón, gobierna por encargo del Pontífice Honorio II, á *Fontevraul*, á cuyo nombre resucitan de nuevo aquellos siglos con su fe viva, su piedad sincera, su espiritualismo verdadero; Margarita de Francia pide á sus caballeros que la descabecen antes de ser hecha prisionera por los sarracenos (4); Santa Clara, amiga del Santo de Asís, bendice por orden del Papa el pan, á cuya bendición aparece sobre él la Cruz de Cristo (5); Beatriz, la niña florentina, la mujer ángel, hace descender el fuego de la inspiración divina sobre el alma tempestuosísima del Dante, que la eterniza con el cincel de su pasión, en los tercetos de su poema; Adela de Blois, que iluminada por las exortaciones del Obispo del Mans, Hidelberto, es, por su don de gobierno, el asombro de su época (6); Inés de Bohemia, que despreció el matrimonio con Federico II y con el Rey de Hungría, y aceptó en cambio la pobreza de la Orden Seráfica, cuando Santa Clara le mandó con tiernas palabras, y como símbolo de su vida en el claustro, una cuerda, una escudilla y un Crucifijo; por las cortes y los cenobios, pléyade de Santas, de Reinas, de monjas, de Princesas, de heroínas; que llenan con su nombre las páginas

(1) Lacordaire.—*Vie de Saint Dominique*.

(2) Muratori.—*Antiq. medii ævi*.

(3) Lecoy de la Marché, op. cit.

(4) Joinville, obra cit.

(5) I Fioretti,.... cap. cit.

(6) *Ópera Hidelberti*, Epíst. lib. I., ep. 3.^o pág. 5.^a

centellantes de la Edad Media, que arrastran tras sí generaciones y pueblos, enamorados hasta de su sombra, y esparcen las irradiaciones de su alma á la religión, á la política, á la literatura, á la guerra, al arte, á la vida entera, consagrada entonces por completo á la apoteosis del espíritu; y á la adoración perpetua del ideal inaccesible y eterno.

Sobre todas estas heroínas, miro levantarse cándida y hermosísima figura, hacia la que me arrastra simpático y ardentísimo entusiasmo. Hablo de la Condesa de Turingia, de la *buena y amada Santa Isabel*, sublimada á los cielos de la religión por las grandezas de su alma inmaculada, y por las apoteosis de los pueblos; y á los cielos de la inmortalidad en el arte, por el dulce y milagroso libro á ella consagrado, del ilustre Conde de Montalembert. Sí, sí, tiene razón un insigne admirador del Conde, cuando escribe «que ese libro sería el que leyesen los ángeles en el cielo, á no ser Dios su único y soberano libro» (1). Andando los siglos, en mi patria, llena entonces con el estruendo de la guerra de la Reconquista, evocando los recuerdos más inmarcesibles de nuestra historia, miro levantarse también desde la tierra á los cielos de la inmortalidad, á dos mujeres ilustres entre las ilustres mujeres: Isabel I de Castilla, en la cúspide de nuestra civilización grandiosa, que después de haber producido el ciclo de caballeros cristianos, entre los que el Cid Campeador brilla como estrella sin ocaso; levantado las catedrales é informado los Municipios; engendrado paladines, sabios, músicos, artistas, órdenes religiosas, extiéndose por la dilatación del mundo conocido; y no bastándole aún para sus proezas, va á la conquista de un nuevo mundo aparecido entre las brumas del Oceano; mientras acá, en la patria, nos hacíamos señores de la Alhambra, henchida por el cantar melancólico del desierto; Santa Teresa de Jesús, doctora de la Iglesia, penitente, reformadora, escritora elocuentísima, que en la tierra de los grandes santos; asciende al cielo de la santidad; toda tocada de éxtasis, de sublimidades, cuya alma era como la transparencia de la belleza real é ideal esparcida en las obras de Dios ó de los

(1) Gautier, op. cit., C. I., pág. 21.

hombres; cuya vida como el himno en honor de lo infinito, y que viene á coronar con sus libros cuasi divinos, por la luz del ideal bañados, el misticismo arrebatador de la dulce y maravillosa literatura española, en la que palpita toda el alma inmortal de la hermosa patria. La influencia de la mujer rehabilitada por el cristianismo, engendra los pundonorosos sentimientos que informan á las instituciones caballerescas. La Caballería en el período de su encumbramiento, como todo en la Edad Media, va unida con lazo íntimo á la religión, á la Iglesia, que obliga á sus profesos con voto solemnísimos á numerosas observanzas. Por los caminos y las ciudades, en la paz y en la guerra, son, como dice un cronista de aquellos tiempos, «los ministros del Dios fuerte,» y van realizando, en competencia con los religiosos, la idea eterna del deber y de la justicia.

Y apenas comienzan las instituciones caballerescas á dar sus primeros frutos, cuando la idea moral sustituye en las relaciones sociales á toda idea de lucro ó de egoísmo; la seguridad pública aumenta; la leyenda se hermosea con inspiraciones y asuntos desconocidos hasta entonces; el sentimiento del honor purifica las costumbres, tocándolas con el fuego del espiritualismo; el valor individual, elevado á su más alto grado, suple la falta de las leyes represivas y la deficiencia de las justicias; los instintos de la materia se apaciguan ante el predominio de ideal nobilísimo; el sentimiento de humanidad se despierta robusto en medio del estruendo de los combates; consolídase el poder de los Monarcas con el apoyo de los más distinguidos caballeros; viene á la historia una nueva forma de nobleza que va á ilustrar á los Reyes con sus consejos; únense la república y la Iglesia, como se unen el caballero y el fraile; líganse las naciones por el poderoso vínculo de la fraternidad cristiana; despiertan los siervos, los villanos, el pueblo, oprimido antes por el férreo guantelete; el amor se convierte en culto, en adoración sublime, adoración que andando el siglo XIII ha de llevar á un oscuro desterrado de Florencia, movido por el amor (1), á

(1) *Amor me mosse che me fa parlare.* Div. Com.

eternizar á Beatriz, símbolo del ideal, sobre las cimas etéreas de la gloria (1). «De entonces proviene—dice grandilocuente historiador—la delicadeza moderna, que no sólo ahuyenta todo acto dudoso ó cobarde, sino la más leve vacilación en materia de valor ó de honra; que no sólo rechaza el ultraje, sino hasta la sombra de un insulto; que observa las deudas de honor como las más sagradas, por lo mismo que por ninguna ley están protegidas; que guarda escrupulosamente el buen nombre, como los paladines querían llevar sin la menor mancha el escudo. Así vivió el caballero, orgulloso de su cuna, delicado en lo tocante á la reputación y á la palabra empeñada; devoto, cortés con el bello sexo, independiente y digno, movido sólo por la idea moral, amigo de las batallas y sin miedo á la muerte» (2).

La consagración solemne que hacía la Iglesia de la caballería aumentaba el prestigio de ésta, que no debe considerarse solamente como institución pública, constituyendo el primer grado de la jerarquía feudal, sino como institución eminentemente religiosa (3). Por eso la Iglesia armó en sus altares al caballero, haciéndole jurar sobre el libro de los Evangelios; le dió la investidura de la justicia, con palabras y ritos solemnísimos; bendijo sus armas, consagradas á la defensa de todo sentimiento noble y generoso; le protegió con los rayos de sus anatemas, como había protegido también al peregrino; le lanzó por los caminos de la Tierra Santa á la conquista de un Sepulcro; le dió abrigo en la soledad de sus monasterios, oraciones en los rezos de sus breviarios, y lo exaltó hasta convertirlo como representante en la tierra del Dios fuerte de las victorias. Todo esto rodeaba al caballero con aureola de veneración y de respeto. Bayardo, *el caballero sin miedo y sin tacha*, en cierta ocasión se confesó con uno de sus compañeros de armas. Joinville cuenta en su *Crónica*, que los varones franceses prisioneros con su Rey,

(1) V. Mills.—*An history of Chivalry*. Londres, 1825.

(2) Cantú.

(3) Ampere, *Loc. cit.*

Luis IX, en el Egipto, confesáronse los unos con los otros, al ver penetrar en la prisión á sus verdugos. «A los pies de uno me arrodillé, alargándole el cuello después de haber hecho la señal de la Cruz y diciéndole: *Así moría Santa Inés*. A mi lado se arrodilló Guido de Ebelín, Condestable de Chipre, y se confesó conmigo, dándole yo la absolución en cuanto Dios me daba facultad para ello; apenas levantado, no volví á acordarme de una palabra.»

No pocas veces los caballeros se encontraban en sus largas jornadas con alguna sobrenatural aparición, como aquella que tuvo nuestro Cid Campeador, cuando peregrinando á la ciudad de Compostela se le presentó un leproso, un *gafo*, con quien el noble castellano compartió á la noche su cama, mereciendo por tan grande caridad que el leproso se le revelase, declarándole que era San Lázaro, con lo que le dejó muy consolado. Si el caballero moría separado de su hogar y de sus amores, un escudero cavaba el sepulcro al pie de antiguo tronco del que colgaba sus trofeos, para eterna recordación de sus hazañas; si sobre los campos de la victoria, sus compañeros le tributaban los últimos solemnísimos honores. Ahí, ahí está esculpida, idealizada la caballería, en los claustros de nuestras viejas catedrales; en la catedral de Burgos, en la catedral de Sevilla, en la catedral de Toledo, de las que conservaré siempre vivos y dulcísimos recuerdos. Ahí están, en la Ciudad Eterna, esperando el día de la luz, recogiendo tanto incienso y escuchando tantas oraciones.

Ahí están, con los Obispos, con los Reyes, con los doctores, con las damas que despiertan sueños de amor, aun desde las tristezas y desolaciones de la tumba. Ahí están, los caballeros que fueron á la conquista del sepulcro de Cristo, con sus armas, cruzadas las piernas; los que murieron vencedores sobre el campo de batalla, con el casco en la cabeza, el acero entre las manos y el león vivo á sus pies; los que murieron vencidos, despojados de la cota de armas, con el león por el polvo, y las manos caídas sobre el pecho; los que cierran en paz sus ojos, con la cabeza descubierta y el lebrél dormido á sus plantas; todo un poema, todo un universo de leyendas, de historias, de acontecimientos ruidosos, toda la

pléyade de famosos caballeros que asombraron al mundo con sus proezas y que esperan ahí, dormidos sobre el polvo, al resplandor de agonizante lámpara, entre el humo del incienso y el rumor de las salmodias, sintiendo sobre sus huesos el fuego de muchas lágrimas, y la esencia impalpable de muchas oraciones, el día eterno de la resurrección universal. De ellos puede decirse lo que de Brandimarte cantó Tasso: «Moriste ¡oh caballero! combatiendo contra los enemigos de tu religión; el cielo te abrió sus puertas, y en la tierra los lamentos de los héroes más ilustres, del amigo más fiel, de la amante más tierna, hicieron crecer flores inmortales en tu sepulcro» (1).

(1) *Gierusalem Liberata*, C. VIII.

TROVADORES (DEL POEMA «DER NIBELUNGE NOET»)

CORTES DE AMOR

AL EXCMO. SR. D. VÍCTOR BALAGUER.

V

Por entonces aparece también en todas las naciones de Europa el ciclo de los trovadores, que subliman el amor humano y realizan en las literaturas la apoteosis de la mujer, obra que llevara á feliz término, por aquel tiempo, con su *Divina Comedia*, el pobre enamorado de Florencia.

¡Qué espectáculo!... De las pequeñas Cortes italianas, llenas con los entusiasmos del arte, con los rumores de fiesta inacabable; de las brumas de Alemania; de los burgos de nuestro Reino, hermanos de Portugal, ofrecido en su fundación como feudo á la Virgen Santa; de nuestras romancescas ciudades, con sus catedrales misteriosas, y sus Cristos legendarios, y sus rejas, y sus medrosas encrucijadas; de Cataluña y de Provenza, iluminadas por el cielo del helenismo; de Inglaterra, de Sicilia, de Polonia, coro de inspiradas voces, canta con inmortales acentos, á la orilla del mar sereno, á la sombra de los castillos, por los claustros de las viejas abadías, y logra en el cielo del arte, lo que los caballeros habían

conseguido sobre los campos de batalla (1). Ya por esa época, el sentimiento caballeresco, romántico, voluptuoso, galante, había descendido en Italia sobre el alma de Guido de Arezzo, que cantó, con forma sencilla y apasionada, el ideal de su tiempo; de Guido Guinicelli, á quien llama Dante «uno de los más ilustres poetas que cantaron rimas de amor, tiernas y graciosas» (2); de Guido Calvacanti, adorador de Mandetta de Tolosa, y autor de aquella famosísima *canzone*, donde define la misteriosa esencia del *primo amore*; de Dante de Majano, cuyas rimas cautivan el corazón de Nina de Sicilia, por él amada con pasión platónica; de Cino de Pistoia, lleno de dulces y poéticas reminiscencias clásicas (3); de Guido delle Colomne, galante y candoroso en la expresión de sus afectos; de Jacome de Lentino, que celebraba en *dolce stilo* á las damas más ilustres; de Reinaldo de Aquino, autor entre otras, de aquella canción que comienza:

La dolce Primavera
vene presente,
e frescamente,
e si frondita,
Ciascuno invita
ad aver gioja intera;

de Chiaro Davanzati, todo penetrado de la suavidad helénica (4); de Palermitanone, que compuso aquellos versos tan hermosos:

Canzoneta giojosa,
va allo fior di Soria,
A quella che lo mio cuore imprigiona, etc.;

de Rimeri de Palermo, claro precursor de Petrarca; de A. Noffo, de grande ingenuidad y delicadeza; todos ellos poe-

(1) Fauriel.—*Histoire de la poésie provençale.*

(2) Dante.—*De vulg. eloq.*—*Div. Com.*, Purg., C. XXVI, v. 33.

(3) Dante.—*De vulg. eloq.*, L. I, c. 17.

(4) Está en la colección de rimas ilustres inéditas del siglo XIII. Roma, 1840.

tas, soñadores, entusiastas, elevándose como estrellas rutilantes por los espacios del arte, y abrumados de languidez y de nostalgia, haciendo un himno de su vida entera; para explicar, y cantar, y adorar hasta la sombra del amor, del *primo amore*; en tanto que otra legión de trovadores venían de la Sacra Montaña de Asis, con el Cristo del siglo XIII, con Frá Pacífico, con Frá Giacomino, con el humilde Jacopone de Todi; con San Buenaventura, ese Platón de la Edad Media, con Celano; la nueva raza de trovadores divinos, admiración de la tierra, que van cantando por las calles y los pueblos, en letanía fervorosísima, mientras los otros trovadores celebraban la hermosura de las damas, las esperanzas y los anhelos del amor divino (1). Entonces, entre las brumas del Norte de Europa, á la orilla de aquellos ríos generadores de eternas nieblas, en el silencio de los castillos, á la sombra del monasterio, por los bosques de la tradición germánica, aparece inolvidable leyenda de combates y de héroes, de terror y de muerte, eternizada en inmortal poema que tiene todo el candor y toda la rudeza de una crónica de la Edad Media. No he podido leerla nunca sin evocar el encanto ideal de aquellos siglos, vivos y palpitantes en las notas de la gran creación de Meyerbeer, *Roberto el Diablo*. En ese poema, *Der Nibelunge Noet*, cuya formación actual se debe á uno de los más grandes poetas del siglo XII ó de principios del siglo XIII (2); considerado como el más eminente entre los poemas caballescicos modernos (3); objeto de curiosas investigaciones y de estudios profundísimos, que vienen á esclarecer muchas sombras de la literatura y de la historia, y que ha agitado la inspiración de los artistas hasta Wagner (4), se adivina toda la vigorosa exaltación de los sentimientos caballescicos, origen fecundo de espléndidas é inenarrables grandezas en el discurso de la Edad Media.

(1) V. Ozanam.—*Des Poetes Franciscains*, etc.

(2) V. los *Estudios históricos* de Chateaubriand. Notas de M. Bunsen á Mr. Chateaubriand.

(3) Lachmann.

(4) En el *Parcival*.

Al recitar sus estrofas, y al recordar sus aventuras (1), henchidas con el estruendo de combates, que parecen combates de gigantes; en la corte de Worms, donde brilla como estrella de hermosura la Princesa Criemjilda; bajo las almenas del castillo de Franconia, en el que duerme encantada por Odiño la Reina de Irlanda, Brunequilda; en la cacería por la isla del Rhin, donde muere Sigifrido, y en el dolor de Criemjilda que puebla con sus lamentos la soledad de aquellos sitios; en el viaje á lo largo de la corriente del Danubio, cuando Hagen se hace predecir por las ninfas del río el resultado de su Odissea; en el banquete que da Etzel á los guerreros franceses, cuando llega ensangrentado el mensajero del Rey, diciendo que los 9.000 soldados de éste habían sido pasados á cuchillo; en el combate de Hagen con los héroes de Borgoña, y en el reconocimiento del campo de batalla, cuando los vasallos del Rey de los Amelungos vienen á recoger de entre los nuestros el cuerpo del *margrave*; en la venganza de Criemjilda, haciendo saltar con un cuchillo la cabeza de Hagen, y en la muerte con que mata á ésta, lleno de horror Hildebrant; en aquellas estrofas dolorosísimas, en las que extinguida la ilustre raza de los borgoñones, queda Etzel, el Rey de los Hunos, solo, triste, para llorar con Dietrich, Rey de los Amelungos, la infausta suerte de los caballeros cristianos; en todos los acentos de guerra, y en todos los lamentos de amor, que agitan, como el alma, las estrofas del romántico poema, parece-me escuchar allá por las regiones de la niebla, el eco de las canciones de los bardos, que contemplan, en el delirio de sus dolores, á los pálidos rayos de la luna, la misteriosa estrella de la tarde, ven flotar entre penumbra luminosa las almas de los valientes, y cantan sobre las tumbas amadas, cubiertas de musgo, las victorias de los guerreros y la hermosura de las damas, arrebatadas por el filo de la implacable muerte, al esplendor de los torneos y á las delicias de las cortes. Ya no son, no, los héroes de los Nibelungen, los héroes impasibles

(1) Este poema se divide en *aventuras*, y consta de 4.316 estrofas de cuatro versos pareados (especie de alejandrinos), que componen todas las cuarenta aventuras.

de la Iliada. Algún relámpago de espiritualismo, algún fulgor de galantería, algo divino y puro, la exaltación de amor, ha pasado por sus almas, como iniciación sublime de los sentimientos de la Edad Media. Allí ya no se conquista á la mujer por el prestigio de las armas, sino por la magia de la poesía. Sigifrido, el héroe de Santén, el más cumplido de los caballeros por su hermosura y bizarría, que ha vencido al dragón haciéndose invulnerable, y apoderándose del anillo de los Nibelungos, en virtud de promesa solemnísimá, hecha en la corte de Worms delante de la Princesa Criemjilda, servido por los paladines más apuestos, no cree merecer el amor de la noble doncella, sino después de la terrible prueba. Por eso viene de Worms al romancesco castillo de Franconia, donde armada de punta en blanco, duerme en magnífico lecho, rodeada de llamas bravas, la Reina de Irlanda, Brunequilda. ¡Infeliz del que pretenda su amor, terrible como la muerte, é insondable como los grandes abismos! Casada más tarde Brunequilda, después de milagrosos sucesos, con Gunthero, se somete á su marido, no por el ascendiente de la fuerza, sino por la seducción del amor dulce y apacible. Hay algo aquí de ideal y de noble, desconocido en absoluto por la antigüedad clásica. Brunequilda no es ya la mujer que pasa de los brazos de Aquiles á los de Agamenón, de la tienda de Héctor á la de Pirro; no. Con íntima conciencia de su ternura y de su belleza, se entrega á Gunthero, cediendo al profundo entusiasmo que le inspiran sus dotes eminentes, como si desde entonces el amor debiera de alimentarse con la admiración. La corte de Gunthero tiene todo el prestigioso atractivo de las cortes italianas en la Edad Media, y los héroes borgoñones toda la aureola de los caballeros cristianos del siglo XIII. El soplo del espiritualismo, que hace germinar mundos infinitos de belleza, baña ya con luz esplendorosa las páginas de este tempestuosísimo poema, á cuya evocación resuenan en el alma todo los ecos de aquella edad pasada (1).

(1) V. La edición hecha por Carlos Lachmann en París, 1826, con el título: *Der Niebelungen Noth, mit der Klage; in der altestem gestal mit dem Abreicherungem der gemeinem Lesart*. Esta edición hemos tenido á la vista para hacer las ligeras observaciones que dejamos indicadas.

CORTES DE AMOR

La apoteosis de la mujer, ideal eterno de los sentimientos que han informado á las instituciones caballerescas, brilla espléndida por aquellos siglos en el cielo de las literaturas y en el cielo de las almas. Nuevos elementos de poesía vienen á espiritualizar el amor, y nuevos trovadores vienen á cantar en el castillo y en la corte. Godofredo de Rudel, henchido de eterna pasión por la Condesa de Trípoli, á la que nunca había visto, y cuya prodigiosa belleza le habían dicho peregrinos y mercaderes que vuelven en procesión ó en caravana de Antioquía; Pedro Vidal de Tolosa, errante por los caminos de la Tierra Santa, enamorado de Loba de Penautier, por cuyo afecto se vistió de pieles, exponiéndose á los rigores de cacería cruelísima; Rambaldo de Vaqueiras, suave y dulce como el cielo de su tierra, adorando siempre la sombra de irrealizable deseo, el sueño de esperanza nunca saciada; Bernardo de Ventadour, coronado solemnemente en la catedral de Bolonia, buscando por los torneos y las cortes los ojos de hermosísima Princesa; Guillermo de San Desiderio, el Byron de la época, que celebra en la soledad de su castillo los encantos de la ilustre Marquesa de Polinag; Catoia, que canta los placeres del amor platónico, y truena contra el desenfreno y la prostitución de la poesía caballerisca; Emerico de Peguilain, peregrino por las cortes de los Este, de los Monferrato, de los Malaspina; Sordello de Mantua, esculpido por el poder del genio en los tercetos dantescos (1), y «que reúne la palma del guerrero, el mirto del amante y el laurel del poeta,» *alma lombarda, altiva y desdeñosa* (2); Gui-

(1) *Divina Comedia*. Purgatorio, cap. VIII.

(2) Dante.—*Div. Com.*

rardo de Riquier, que lamenta la desaparición de los buenos tiempos de la *Gaya sciencia*, en famosa carta á nuestro Alfonso X; ¡Alfonso X el Sabio!, también trovador de las glorias de la Virgen Madre, en aquella España del siglo XIII, espiritual y romancesca, que veía elevarse hasta los cielos catedrales como la de Toledo, como la de Burgos, como la de mi ciudad, por mí siempre amada, con el amor con que los judíos recordaban desde el destierro su Jerusalem la Santa; Cristiano de Troyes, cantor de la leyenda del Santo Graal, que hoy palpita con todo su candor y pureza en las notas de la gran creación de Wagner; Blondel, que vagando por luegas tierras oyó cantar á Ricardó Corazón de León la dulce canción, compuesta por ambos lejos del cielo de la patria (1); Federico II, «el Emperador más grande si hubiera amado su alma» (2); Enrique de Valdeck, de sentimiento inagotable, autor de la inmortal leyenda de Maastricht (3); Enrique de Otterdigen, que exalta con sus canciones varoniles á aquel Leopoldo de Austria, *valiente como un león y pudoroso como una doncella*; Walter de Vogelweidem, que plañe en popular romance el abandono de la Tierra Santa, y cuyo poético testamento alimenta á los pájaros del cielo (4); Ulrico de Lichtenstein, de agitada y dramática existencia, el cual en un torneo, como dudase una dama de que el poeta se hubiera herido un dedo, se lo cortó, lo engastó en oro, y colocándolo dentro de un tomo de sus poesías encuadernado en terciopelo azul, se lo mandó á la desconfiada castellana; Wolfrán de Eschenbach, «el más insigne ingenio que ha producido Alemania» (5) y que aparece, para hermosearlos, en los albores de la vida de la *buen y amada Santa Isabel*, en aquel memo-

(1) *Crónica de Reims*. De autor contemporáneo. París, 1839.

(2) *Crónica de Salimbeni*.

(3) Wagensil.—*De Civitate Noribergensi; accedit. De der Meistersinge, institutus liter*, 1697.

(4) Uhland.—*Quiero que los pájaros encuentren granos de trigo, y agua en mi sepulcro; así pues, en la piedra bajo la cual descansa, haréis cuatro hoyos, para llenarlos todos los días.*

(5) Goëthe.

rable desafío literario celebrado en la corte de Turingia; al nacimiento de esa heroína por quien siempre he sentido ardentísimo entusiasmo (1); Godofredo de Strasburgo, que eterniza en su *Tristán* la ternura inmensa que arrastró al hoyo del sepulcro á dos amantes, sobre cuyos cuerpos brotan dos ramas de yedra que, entrelazándose, los cubren; Pedro de Aragón, Tibaldo de Champaña, D. Dionís de Portugal, «de graciosas é dulces palabras» (2); Ausias March, «grant trovador, é hombre de asaz elevado espíritu» (3), alma llena, como la de Petrarca, de ensueños vagos, de presentimientos misteriosos, de aspiraciones insaciables; por donde quiera, coros de trovadores, surgidos todos á la evocación del mismo sentimiento, que llenan con sus cánticos, donde todo lo espiritual se transparenta, los burgos, los monasterios, las cortes, los castillos, los torneos, los campamentos; nacidos para cantar, como las aves del cielo, y para dejar en las almas y en los espacios, como luminosa estela, el himno inacabable del amor.

Entre todos ellos miro levantarse la simpática figura del ilustre Dante, que centellea, como los últimos tercetos de su paraíso, sobre todas las grandes creaciones de la Edad Media. Pobre soñador y desterrado, enardecido por pasión profunda, por la fiebre de voluptuosísimas tristezas, y por el presentimiento de celestes amores, trovó como los trovadores de su tiempo, en versos jamás olvidados á la hija de aquel oscuro Portinari, á la niña Florentina, á la dulce Beatriz, ese símbolo de la mujer, transfigurada en el Tabor del espiritualismo cristiano (4). Y el romanticismo caballeresco se extiende por toda Europa, y nacen entonces, al par de los torneos, «esos

(1) Montalembert.—Ob. cit. Introducción.

(2) Marqués de Santillana.

(3) Ibid.

(4) Pueden consultarse: Raynouard.—*Choix des poesies originales des trovadours*. París 1817.—Nostredame.—*Vidas de los poetas provenzales*, adicionadas con las eruditas notas de Crescimbeni.—Fabret d'Olivet.—*Le trovadour, ou poesies occitaniques du XIII siècle traduites et publiques*. París 1803.—Milot.—*Histoire litteraire des trovadours*. París, 1802.

santuarios del valor y de la galantería» (1), á la sombra de los frescos naranjos de la Provenza, al arrullo de las olas del mar que baña á Nápoles y á Sicilia, en la conda Barcelona, que llevaba por los Oceanos sus naves en la Edad Media, en competencia con las de Pisaq, de Venecia; en la tierra de Gascuña, por la Narbona, la Champaña y la Aquitania, en Avignón memorable, tribunales de damas que van á explicar, como el trovador inmortalizado por Dante, los arrullos más imperceptibles del espíritu, y la esencia impalpable del amor.

Paréceme evocar la historia de la artista Grecia, y allí también, á la orilla del mar Mediterráneo, á la sombra del Híbla y del Himeto, que Sócrates miraba en su agonía; en los intercolumnios del oráculo, al resplandor de aquella luz incomparable, ver coro de platónicos, empapados en el perfume de la Academia, discurrir acerca de la naturaleza del *logos*, del sentimiento que nos vivifica; del alma, que es como un rayo de lo infinito; de las realidades absolutas en el gran día de la metafísica (2); del Verbo, que es el ordenador del Universo (3); de Dios, que se encuentra en el fondo de nuestra alma y el fondo del inmenso espacio y al que nos elevamos con alas de ángel en vértigo espiritual en pos del bien que nunca se acaba, de lo verdadero sin sombra, de lo bello (4), *esplendor de lo verdadero* (5); del amor, que llena con su presencia al Universo entero (6).

Mientras poetas del amor divino, tomados de la locura de la Cruz, van celebrando, como los poetas franciscanos, la belleza de los cielos; y los romanceros cantan las hazañas de los héroes, en los castillos y en las plazas; otros trovadores, enamorados de no sé qué ensueños, videntes que como Platón, como Dante, contemplan el reflejo de lo ideal en el

(1) Foncemagne.—*Vues generales sur les tournois*. Obra curiosa de la que conozco la edición de Lyon, 1869.

(2) Platón.—*República*, libro VII.

(3) En el *Timeo*.

(4) En el *Phædon*. V el libro de *Rep.* VI.

(5) En el *Banquete*. Discurso de Sócrates.

(6) *Ibid.* Discurso de Eryximachus.

eterno femenino (1), celebrando la hermosura de las damas y las sublimidades del amor espiritualista, vienen á la historia para traer suspiros de pasión en sus *sirventesios*, y á llenar los aires con acentos de aspiraciones inmortales. Ahí están, podéis mirarlas, todas las grandes bellezas de aquellos siglos, adoradas con loca adoración, aún en las tristezas del sepulcro. A las cortes de amor vinieron Ermengarda, á la que su amigo el trovador Pedro Roger celebraba con el místico nombre de *Tort n'avez*; Eleonora de Poitou, sueño del deseo, y tormento de trovadores y de paladines por su elegancia incomparable; Constanza de Provenza, que hizo de su corte el claro espejo de las costumbres caballerescas; Sancha de Mallorca, flor de nuestra patria, viuda del Rey Roberto de Nápoles; Loba de Penautier, por la que Pedro Vidal se vistió de pieles, herido de mortales amores; María de Francia, grande amiga de trovadores y romanceros, espiritual y discreta; la Vizcondesa de Aviñón, Adalacia, realzada por los encantos de una eterna primavera; Sibila de Anjou, que fundó en Flandes corte de la *Gaya esciencia*, una de las más preclaras de su época; Estefanía de Romanino, en cuyo castillo resonaban siempre las canciones más dulces de aquel tiempo; María de Ventadour, hermosa con toda la hermosura de las vírgenes pintadas en las ventanas de nuestras catedrales; Leonor de Guieme, Reina luego de Inglaterra, recordada por el ilustre trovador Bernardo de Ventadour; Clemencia Isaura, de atractivos tan poderosos que arrastraba tras de sí tropel de caballeros y de trovadores, heridos por el resplandor de su mirada; Mandeta de Tolosa, inmortalizada por Guido de Calvacanti, que dice de sí en balada hermosísima: *Era in pensier d'amor*; Margarita de Tarento, Reina viuda de Escocia, sublimada por toda la belleza de una italiana de la Edad Media; Ermisenda de Pasquierer, Bertrana de Signé, Fanneta de Gantelmi, «gran improvisadora de romances en toda clase de rima provenzal» (2); Guillermina de Benaut, venida al mundo

(1) Goëthe.

(2) Notredame.—Obra cit.

Para volar pronto á la patria (1); sobre todas ellas, por la misteriosa estela que ha dejado en la historia y en las almas, Laura Aviñón, esotro eterno ideal, como Beatriz, dulce y melancólica, de cabellos de oro, de manos blancas y finas, de seno juvenil y hermoso (2); adivinada por el poeta que la llevaba en lo más íntimo de su corazón, *en las claras y frescas aguas, en las verdes praderas, en la blanca flotante nube* (3); ¡Laura! esa alma gemela de todas las almas puras y delicadas, viva siempre, por un milagro del amor, en las dulces canciones de Petrarca (4).

Si la caballería es una protesta contra los sentimientos materiales y egoístas, los tribunales de la *Gaya esciencia* no son más que otra protesta contra el amor material y grosero, y una exaltación del amor espiritual y puro, origen fecundo de inmortales grandezas en la historia. De toda esta exaltación de sentimientos surge la mujer, coronada con la aureola de todos los tiempos, y sigue su inmortal odisea en las más encumbradas creaciones de la literatura y del arte. Registrad, registrad las piadosas leyendas de aquellos tiempos (5); los Anales de los conventos, los romances de los trovadores, las poesías de los ingenios más ilustres; y ved en todas la superioridad de la mujer, iluminada por el fulgor del espiritualismo que vivifica las instituciones de la Edad Media. Yo no he sentido ni comprendido nunca esta suprema apoteosis de la mujer, como en la contemplación de esas estatuas orantes sobre los sepulcros de nuestras viejas catedrales góticas, iluminadas, como suave crepúsculo, por el

(1) V. Gaufrido, op. cit.—Raynouard.—*Choix des poesies originales des trouvadours*.—Arturo Dinaux.—*Les Trouvers de la Flandre et du Tournaisis*. París, 1839.

(2) Petrarca.—*Canzone VIII*.

(3) Petrarca.—*Canzone XVII*.

(4) Véase la discreta obra de Hyac de Oliver, *L'illustre châtelaine des environs de Vauchuse: Laure de Petrarque*. París, 1843.

(5) Véase la citada obra de Mr. Alfredo Maury, *Essai sur les legendes pieuses du moyen age, ou examen de ce qu'elles renferment de merveilleux d'après les connaissances qui fournissent de nos jours l'archeologie, la theologie, la philosophie et le physiologie medicale*. París, 1843.

resplandor de siglos muertos. Yo no sé dónde la he visto, pero la llevo siempre conmigo en el fondo impenetrable de mi alma.

Esas creaciones, esas blancas estatuas con el rostro sellado por la huella de espiritual demacración, y las manos plegadas en oración estática; ese infinito de la tristeza humana que cruza por su frente; esa dulce expresión que hace desear seguir las aun hasta la podredumbre de la fosa; esas ojeras profundas y voluptuosas; esa languidez tan llena de atractivo; la aureola de melancolía que las envuelve, como crepúsculo de la inmortalidad; el largo brial que las adorna; ese reposo de la muerte, contraste del fuego de la exaltación que habrán cruzado por sus huesos; esas creaciones, decía, por no sé qué revelación íntima, me han parecido siempre como sublimación del amor, como el símbolo de los sentimientos caballerescos, como la trasfiguración de la mujer, que ha cruzado por la tierra para dar muerte de amores, y tocar el alma con la suave nostalgia de lejanos y esplendorosos mundos. Después esas mujeres celebradas en las Cortes de Amor, siguen su carrera de triunfos en los cielos de la poesía moderna. Y almas grandiosas, como Tasso, como Calderón, como Shakespeare, como Goëthe, como Lamartine, las arrojan ahí, al mundo de la realidad como el ensueño y la esperanza de nuestra pobre y misérrima existencia.

Y ahí quedan, en la cúspide de la historia y en la cúspide del arte. Allá se llama Julieta, la de la balaustrada de Verona; acá Eleonora, la de la corte de Ferrara; para unos es Ofe-
lia, coronada de flores y loca de amor; para otros Margarita, la dulce niña que contesta al primer tentador saludo de Fausto:

*Yo non son damicella
ni bella.....;*

siempre la misma seductora imagen exaltando el corazón y avivando el deseo de lo infinito; sueño, visión, presentimiento, sombra que ha huído á nuestros suspiros y á nuestras plegarias, dejándonos en el alma, herida de incurables tristezas, como el lánguido y voluptuoso desfallecimiento en los océanos de lo infinito.

COMIENZOS DE LA FILOSOFÍA
EN LA EDAD MEDIA.—SAN AGUSTÍN (LA CIUDAD DE DIOS).
LA ESCOLASTICA

AL EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MON.

COMPENSOS DE LA FAMILIA
EN LA BOA MIA - SAN AGUSTIN (C. de P. de P.)

VI

Si la fantasía y el sentimiento han subido, por el espiritualismo, á tan eminentes alturas, ¡qué vuelo, como de ángel, el de la filosofía cristiana en los siglos medios! Un día, cuando la verdad iba á desaparecer por siempre de la tierra, ahogada por los errores de los sofistas y por las orgías de los epicúreos, en las regiones donde el sol nace, á las orillas del mar de Galilea, al borde de aquellos valles apacibles, cuyo suelo perfuma las plantas del errante peregrino, por la Sinagoga y por los campos, comienza á predicar nueva y extraña doctrina un oscuro nazareno, nacido de pobres padres, sin nombre, sin prestigio, sin riquezas; que busca por amigos al publicano y á la adúltera; que levanta hasta el cielo á los humildes, y abaja hasta el abismo á los soberbios; que tiene palabras de vida para los pecadores y anatemas para los fariseos hipócritas; que se llama á sí mismo el *Verbo*, principio, medio y fin de todas las cosas; que enloquecido con locura de amor, toma sobre sus hombros la Cruz de todas las mise-

rias humanas, y camina por el mundo haciendo bienes; hasta que perseguido por la calumnia, por el desprecio, por la envidia, negado por uno de sus discípulos á quien amaba con amor, vendido por otro, entre los gritos de las turbas ébrias, muere, después de haber atraído á sí todas las cosas, y resucitando, lleno de gloria, al tercer día, cuando ya había dicho no sé qué cosas inefables á sus amigos los doce pescadores, un día, sobre la cumbre de otro monte, una nube luminosísima le envuelve, y sube muy alto, ocultándose como visión divina á los ojos de los discípulos atónitos. Y después que el oscuro nazareno se había ido de este mundo, otro día, entre el bramido de tempestad potente, sobre la cabeza de los Apóstoles en el Cenáculo congregados, descenden unas como lenguas de fuego, que van á abrasar toda la redondez del Universo. Entonces los discípulos marchan por el orbe predicando palabras de amor, y el orbe, al escuchar á esos oradores maravillosos, se trocó de epicúreo en espiritualista y entró por los caminos de la verdad. ¡Qué espectáculo!

Los Apóstoles saliendo con el báculo y las sandalias por las puertas de Jerusalem deicida; el idealismo conquistando las almas para el amor divino; los Concilios vibrando los últimos ecos de la predicación de Jesucristo; los padres de la Iglesia bautizando á la humanidad transfigurada; la conciencia redimida; las cadenas de todas las esclavitudes quebrantadas; los cristianos cantando el *Credo* en los circos y en los potros; los pobres pescadores de Galilea convertidos en maestros del Universo, ¡ellos! los oscuros é indoctos; «nacidos ayer y llenándolo ya todo, islas, ciudades, ejércitos, la Metrópoli, las provincias, el Palacio y el Senado; que solamente el templo y el altar han dejado al paganismo» (1). La Iglesia de Jesucristo está fundada, y el prodigio de los prodigios ahí vivo y refulgente, sobre la cumbre inaccesible de los siglos. Dejadme, dejadme repetir aquí las palabras elocuentes del ilustre Marqués de Valdegamas, uno de los entendimientos

(1) Tertuliano.—*Apologético*.

más altos y de los corazones más grandes que han pisado la oscura tierra, y hacia el que siempre ha gravitado mi espíritu, llevado por la fuerza de entusiasmo sincero y de admiración imponderable. «La Iglesia de Cristo—dice Donoso Cortés en las páginas del *Ensayo*—es para los que navegamos por este mar del mundo, que hierve en tempestades, faro luminoso puesto en escollo eminentísimo. Ella sabe lo que nos salva y lo que nos pierde, nuestro primer origen y nuestro último fin; en qué consiste la salvación y en qué la condenación del hombre, y ella sólo lo sabe; ella gobierna las almas y ella sola las gobierna; ella ilumina los entendimientos y ella sola los ilumina; ella endereza la voluntad y ella sola la endereza; ella purifica y enciende los afectos y ella sola los enciende y los purifica; ella mueve los corazones y ella sola los mueve con la gracia del Espíritu Santo. Para ella las tribulaciones son triunfos; los huracanes y las brisas la llevan al puerto» (1).

Y después de constituida la Iglesia sobre la piedra angular, que es Cristo, para aclarar y defender y sistematizar la verdad católica, encerrada en el tabernáculo de la revelación divina, viviente en el dogma, definida por los Concilios, vibrante en los labios de los Pontífices de Roma, nace la filosofía cristiana, la filosofía metodizada en las *Sumas* de los Doctores escolásticos, y sublimada ahí, en la *Suma* del Doctor Angélico, después de cuyas conclusiones—como ha dicho jesuita ilustre—sólo queda el claro resplandor del *lumen gloriæ* (2). ¡Qué espectáculo el espectáculo de la civilización salvada por la Iglesia, y qué pléyade de filósofos que van á echar el cimiento solidísimo de la gran enciclopedia católica! Diríase la claridad primitiva de este mundo fulgurando sobre las tinieblas del caos, ó el *lumen gloriæ* irradiando sobre la frente de la humanidad purificada. Unos van á las soledades de los yermos para vivir en comunión inefable con los cielos; otros abren cátedras de la ciencia nueva, enfrente de las cátedras

(1) Libro I, cap. 3.º, págs. 34 y 35, segunda edición.

(2) Pedro Labbé V. la obra de Mr. Boyer, *Defense de la Méthode d'enseignement*.

de la ciencia antigua, y pasman al orbe por la profundidad de su doctrina impenetrable; quién marcha por las ciudades y los campos reclutando las almas para el amor divino; quién deja en obras famosísimas los destellos de la hermosura increada; aquél canta con la lira de los ángeles; el de más allá sorprende los misterios de la naturaleza, ó los misterios de la gracia; todos ellos, con ímpetu de amor, suben hasta el tabernáculo de la verdad inmaculada, y trayendo sus reflejos á la tierra, moviendo la actividad al bien y el corazón al espiritualismo, transformando el ideal divino en éxtasis, en himnos, en plegarias, en argumentos, provocan el desenvolvimiento majestuoso de la civilización cristiana, y tomando por asalto al Universo, y haciéndole sudar gotas de sangre, van á establecer por todos los siglos el imperio de la sociedad católica, que no es otra cosa más que el reinado social de Jesucristo. Desde sus comienzos, estudiando al cristianismo en el silencio de las catacumbas y en el silencio de los primeros siglos, ya se le ve con toda su pujanza espiritual, llevando en sí el germen fecundo de todos los prodigios que ha de producir en el trascurso de la historia. La Iglesia no hace más que nacer, cuando ya tiene su jerarquía de derecho divino, coronada por la tiara de sus Pontífices; y su liturgia, eminentemente simbólica, coronada por el misterio del eucarístico banquete. Las imágenes sagradas que los primeros cristianos han venerado en el fondo de las catacumbas, llevan en la aureola de luz que las circunda como los albores del arte cristiano (I).

Un día los sepulcros de los mártires salieron á la superficie de la tierra, y las basílicas que los protegían y coronaban elevaron hasta los cielos sus triunfadoras cúpulas. La Escritura Sagrada, la palabra de Dios esplendente y viva, es en los orígenes del cristianismo fuente abundantísima de donde brotarán, tiempos adelante, todas las más puras elevaciones de la poesía y de la literatura cristianas.

(I) Cyprien Robert. *Cours de hiéroglyphique Cretienne*, publiéedans l'Université catholique. T. VII.

Las *Actas* de los mártires, sobrias, sinceras, elocuentes, vienen á ser como el prólogo brillante de la historia moderna; y las alegorías de aquellos siglos, como *las Visiones de Hermas*, por ejemplo, me parecen los primeros vagidos de la poesía espiritualista, y como el primer monumento de esos libros de visiones — *liber Visionum*, — tan numerosos en los anales eclesiásticos y profanos de la Edad-Media, y que han inspirado en el siglo XIII al cantor altísimo de la Epopeya Dantesca. Los decretos de los Pontífices, mártires ó santos, pueden ser considerados como los nacientes cánones de la Iglesia católica, elevados después por la necesidad y la conveniencia á la categoría de leyes políticas de la sociedad cristiana. Pero las grandes herejías comienzan, y Arrio, al admitir que sólo el Padre es increado, echa por tierra la divinidad del Verbo. La discusión nace, la controversia se suscita, no en un rincón olvidado del planeta, sino ahí, en el Oriente, en Grecia, en Roma.

El estruendo del combate se dilata por los ámbitos del orbe, y de esa discusión y de esa lucha sale con nuevos inquebrantables bríos, armada de todas las armas, la teología, y su hermana menor la filosofía cristiana. Por otra parte, la literatura y el arte concluyen, como el paganismo, por abdicar su soberanía fingida, y vienen á purificarse con el bautismo de la Cruz de Cristo.

Los retóricos entran entonces en la Iglesia: es la época de Lactancio, de Victorino, «y del más glorioso de los doctores, de San Agustín.» Roma, en aquella sazón, no puede retener en sus escuelas, ni en sus palacios, á San Jerónimo, que se marcha para enterrarse en los desiertos, desde donde verá más cerca de su alma lo infinito.

San Jerónimo—como ha escrito el eminentísimo y tan simpático restaurador de la religión en Francia, el ilustre Chateaubriand,—San Jerónimo, figura gigantesca de aquellos tiempos, borrascoso, apasionado, solitario, echa de menos el mundo en el desierto, y el desierto en el mundo: viajero incansable que busca, que se sobrecarga de trabajos, del mismo modo que se cubre de arena para ahogar lo que no es posible ahogar; náufrago, penitente, peregrino salvaje y desnu-

do que lleva su dolor al lugar de los dolores de Cristo, y encorvado bajo el peso de sus años y por las tempestades de su alma, toda llena de la eternidad, apenas puede mantenerse firme al pie de la Cruz bendita (1).

Bajo el cielo de Italia aparece también en aquella era de mártires, de doctores y de santos, otro genio ilustre, del cual se decía, como de Platón, que al nacer, enjambre de abejas habían revoloteado por su boca, anunciando la suavidad de sus palabras: San Ambrosio, en cuyo pensamiento altísimo vienen á reunirse por soberano modo la herencia de las letras humanas y la tradición de las divinas escrituras (2).

(1) *Etudes historiques*. Etude cinquième. Seconde Partie.—V. *La vida de San Jerónimo* del P. Villarsi; edición de Verona.

(2) V. Bruckers. *Hist. critc. philos.*

VII

Allá en la tierra ardiente del Africa, en la patria de Tertuliano, nace á mediados del siglo IV San Agustín. San Agustín, como San Jerónimo, pertenecen ya á la época de la grande exaltación del espiritualismo cristiano. Almas titánicas que llevan sobre sí todo el peso del ideal, parecen nacidos y madurados entre los huracanes del siglo XIII.

El cristianismo vibra en sus pensamientos más íntimos y en sus palabras más ardientes, con acentos no escuchados hasta entonces. Son hombres de ensueños, de tristezas, de inquietudes, de pasiones, que sólo encuentran en el seno de la eternidad refugio para sus ansias vehementísimas y descanso para sus esperanzas insaciables.

La madre, Santa Mónica, ha educado á su propio hijo, á San Agustín, redimido quizás por las lágrimas de esa mujer, toda piedad y sentimiento.

Si el santo no nos lo hubiera dicho en sus *Confesiones*, nos lo hubiera revelado su alma.

. Atormentado por el huracán de todas las pasiones; poeta,

soñador, filósofo; alma abierta á todas las ideas simpáticas y á todos los sentimientos generosos; con afán jamás extinguido de gozarlo y de vivirlo todo; de corazón vehemente; de imaginación exaltada; de temperamento sensible hasta á las más pequeñas variaciones atmosféricas; agitado por los espejismos de su fantasía volcánica y por la fiebre de sus esperanzas sin objeto; en busca de hermosura y de ciencia con qué poder llenar los abismos de su sér contradictorio; queriendo hallar el descanso, á él negado sobre la tierra, en las exaltaciones del amor, ó en las lucubraciones de la sabiduría, anduvo por las escuelas de los filósofos y por las orgías de los paganos, para ahondar aún más en el fondo de su esencia las tristezas de la soledad y las inquietudes de la vaga adoración sin ídolo. Un día, en los trasportes de profundo sueño, vió al placer como filtro corrosivo que envenena; á la ciencia del mundo como engaño deslumbrador que mata; al amor de la tierra como goce de un momento que concluye; á la vida como relámpago que se apaga en el espacio, y olvidando los deleites de la carne, y trocando por el placer la Cruz, por el vértigo de la materia las mortificaciones del espíritu, por la palabra efímera de los hombres la palabra eterna de Dios, el cielo por la tierra, comienza á desbordar hasta lo más íntimo de su sér en páginas de arrebatador misticismo, á transparentar su propia alma, como en claro vidrio, en sus palabras; á llenar el mundo, como si fuera grandiosa catedral, con los acentos elocuentes de sus labios; á dejar caer, como rocío sobre las almas, la estela de las grandes esperanzas; y cuando ha enseñado al universo atónito los limbos misteriosos del espíritu, los rumores más imperceptibles del sentimiento, la podredumbre de las cosas de la tierra, los arcanos impenetrables de la gracia, los esplendores del Paraíso; cuando nos ha mostrado sus caídas y sus penitencias para fortificarnos y exaltarnos con él á las cumbres gloriosas; después de trazar el cuadro conmovedor de sus propios dolores y de sus tristezas insondables, tomó la pluma, y con vuelo más que de ángel, con intuición milagrosa, con mirada sobrehumana, contempló, como Dios desde su trono, el cuadro inmenso de la historia de los hom-

bres, la peregrinación de las razas al través del destierro de la vida, guiadas por la vara prodigiosa; el pueblo de Dios y el pueblo de los hombres, los gentiles y los cristianos; la prostituída Babilonia llena de sombras, y la celestial Jerusalem penetrada de claridades; y llamando á las naciones todas á ser colaboradoras en la obra augusta de la Providencia divina, dejando en sus visiones inspiración inagotable para la ciencia y para el arte, escribió ese libro en que leerán todas las razas hasta la aparición de los días apocalípticos, la mística y Santa *Ciudad de Dios* sobre la tierra.

Como el ángel que San Juan viera desde la soledad de Patmos elevarse por el Oriente, San Agustín se ha aparecido sobre los nublados horizontes de aquellos siglos calamitosos, en que vienen sobre caballos negros como la noche, desconocidas razas para acabar con el Imperio, y convertir en Océano de humeante sangre el universo. Imposible decir la admiración que ha tenido para el Obispo de Hipona la Edad Media.

De mí sólo sé decir, que nunca puedo pasar mis ojos por las polvorientas páginas de la *Ciudad de Dios*, sobre todo, leer el inimitable libro de las *Confesiones*, sin sentir las palpitations del entusiasmo en lo más secreto del corazón (1).

La filosofía cristiana salvada en la *Ciudad de Dios*, va á cumplir las palabras del Apóstol de las gentes: *Instaurare omnia in Christo, quæ in terris et in cælis sunt*. Por eso llegan á la historia, esclarecida por los reflejos de la revelación, coro de filósofos ilustres, soles de primera fuerza en los horizontes de la ciencia cristiana. Al recordar este movimiento filosófico que iniciado por San Agustín llega á su término con Santo Tomás de Aquino, paréceme asistir á aquella resurrección del genio helénico, que iniciada por Sócrates contra las argucias de los sofistas, llega á su cenit con los dos mayores astros de la filosofía griega, con esos dos titanes del pensamiento que tanto han influído en las corrientes escolásticas

(1) V. la *Vida de San Agustín*. Edic. de los Benedict. de San Mauro, tomo XI, lib. II, caps. VII y VIII.—*Vida de San Agustín*, aumentada por Poujalat, etc...—Ozanam, *Ouvres*. Lección acerca de San Agustín, tomo IX.

de la Edad Media; Aristóteles, metafísico, astrólogo, físico, naturalista, gramático, orador, retórico, político, que coloca la realidad y la experiencia como medida y término de todas las cosas; Platón, alma impregnada de misticismo poético, tomado de melancolía sublime, que ha sentido el mal del cielo como Virgilio, y presentido al Verbo, á la Trinidad cristiana, y subido á los espacios de luz donde anidan las ideas arquetípicas, las ideas madres, el *logos* increado; soñador y vidente que ha merecido cruzar por la Edad Media, como el poeta Mantuano, al través de las divinas metamorfosis de que habla *Comparetti*, para resucitar de nuevo ahí, en los libros dulcísimos del Platón de la Orden franciscana, del genio más amable de aquellos siglos, del bienaventurado doctor Seráfico (1).

¡Pero qué notable diferencia, qué Océano entre aquel desarrollo de la razón helénica á la sombra del oráculo, y aquel movimiento de la razón cristiana á la sombra de la basílica naciente! La luz del Verbo, de ese *logos* de los platónicos, ha descendido, como las lenguas de fuego de la Pentecostés, sobre la frente de los filósofos creyentes. Quizá como el evangelista del amor, desde su destierro de Patmos, han vislumbrado abiertos los encumbrados cielos llenos de esplendentes claridades; y sobre las claridades esplendentes, sobre los cielos encumbrados, la luz esencial, el resplandor divino, el Verbo, el principio y fin de todas las cosas. Por las enseñanzas de esa luz, ha llegado, á punto tan excelso la filosofía de la Edad Media, la filosofía escolástica, la más profunda y la más completa que ha concebido la razón del hombre, y ante la cual todas las concepciones racionalistas, son como el momentáneo centellar del fuego fatuo.

A partir de la aparición de la *Ciudad de Dios*, de San Agustín, ¡qué curso tan majestuoso el curso de la filosofía cristiana por la historia! Un senador, Boecio, sobre cuyo sepulcro en Pavía rezan aún hoy las generaciones creyentes, deja á las almas su *Tratado del Consuelo*, y á la inmortalidad su vi-

(1) V. la obra de Cousin, *Cours d'histoire de la philosophie*.—Tomo I, Leçon 7.^a

da, por el martirio cruel purificada (1); Casiodoro, monje, historiador, ministro, retórico, panegirista elocuentísimo, dicta sus *Instituciones Divinas y Humanas*, que son la verdadera enciclopedia de su tiempo, y busca la soledad para sus pensamientos en el retiro de Vivaria, por él cuantiosamente enriquecido (2); Beda el Venerable compone su obra «*De sex mundi ætatibus ab orbe condito ad annum*,» mostrándose en ella teólogo, filósofo, historiador, retórico; un Arzobispo de Sevilla, San Isidoro, lumbrera preclara en el cielo de la historia hispana, reasume en portentoso libro, *Las Etimologías* (3), la ciencia de su siglo, y explica desde el hombre hasta el ángel, desde el Creador á la criatura, desde la palabra de Dios, encerrada en la naturaleza, hasta la palabra de Dios encerrada en la Escritura; otro Prelado, San Leandro, hermano suyo, pinta el cuadro de la *Historia de los Godos*, al fulgor de la luz del Evangelio; Gregorio de Tours escribe su *Historia Ecclesiástica Francorum*, en cuyas ingenuas páginas irradia todo el pensamiento de su siglo; Gregorio Magno, reformador del canto religioso, pastor celoso, que manda misioneros al Oriente para contrarrestar los ataques teológicos de Byzancio, al Norte para convertir á los anglo-sajones, á España para acabar con el arrianismo, hace inmortales sus *Sermones* y sus *Diálogos*, que van á informar toda la literatura legendaria de la Edad Media (4); San Martín, León II, Gregorio III, Zacharia, Pontífices, son el prodigio de su época por su saber vastísimo, esparcido en *Epístolas* famosas, que constituyen los primeros cánones disciplinarios del Papado; dos prelados, San Braulio y San Eugenio, ornamentos de la Iglesia de Toledo, suben á los cielos de la poesía con sus himnos, y á los cielos de la ciencia con sus libros filosó-

(1) V. J. A. Fabricio, *Bibl. latina*, tomo II, lib. III, cap. XV, edic. de Hamburgo, trae el catálogo de las obras de Boecio.

(2) V. Marchio Maffey, *Complexiones. Epistola et Acta. Apostol et Apocalip*, sacada de los pergaminos de Verona y de Florencia, 1721, Introd.

(3) V. la obra *Isidoriana sive prolegomena in editionem operum S. Isidori hispalensis*, de Faustino de Arévalo. Roma, 1797.

(4) V. la *Edic. de los Maurinos*. Proet.

soficos; un monje, naturalista, físico, matemático, llamado mago por sus contemporáneos, Gerberto, luego Silvestre II, abarca en su entendimiento penetrante la ciencia divina y la ciencia humana; en España, en Barcelona, el Obispo Samuel Tajo, forma la primera *Suma Teológica*, recomendable por su erudición y método; un monje, Alcuino, de erudición portentosísima, explica en la corte de Carlo-Magno los misterios de los cielos y los misterios del espíritu (1); un clérigo de Normandía, Teodulfo, es nombrado Obispo de Orleans, *missus dominicus*, grande del Reino, por su inspiración fecunda, atestiguada en numerosos cánticos latinos; Anastasio el bibliotecario, recoge con severa crítica los *Anales del Papado*, y las *Actas de los Mártires*, haciéndolas entrar en el plan y dominio de la historia; Pedro de Pisa, bien penetrado del genio literario de la Italia, que luego infunde con sus predicaciones y sus libros en la naciente cultura de los pueblos germánicos; un benedictino, Rabano Mauro, que escribió del *Universo*, es decir, de todo, hace memorables la silla arzobispal de Maguncia y el monasterio de Fulda, por sus 51 obras de Teología, Moral, Cronología (2); un diácono, Paulo, concluye erudito *Homiliario*, sencillo y candoroso, como todas las creaciones de aquellos siglos; un Obispo de Salzburgo, Virgilio, defiende con la esfericidad de la tierra, la existencia de los antípodas, tan controvertida en las escuelas; otro Obispo español, Julián, habla en su libro de *Pronósticos*, de la existencia sobrenatural de los espíritus, del dogma del purgatorio, y lega á la posteridad la guerra entre Wamba y el turbulento Duque Paulo; Claudio, elegido Obispo de Turín por Ludovico el Piadoso, ilustra á los italianos con los fulgores de su saber extraordinario; Paulo Varnefrido, y Eginardo, historiador de los Lombardos el uno, y de Carlo-Magno el otro, merecen el honroso dictado de *maestros en el arte de escribir historia*; Prudencio Galindo, aclamado Obispo de Tro-

(1) Prólogo á las obras de Alcuino, por Frobenio. Rastisbona, 1877; dos tomos 4.º—V. también la *Hist. litter. de la France*, tomo IV, págs. 295 á 347.

(2) V. Coussin. *Fragments philosophiques*.—París, 1840, pág. 104.

yes por el clero y el pueblo de consuno, va á engrandecer con la eficacia de su palabra la Iglesia de los francos; *Sperain-deo*, San Eulogio, San Álvaro, Sansón, Leovigildo, Cipriano, perpetúan la tradición isidoriana en frente de las escuelas mozárabes de Córdoba; un cenobita de Reims, Riquerio, después de comentar los tratados de Hipócrates, describe admirablemente el espectáculo de su tiempo, subordinando todos los hechos á un pensamiento capital y soberano, pudiendo decirse que con él se inicia la *Filosofía de la Historia*; un oscuro lombardo, Papia, concluye el libro *Elementario*, lexicón de voces latinas, base y modelo de los modernos diccionarios; un mendigo recogido en el monasterio de Prun, Regino, forma la primera colección de Cánones de jurisprudencia eclesiástica, sustituyendo el orden por materias al orden cronológico, que era el seguido frecuentemente por los expositores; un prelado de Canosa, Donizo, esculpe en crónica famosísima la memoria de la Condesa Matilde, esa heroica amiga del Pontificado; Juan de Galandia, Obispo, dedica al Emperador de Alemania un *Tratado de Ortografía* y otro de *Sinónimos*, en el que á cada palabra siguen puestas en verso las que pueden servirle de equivalentes; una monja de la Baja Sajonia, Hros-witha, *Blanca Rosa*, prepara con sus *Historias Sagradas* y sus *dramas*, el advenimiento de la poesía dramática moderna; Valafrido Estrabón, pariente del venerable Beda, comenta con sublime crítica la Biblia en su *Glosa ordinaria*, y reduce el culto á su pura y verdadera forma, en el *Tratado de los oficios divinos*; un monje de Corbia, Pascasio Radberto, sostiene contra los heterodoxos, con invencible argumentación, que el pan y el vino consagrados se convierten en el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo; Lanfranco, de sutil ingenio, pulveriza los sofismas del hereje Berengario acerca del sacramento eucarístico, y reúne importante colección de códices del Nuevo Testamento y de los Santos Padres (1); un prelado piadosísimo, Pedro Damiano, trabaja con elevado criterio en las *Vidas de los Santos*, en disciplina eclesiástica,

(1) Mabill. *Ann. Bened.* T. II. Act. Ss. Ben. T. IX.

en cuestiones exegéticas y teológicas; un monje irlandés, Dicuil, muestra sus grandes conocimientos en ciencias físicas, publicando *De mensura orbis terræ*, notable por los datos que ha reunido; Guillermo de Champeaux refuta las teorías nominalistas renovadas por Roscelino, entre el ruido de las disputas filosóficas de la Edad Media (1); por toda Europa, en los monasterios y en las catedrales, en los palacios de los Obispos y en los palacios de los Reyes, poetas, matemáticos, filósofos, místicos, naturalistas, exégetas, jurisconsultos, canonistas, que estudiando toda la ciencia al resplandor de la lámpara del santuario, dotados de observación sagacísima y de constancia inconcebible, iluminados por *la luz de la revelación divina*, considerando la misión de la enseñanza como misión del cielo, como verdadero sacerdocio, luchando contra los errores de la tradición oriental y de la tradición griega, refiriéndolo todo á Dios y por Dios, salvan la ciencia en las escuelas, el arte en los templos, y preparando el imperio de la civilización católica (la única verdadera y altísima civilización, puesto que no es más que la revelación divina encarnada en el pensamiento de la humanidad transfigurada), en el cenit espléndido del siglo XIII, con los *Espejos*, con los *Tesoros*, con las *Catedrales*, con las *Sumas*, van á iluminar al pensamiento con las místicas irradiaciones del *lumen gloriæ*; á extender el imperio de la Cruz por la redondez del orbe conocido; á traer entre los hombres el reinado social de Jesucristo, y á purificar al mundo con el fuego del espiritualismo, bajo las alas de la Iglesia Santa.

Así, la ciencia, la filosofía cristiana, refugiadas en la *Ciudad de Dios* de San Agustín, jamás han perecido. Por los tiempos que suceden á la caída del Imperio Romano, la barbarie pudo triunfar momentáneamente; pero nunca prescribir.

Yo no he hallado en los primeros siglos de la historia europea ese período de ignorancia universal, por tantos escri-

(1) V. Rouselot. *Etudes sur la philosophie dans le moyen age*. París 1840. Part. I. Chap. V.

- tores lamentado. Porque muchos lo deploran con tan grandes clamores, yo comienzo á no admitirlo. El trabajo perseverante de los primeros monjes ha disipado todas las sombras, y entre la ruina del imperio y el desbordamiento de las razas bárbaras, nada ha podido prevalecer contra la filosofía cristiana. ¡Ah! La Providencia, para la que nada es insignificante, cuida lo mismo de los destinos de la ciencia y de los progresos de las artes, que de los destinos de los hombres y de las revoluciones de los siglos. Impíos y degradados los pueblos que no han tenido fe ni en Dios ni en el hombre; impías y degradadas las generaciones que temieron una noche eterna.

Impiaque æternam timuerunt sæcula noctem.

Por otra parte, los Pontífices de Roma, los Soberanos más populares de Italia, en cuanto han salido de la oscuridad de las catacumbas, han sido los salvadores de los destinos inmortales de la Iglesia, y con ellos de los destinos de la civilización cristiana. Constituído el poder espiritual y temporal del papado, anterior á todos los poderes políticos de Europa (1), al querer los Pontífices realizar la reforma imperiosísima del clero, pedida por Pedro Damiano, por San Bernardo, por Hildebrando, no vieron otro medio más propio y soberano, que cumplir esa misma reforma por la ciencia. Para ello precisaba, ante todo, la independendencia del sacerdocio, y los Papas la llevaron á cabo concediéndole una propiedad, el tesoro de la ciencia, que no podían transmitir ni el cetro de los Emperadores ni el poder de los señores feudales. Realzaba también la misión del sacerdocio, la ley del celibato, que al privar al pobre monje de los deleites de la familia, le daba en cambio los purísimos goces de la ciencia.

Las escuelas conventuales y las escuelas episcopales, decretadas por el Concilio Romano de 1078, y extendidas por todo el suelo de la Europa, son el órgano de la Ciudad Eterna, y la Ciudad Eterna representa en la historia del cristianismo la perpetuidad de la predicación de Jesucristo en la

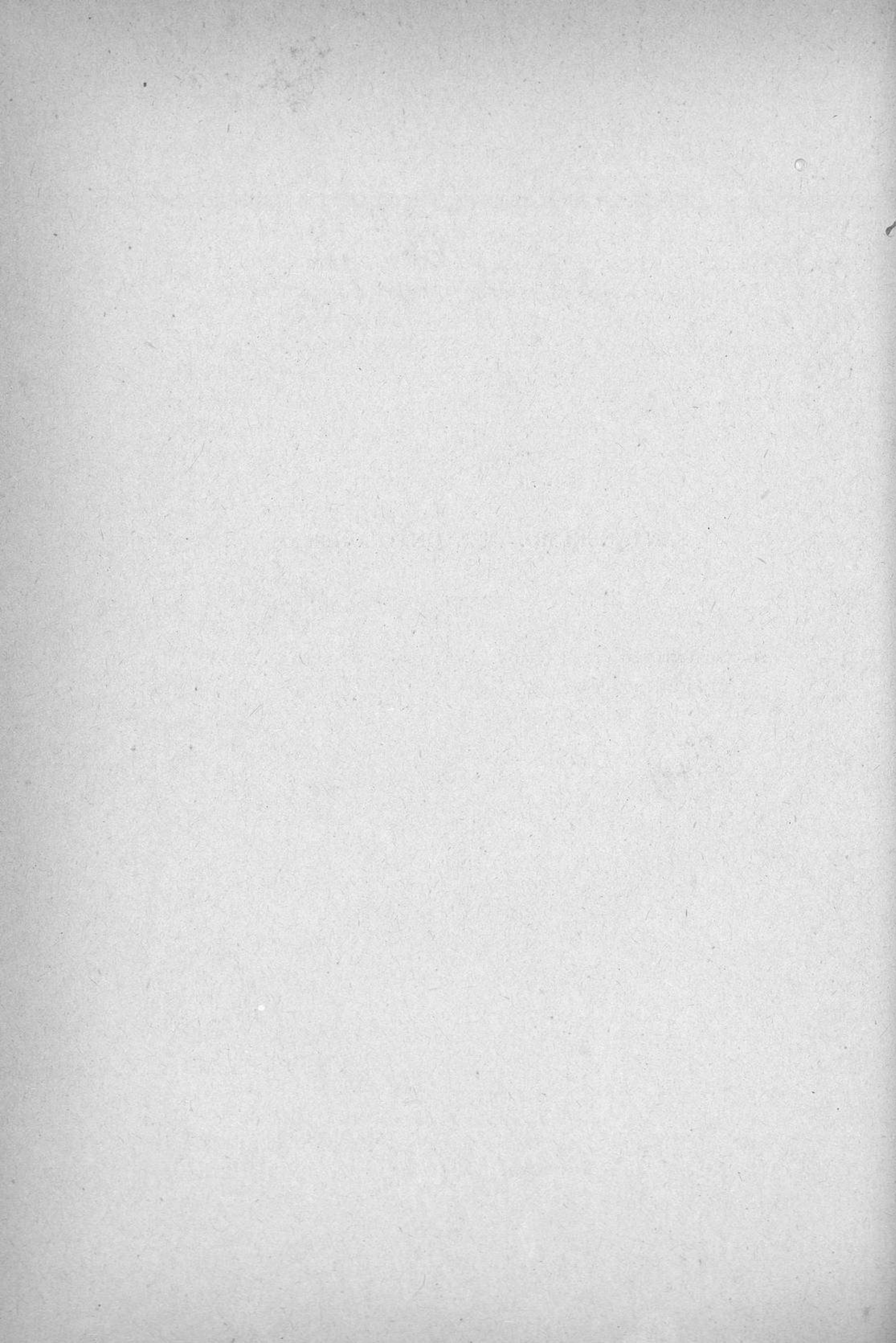
(1) Hume. *Hist. of England*. Henri. VIII, ch. XXIX, ann. 1521.

predicación de los Pontífices, «cuya palabra infalible escribe el mismo Dios allá en el cielo» (1). Toda la civilización es esencialmente romana. Los destinos de la humanidad descansan con toda su grandeza en la Roma pontificia, colocada sobre la cumbre de los siglos, y de la que Dante ha dicho en su poema: «Un consejo singular de Dios ha presidido al nacimiento y á las victorias de esta misteriosa ciudad, por siempre santa: las piedras de sus muros son dignas de profundísimo respeto, y el solio de sus Obispos, y el altar de su basílica merecen las apoteosis de los poetas, y las eternas alabanzas de los siglos.»

(1) Donoso Cortés. *Ensayo*, etc.

SAN ANSELMO. — EL ONTOLOGISMO

AL EMINENTÍSIMO SEÑOR CARDENAL, ARZOBISPO DE SEVILLA, FRAY
CEFERINO GONZÁLEZ.



VIII

Tres hombres ilustran en el siglo XI á Italia: Lanfranco, Pedro Lombardo, San Anselmo: Lanfranco, representa el nacimiento de la dialéctica; Pedro Lombardo, el nacimiento de la Teología como ciencia; San Anselmo, el nacimiento de la metafísica escolástica. Dejad, dejad que hable de este Agustín del siglo XI, piedra miliaria en el raudo camino del espíritu. La soledad ha formado su alma, en la que se transparentan como en apacible corriente los arboles del cielo, y con ellos el reflejo de las realidades inmutables. Espíritu místico y sublime; entendimiento penetrante, apercebido para ascender, como el águila, por espacios de luz; enamorado del genio platónico de San Agustín, que ha extendido sus iluminaciones á la ciencia y á las artes en toda la carrera de los siglos medios; alma llena con las visiones de la eternidad, cantada por aquellos tiempos en las leyendas de los poetas y en las *sumas* de los filósofos; todo impregnado de la idea de Dios, que palpita igualmente en el abismo de la conciencia que en el abismo de los cielos, y cuya realidad soberana ce-

lebran desde la luciérnaga de los campos hasta los soles de la Vía-láctea, desde el balbuceo de los pequeñuelos hasta la inteligencia de los sabios, desde el hombre hasta el querube; robustecido con las doctrinas de la tradición filosófico-cristiana, que es como el soplo vivificante de su siglo; sublimando las excelencias de la fe, que considera como la escala luminosa por la que suben las almas al conocimiento de la realidad suprema; tomando posesión de las regiones de lo sobrenatural para explicarlo todo por principios y métodos puramente racionales; monje, arzobispo, elocuente, piadosísimo, San Anselmo, en el siglo XI, entre el estruendo de los combates y el fragor de las herejías, en la soledad del monasterio, desde donde se ve más de cerca á Dios, ha tendido su mirada por las profundidades del espíritu y por las profundidades de la tierra, y cuando ha leído enseñanzas inefables en las páginas de esos dos libros, y visto la claridad de lo infinito reflejada en el fondo del corazón y en el fondo del firmamento, en la Biblia, que es la palabra de Dios, y en la naturaleza, que predica sus glorias indecibles, y subido de consideración en consideración y de peldaño en peldaño, por la fuerza de la intuición y del argumento hasta la plenitud del sér, hasta el arquetipo increado, hasta las hipóstasis divinas, hasta la esencia incomunicable que anima y vivifica lo mismo á la gota de rocío que á la inmensidad del mar, al resplandor de la inteligencia que al resplandor del lucero de la tarde; cuando se ha sentido dominando la eternidad y contemplado, como el Profeta, la luz de la Jerusalem apocalíptica, ha bajado de nuevo acá á la tierra, y ahí, en páginas guardadas como tesoros en el fondo de las bibliotecas, en libros inmortales, cuya lectura desdeña la ciencia moderna, pigmea é impotente para deletrearlos y comprenderlos, en el *Monologium* y en el *Proslogium*, dejó instituída la metafísica escolástica, altísima y verdadera, que transcurriendo el siglo XIII, ese siglo en el que todos son gigantes, artistas, sabios, frailes, heroínas, pueblos y reyes, ha de encerrarse en el entendimiento como de ángel de Santo Tomás de Aquino, el más ilustre de todos los filósofos que han pasado por los caminos de la Historia. Verdaderamente que causa pavor y asombro

ver en el siglo XI á un pobre monje remontarse tan alto, hasta los cielos de la teología y de la metafísica, y echar las bases del único sistema de metafísica racional, ante el cual, las concepciones de los filósofos renacientes ó reformadores, se han disipado como vana sombra. San Anselmo como San Agustín, ha creído para conocer; *credimus ut cognoscamus*. «No he tratado de comprender—escribe—las verdades para creerlas, sino que creo para comprender; porque estoy cierto de que si no creo, en vano es que quiera comprender alguna cosa» (1).

Y junto á la exaltación de la fe, ¡qué vuelo el de la razón, en las obras de San Anselmo, para eterno mentís de las aprensiones racionalistas! «Consultando más bien su deseo—dice—que la facilidad de la ejecución y mis propias fuerzas, algunos de mis hermanos me pidieron que no demostrase nada por medio de las Santas Escrituras, sino que en cuanto tratase de establecer, me sirviese de una fórmula fácil, de argumentos al alcance de la generalidad, y de una discusión sencilla, *probándolo todo con la ayuda de la razón y la evidencia de la verdad*» (2). Admitiendo con todos los doctores escolásticos la infalibilidad de la fe, San Anselmo pretende que la razón pura confirme y desenvuelva los dogmas, llevando sus consecuencias hasta los últimos confines de la ciencia humana. Toda ciencia, dice el Santo Arzobispo, se reduce á dos libros admirables, en los que las realidades divinas vienen á transparentarse por sobrenatural manera. La Escritura sagrada y la Naturaleza; he aquí la revelación de Dios al espíritu del hombre. Así lo mismo predicán de Él los Patriarcas bajo la palma del desierto, el Profeta sobre las ruinas de los campos mustios, Job en el estercolero, el Apóstol platónico en la soledad de Patmos, que los cielos con su luz, y los valles con sus florecillas, y los océanos con sus ondas turbulentas.

Estas dos revelaciones vienen á constituir dos ciencias capitales: la metafísica, que estudia la revelación divina en la Biblia, y la física, que estudia la divina revelación en el uni-

(1) *Præf. ad Monologium sive exemplum meditandi de ratione fidei.*

(2) *Præf. ad Monol.*

verso. Y la metafísica y la física, y la revelación por la Biblia y la revelación por la naturaleza, no son más que dos como á manera de robustas alas para subir á la unidad suprema, á la idea universal, que subsiste, no como simple percepción del espíritu, sino implicando la realidad objetiva, la perfección esencial é incomunicable, que en el orden real está en el término de todos los seres, y al frente de todas las ideas en el orden lógico; lo increado y subsistente por sí mismo, Dios, que escribe sus designios con palabras de luz en la revelación de la Escritura, y con escalas de soles en la revelación del universo.

Así, la naturaleza que pregona las magnificencias del Creador, y el espíritu que le siente, con murmullos y exaltaciones y estremecimientos indecibles; el ángel que vuela sobre los mundos, y la mariposa que vuela sobre las flores; la arena humedecida por la naciente onda, y los gigantescos mundos que surcan el firmamento azul; el perfume que asciende de los valles á las nubes, y la oración que asciende desde el alma hasta los cielos; el pensamiento y la fantasía, lo que existe en la realidad y lo que es dado que exista en lo posible; todo conduce al principio divino, á la esencia eterna y necesaria; porque la inmensa variedad de bienes esparcida por el mundo, supone un principio de bondad universal y absoluto que los informe y vivifique; y los destellos de la belleza, que son como el himno místico de la creación á su Dios, un centro de hermosura soberanamente perfecto que los sostiene é ilumina (1); y la gradación de seres que no puede encerrarse jamás en la escala de una jerarquía sin término, una unidad superior, preexistente por sí propia, idéntica al principio absoluto de ser, de lo bueno y de lo hermoso (2), á quien las voces del espíritu y los rumores de la naturaleza llaman con el nombre tres veces santo de Dios.

Este principio soberano, colocado en el término de las ideas y al final de la escala de los seres, causa de su propia existencia, no ha procedido de sí mismo, ni de nada que le

(1) *Monol.*, cap. I.

(2) *Monol.*, cap. IV.

sea inferior. Si me decís que la nada lo ha engendrado, tendríais que conceder forzosamente que la misma nada es causa única y superior en vuestra hipótesis á ese sér esencial, y á ese principio soberano. La nada queda convertida, por lo tanto, en principio creador, en el ente por esencia, en el *alfa* y *omega* por el cual y en el cual *son, viven y se mueven todas las cosas*; lo mismo la idea que irradia en las regiones del pensamiento, que la estrella que irradia en las regiones del azul espacio. Y como todo esto encierra contradicción invencible, hay que concluir irremediabilmente por afirmar que ese sér de los seres existe por sí y para sí, es decir, que Él es al mismo tiempo el agente que lo creó, y la materia de que fué creado (1). Por otra parte, Dios es lo más perfecto que se puede pensar, y la perfección absoluta del sér, implica, no sólo su existencia ontológica, *vel in intellectu, vel secundum rationem*, sino su existencia real, *vel in re*; porque si supusiera únicamente la existencia ontológica, el sér que juntara con la existencia ontológica la existencia real, sería más perfecto que otro sér cualquiera; luego Dios, lo más perfecto que puede concebir el pensamiento, debe de reunir, con la existencia ideal ú ontológica, la existencia real, *vel in re*: luego Dios existe (2).

A la cabeza de todo lo existente y de todo lo posible, en el término de la creación, sobre las trasformaciones de los seres y las catástrofes de los imperios, como en excelso tabernáculo, ahí está Dios; océano de luz en que se anega el alma, claridad inextinguible que todo lo explica, y sin la que todo aparece indescifrable y oscuro; creador y conservador de la existencia; ante el cual los astros que cruzan la inmensidad, son como oscuras luciérnagas de una noche de verano; y los espacios como ligera neblina que se disipa á la mañana, y los siglos como resplandor fosfórico que brilla y se apaga en un instante, y la vida como tenue suspiro que se pierde entre la brisa, y el hombre como sombra de leve sueño que concluye; y los Océanos bramadores como quieto remanso que los ardores

(1) *Monol.*, caps. 5 y 6.

(2) *Proslogium*.

del sol consumen; y los huracanes turbulentos, como silbo delgado y apacible; y el universo como tienda de campaña que ha cobijado por el desierto de la tierra á los imperios y á las razas, caídas todas, con sus caudillos, y sus legisladores, y sus profetas, y sus magnificencias, en los abismos tenebrosos de la muerte. En Dios están todas las cosas, dice el santo Arzobispo, porque en Él existen los arquetipos de todas ellas; los principios del ser y del conocer, las ideas madres, que están en la esencia divina, dice San Buenaventura, *sicut ramus in arbore, apis in flore, mel in favo, avicula in nido*; pudiendo afirmarse en cierto modo, que estas ideas eternas son Dios mismo (1).

De aquí que, preexistiendo el designio de la cosa creada en el sujeto creador, de una manera inteligible, los seres, concluye San Anselmo, subsisten con existencia real, refiriéndose al principio creador, aun antes de pasar á la categoría de criaturas (2).

Y como la forma de las cosas en el entendimiento divino no es más que el modo bajo el que este soberano entendimiento las produce, la esencia increada tiene en sí todas las cosas antes de que lleguen al mundo de la realidad, existiendo por la visión perfecta de Dios, que viene á ser entonces como virtud omnipotente, como el mismo poder creador que no pudo sacar las cosas de la nada sino con su palabra y por sí mismo (3). Ahí tenéis la explicación más racional y sólida de la existencia de Dios y de la creación del mundo. Aquel monje del siglo XI, con el poder de su razón, ha fundado la más perfecta teología natural que tanto influjo va á tener tiempos adelante en las escuelas. El racionalismo contemporáneo para quien son letra muerta las obras de San Anselmo, con sus términos escolásticos y su férrea argumentación, incapaz de comprender esas elevaciones del entendimiento cristiano, injusto é ignorante, ha condenado al ilustre Arzobispo al olvido más profundo, después de haber lanzando sobre su doc-

(1) *Compendium*, I y 25.

(2) *Monol.*, cap. 9.

(3) *Monol.*, 10, 11 y 12.

trina el dictado *¡de panteísta!* calumnia que no merece ni los honores de refutación seria y detenida. El racionalismo, y con él sus pontífices máximos y sus jóvenes catecúmenos, educados en la orgía de todas las libertades revolucionarias; ávidos del aplauso de las turbas, declamadores huecos, meollos ayunos de toda idea noble y verdadera, de ignorancia tan alta como su presunción altísima; confundidos ellos mismos por el castigo de la torre de Babel, no han leído jamás las obras de los doctores escolásticos sino en infieles y deficientes extractos, que no pueden guardar en la traducción, cuasi siempre desvirtuada, la fuerza, la precisión, el espíritu del original, para ellos tan oscuro como la esfinge babilónica, y tan cerrado como el Libro de los siete sellos.

Este es el espectáculo que da el racionalismo modernísimo, encerrando toda su ciencia infusa en tratados y manuales, que son las más de las veces los delirios de cerebros mal organizados, ó los errores y aberraciones de un espíritu educado entre el superficialismo de los cursos de los *libre-pensadores*, dignos, la mayor parte de ellos, de las jaulas de un manicomio por locos, ó de los calabozos de una cárcel por cuerdos. Y así nutridos y madurados, sin más doctrina que la soberbia y el atrevimiento, apoyados por los *santones* para ellos infalibles, abren cátedras, y se convierten con germanesco y risible estilo, en maestros de *ciencia prima*, sabedores de *omne rescibili et quibusdam aliis...*

Y mientras importaciones alemanas constituyen hoy por hoy *nuestro tesoro filosófico*, las elevadas lucubraciones de los doctores escolásticos de la Edad Media, ante cuya ciencia, que causa pavor, la de todos los doctores racionalistas se esconde en el abismo confundida y avergonzada, duermen sobre el polvo de solitarias bibliotecas, como anticuadas ó ridículas, indignas de ser leídas por los entendimientos *amigos de la luz y del progreso*. Si hay alguien entre las lumbreras de los siglos medios, excluyendo á Santo Tomás de Aquino, que quede en los horizontes de la metafísica cristiana como estrella de primera magnitud, es el Arzobispo San Anselmo.

Admira y cuasi espanta ver en el olvidado monje del siglo XI, la profundidad de pensamiento, la pureza de moti-

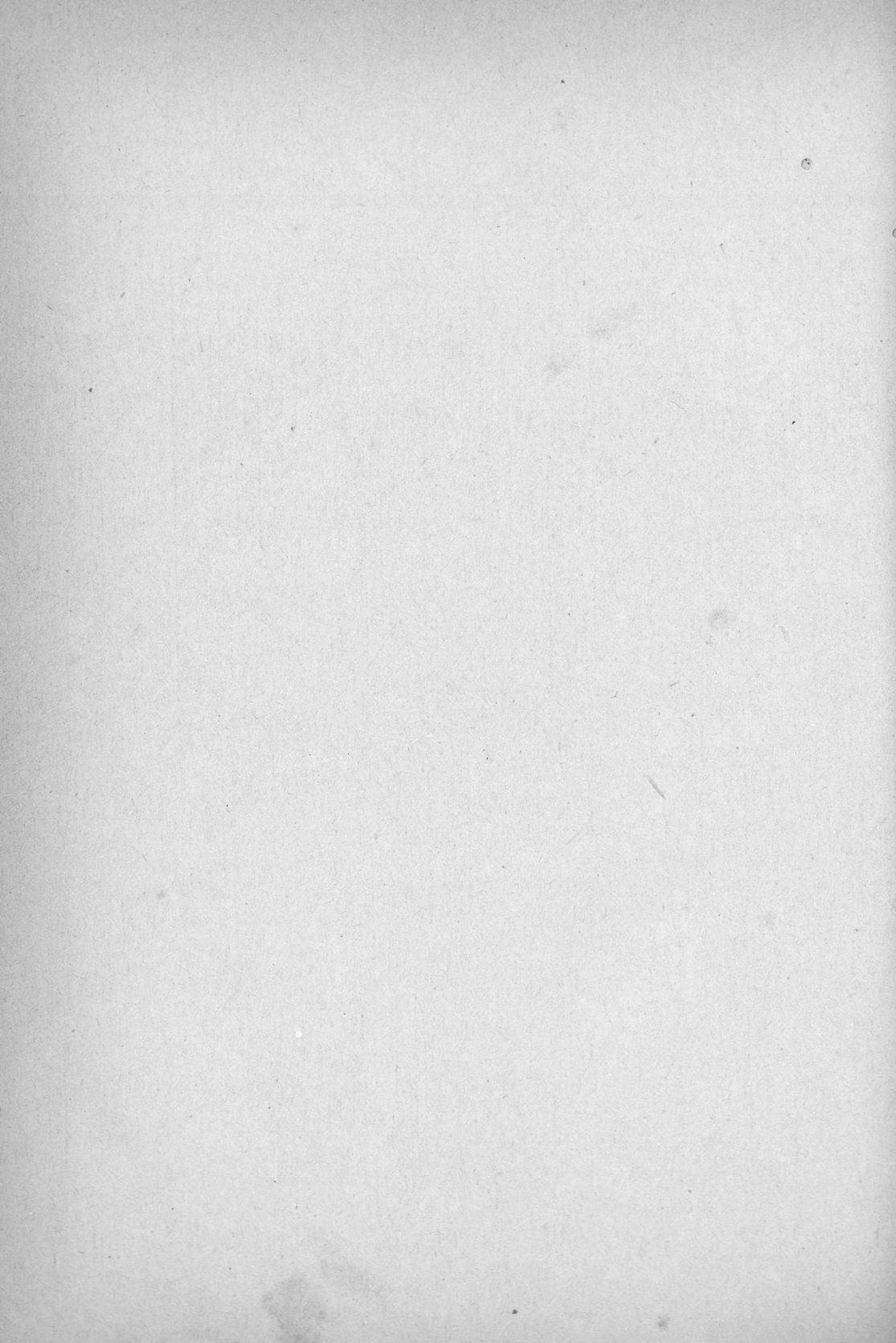
vos que le obligan á escribir sus libros, el riguroso encadenamiento de las ideas, la mirada segura que marcha siempre hacia su objeto, la fuerza de argumentación ante la que se estrellan los clamores de los sofistas, la sublimidad de la concepción filosófica que sube hasta Dios, para desde allí dominarlo todo; la naturalidad y el poder de sus conclusiones invencibles. Tal ha sido San Anselmo. ¡Gloria, gloria al ilustre santo!.... (1)

(1) *H. Bouchité* hizo una versión de las dos principales obras de San Anselmo, que es lo único que de este Santo conocen los racionalistas, bajo el título particular y engañoso *Le rationalisme chrétien à la fin du onzième siècle* ó *Monologium et Proslogium de Saint Anselme*. París, 1842. Acerca de esta obra hizo sutil y profundo análisis la *Bibliothèque Universelle de Genève*. Vol. 51, año 1844. Boussetot, en la obra citada, cap. VIII, razona de San Anselmo como Bouchité, y con él la mayor parte de los filósofos de la escuela ecléctica.

Después de haber entrado en caja este capítulo, ha llegado á nuestras manos el libro de *Mr. Charles de Rémusat*, titulado *Saint Anselme de Cantorbéry...* París, 1856, y en el que con espíritu racionalista, aunque moderado, hace este docto académico un estudio de la vida y doctrina del ilustre filósofo cristiano. La importancia de las afirmaciones sentadas por *Mr. Rémusat*, la grandeza del asunto, de un lado, y la premura del tiempo, por otra parte, me impiden añadir, por el momento, nuevas consideraciones á las que quedan expuestas, prometiéndome ampliar considerablemente este capítulo de mis *Estudios sobre la Edad Media*, cuando, ya en breve plazo, los colecciono y publique formando libro.

SAN BERNARDO Y SU SIGLO

AL MUY ILUSTRE SR. D. JOSÉ SAORI, PROTONOTARIO APOSTÓLICO
Y DIGNIDAD DE ARCIPRESTE DE LA INSIGNE CATEDRAL DE OVIEDO



IX

San Anselmo es del temple de Santo Tomás: hombres todo pensamiento, que hablan directamente á la razón. Luego será preciso arrastrar á las muchedumbres con los prodigios del espiritualismo, y vendrán los hombres del temple de San Buenaventura, los que sepan sentir y hablar directamente al corazón; vendrá San Bernardo. Su madre, antes de parirle, tuvo sueño milagroso (1). ¡Y qué mayor milagro que la vida de ese monje, que es el alma de su siglo, y que mueve al eco de su palabra elocuentísima, Pontífices, Reyes, caballeros, muchedumbres que se ponen la cruz, y van camino de Jerusalén á la conquista de un sepulcro! El castillo de Fontaine fué su cuna, y el siglo XII el pedestal, sobre el que se eleva, como en la cúspide centellante de los tiempos. Mirad su siglo, siglo henchido por el fragor de grandes tempestades.

(1) Gill.—*Vita et Res gestæ*, lib. I, cap. I, citado en el admirable libro de P. Théodore Ratisbonne, *Histoire de Saint Bernard*. Huitieme edition, tome premier, pág. 57.

La media luna sobre los minaretes de Jerusalén la Santa, esa ciudad alrededor de la que gravita toda la Edad Media; los caballeros cristianos que habían ido á las cruzadas, vencidos por Saladino, «y dueños apenas de algunos pies de tierra allá en la Syria» (1); el cisma de los griegos, la filosofía de Aristóteles explicada en las escuelas, procurando el predominio de la razón sobre la fe, en la exposición del inmutable dogma cristiano; Abelardo, poeta, filósofo, músico, teólogo, monje, enamorado, que buscaba por los caminos competidores famosos, contra quienes esgrimir las armas de su dialéctica, y por las tortuosas calles de París los ojos de su Eloísa, célebre por sus desgraciados amores todavía más que por su ciencia, alarmando á los Pontífices que reúnen los Concilios de Soissons y de Sens, para condenar sus libros *De la Trinidad* y *De la fe*; Arnaldo de Brescia, clamando por las aldeas y las ciudades, y hasta entre las llamas de la hoguera que le consume en Roma, contra la autoridad del Papado; un rico comerciante de Lyón, Pedro Valdo, disciplinando á la voz de sus inspiraciones muchedumbres fanáticas que recorren Europa predicando contra la Iglesia romana, «esa gran prostituta del Apocalipsis» (2), pidiendo la vuelta á los tiempos apostólicos y á la primitiva disciplina; la heregía de los albigenses, informada por los misterios del Manicheísmo, y protegida por el Conde de Tolosa, Raimundo IV, tomando por asalto al Languedoc, á la Provenza, á Tolosa, cuyos palacios llenaban ya los cánticos de los trovadores, y las sentencias de la *Gaya sciencia*; la cuestión ruidosísima de las *Investiduras*, siempre nueva y palpitante, renovando las discusiones entre el Pontificado y el Imperio, el eterno litigio de los Gibelinos y los Güelfos; la sensualidad desenfrenada manchando las iglesias y las abadías poderosísimas, «donde al rumor místico de las plegarias reemplazaban el ladrido de los canes, el relinchar de los corceles á la caza apercebidos, el estruendo de la orgía, siendo extranjeras en su propia man-

(1) Lacordaire.—*Vie de Saint Dominique*. Chapitre I, pág. 142.

(2) Pedro Valdo.

sión hasta las mismas tumbas de los santos» (1); los clérigos, ayunos de virtud y de doctrina, sin cuidarse del alma ni del cuerpo, precipitándose ávidos de honores y de riquezas sobre la cátedra pastoral, «convertida por ellos en cátedra emponzoñada, y por todos en causa de perdición y de ruina» (2); el judaísmo explicado en las sinagogas, y el averroísmo comentado en las *Madrisas*, retoñando en las obras de los doctores orientales, y pugnando por introducirse en las obras de los doctores escolásticos (3); los Concilios convocados á la voz de los Papas, eternos defensores de la civilización y del derecho, tronando en decretos sapientísimos contra «la corrupción de las costumbres y la perturbación de la doctrina» (4); Pedro de Bruys, protegido por muchos Obispos y señores, practicando la doctrina de los rebaptizantes y atizando en pública plaza, el Viernes Santo, hoguera á la que arroja cruces, imágenes, altares, entre pedazos de carne que iba á comer en aquel día con sus secuaces, cuando los habitantes de *Saint-Gilles* lo cogen, y echándole á las llamas, lo asan vivo; las literaturas celebrando en sus *serventes*, tan de moda por entonces, los placeres del amor voluptuoso, y burlándose entre las carcajadas de la sátira, de los Obispos y de los monjes; la cristiandad entera llorando como Jerusalén, desposeída de su Dios y de su templo; época tempestuosa engendrada por tan opuestos elementos como bullen en el seno de aquellas sociedades, y que, amenazando con las sombras de eterna noche al espiritualismo cristiano, vida fecunda de la Edad Media, va á purificarse y redimirse ahí, por la visión milagrosa de Inocencio III, cuando ve en sueños la Basílica de Letrán próxima á desplomarse, sostenida solamente por los robustos hombros de dos pobres y oscurísimos mendigos, que sin poder, sin prestigio, sin gloria, sin riquezas, vestidos el uno con grosero saco ceñido á los riñones, y el otro con hu-

(1) Lacordaire.—Obra cit., pág. 145.

(2) Pedro de Blois.—*Carta al Cardenal Octaviano*.

(3) Jourdain.—*Recher. crit. sur l'origine des traductions latines d'Aristote et les commentaires grecs et arabes*.—París, 1719.

(4) Pedro de Blois.

milde hábito de manos de la Virgen descendido, con el Crucifijo en la diestra, y palabra elocuentísima en los labios, van á tomar por asalto al orbe, por el amor y por la ciencia, y á trastornar las almas con los acentos de sus predicaciones entusiastas, á cuyos ecos resucita la cristiandad purificada en el crisol de todas las pruebas, y ahí, en el cenit de la historia, el siglo XIII con sus poetas que descubren los mundos de lo infinito; y sus filósofos que llevan sobre su pensamiento nuevos Atlas, el peso de la enciclopedia católica; y sus legisladores que han traído á la tierra, con el proemio de sus códigos, el reinado social de Jesucristo; y sus apóstoles que renuevan con su ardiente palabra los prodigios del primer apostolado; y sus instituciones caballerescas que han exaltado á la mujer é idealizado la vida; y sus coros de inmortales heroínas, entre las cuales miro elevarse hacia los cielos la inmaculada figura de Santa Isabel de Hungría, cuyo recuerdo suaviza siempre las nostalgias de mi espíritu; y sus catedrales, que aparecen para llevar el pensamiento de la Humanidad hasta los cielos, y subirlo á las regiones de la inmortalidad paradisiaca, como la inteligencia de Santo Tomás en la cúspide de la Suma Teológica, que es también la cúspide de la ciencia; y como la fantasía del poeta florentino en el remate de la *Divina Comedia*, que es el Tabor donde se transfiguran las almas. «El siglo XII es una de las épocas más memorables de la Edad Media—ha dicho Rastisbonne.—Aparecen en él los gérmenes de todas las grandes ideas que han dado óptimos frutos en los tiempos modernos; época de transición laboriosa, de crisis y de luchas violentas que preparan el advenimiento del siglo XIII; de bajeza y de heroísmo, y en la que el soplo fecundo de la Iglesia va á originar las cruzadas, la Caballería, las constituciones políticas, las ciencias, la arquitectura; todos los elementos de una civilización cristiana y grandiosísima» (1).

En ese siglo XII, el joven castellano de Fontaine ha sido el precursor del joven trovador de Asís. Genios superiores

(1) *Saint Bernard*.—Tome premier, pág. IX.

nacidos con la levadura de lo infinito; templados para los combates de la existencia; anhelantes de amor, de luz, de hermosura, que no hallan jamás entre las sombras del destierro; seres todo espíritu, cuya vida es un cántico inacabable al ideal; astros de primera magnitud que vienen á juntar en su foco el crepúsculo de lo pasado y la alborada de las edades que están por venir; redentores que se dan en holocausto al universo á trueque de la diadema de espinas que corona su cabeza, y de la indiferencia y el desdén que los persigue hasta en la tumba; artistas enamorados de la eterna castísima belleza, que anotan en su mente desde el cántico de las aves en la tierra, hasta el cántico de los ángeles en el cielo, y se desbordan en discursos, en himnos, en plegarias, que repiten arrebatados sus discípulos; hierofantes y precursores que vienen á iniciar en la historia epopeya de inmortales esperanzas, descienden á la tierra, nuevos Cristos, para abrasarla con el fuego de voraz espiritualismo; y cuando cargados con todos los dolores del cuerpo y todas las visiones del espíritu han descendido al hoyo de oscura tumba, después de haber engendrado una nueva sociedad de místicos, de pensadores, de artistas, de santos, de vírgenes; después de haber constituido acá en el mundo la *ciudad de Dios*, que San Agustín adivinara; esos héroes que aquí se llaman Francisco, allá Domingo, en Florencia Savonarola, en el Claraval Bernardo, se transfiguran en el momento de subir hacia el empíreo; y los resplandores de su alma, el rumor de sus predicaciones, los suspiros de sus éxtasis, las cadencias de sus himnos, la poesía de su vida, el recuerdo de sus austeridades, la memoria de sus beneficios, la hoguera de sus místicos amores, eso, recogido por los ángeles alados, pasa al dominio de la leyenda y de la historia, á las apoteosis de los discípulos, á las reverberaciones del arte, á la devoción de los creyentes, á la fantasía de los pueblos, á las adivinaciones de los poetas, á la inmortalidad de la gloria, á la levadura de las generaciones que vienen á llorar sobre su tumba para perpetuar y divinizar la memoria de esos hombres milagrosos.

Así ha sido San Bernardo. Un día, en el fondo de su castillo romanesco, entre el canto de los trovadores y los espec-

táculos caballerescos, amena diversión de aquellos siglos, siente que misterioras voces resuenan en el abismo, de su alma; que arrobamientos desconocidos le toman en las faenas del día y en el silencio de la noche; que no puede con el peso de profundos ensueños, en suspiros y lágrimas deshechos; que amores, hasta entonces desconocidos, vienen á encender su pecho, y visiones indescifrables vienen á turbar su vista; que algo, como fuego, agita sin cesar su sangre; que la eternidad se transparenta, como las estrellas en el cielo azul, en el fondo de su conciencia acusadora; y sintiendo que el misterio es como valle tenebroso, y el firmamento como pálido crepúsculo, y la vida como arrebol que se desvanece, y el hogar como liviana tienda de campaña, con todos los dolores de la pasión de Cristo por su alma, rebosando caridad, pasión, ternura, tiende la vista por Europa puesta en crisis, y anhelando ganarla para la Cruz, deja atrás los placeres de la familia y los placeres del castillo, los encantos de las damas y las leyendas de los trovadores, y sale por el mundo—por aquel mundo férreo y egoísta,—ebrio de amor, entusiasta, elocuentísimo, vibrando los rayos de los profetas por las ciudades y los campos, en la corte de los Papas y en la corte de los Emperadores; predicando la renuncia de todos los bienes y el anhelo de todos los martirios; el aniquilamiento de la carne y la exaltación idealista; la humildad, la paciencia, la ley del dolor que nos purifica y ennoblece; la Cruz de Cristo, el reinado social del Verbo encarnado, la resurrección espiritual que ponía enfrente del mundo de los señores corrompidos, de los Obispos simoniacos, de los Emperadores concubina-rios, y de los pueblos, por el viento de la heregía perturbados, un mundo de pobres y oscuros monjes, castos, sufridos, obedientes, que surgen en disciplinadas huestes con el Crucifijo en la mano, y mueven, al eco de su palabra portentosa, desde los pueblos que van en peregrinación á los santuarios, hasta los Reyes que se marchan á Tierra Santa en busca del perdón de sus pecados. Precisa evocar la predicación de los Profetas por los campos del Terevinto, los trenos de Jeremías, las visiones de Ezequiel y de Isaías, la predicación de los apóstoles, movidos por las lenguas ígneas de Pentecostés,

para comprender todo el efecto producido por la palabra de San Bernardo (1).

Mirad cómo habla de ello historiador coetáneo del Santo, en candorosas páginas, cuya sencillez é ingenuidad apenas acierto á traducir á nuestra lengua: «Hablabá á los campesinos como si su vida hubiera sido siempre la del campo; y á las demás clases, como si hubiese consumido su existencia en profundizar su índole. Sencillo cuando trataba con los sencillos, profundo con los doctos, pródigo en máximas de santidad y de virtud con las personas de ingenio, descendía al nivel de todos sus oyentes para ganarlos al redil de Cristo. Cuán grande era la facultad con que el cielo le había adornado de apaciguar y convencer, y del talento suficiente para saber cuándo y cómo debía de hablar, rogar ó compadecer, exhortar ó corregir, lo conocerán, aunque sólo en parte, los que lean sus escritos, llenos de luz y de ternura; pero no podrán conocerlo tan bien como aquellos que le oyeron; pues tenía en su acento tal fuego y tal vehemencia, y en sus labios tal atractivo, que su pluma, aun siendo sapientísima, no logró conservar todo el encanto y todo el calor de sus discursos. Miel y leche fluían de su lengua, y, sin embargo, la ley en su boca era de fuego. Por lo mismo, cuando exhortaba á los alemanes, aunque no comprendían sus palabras, quedaban por su simple sonido más conmovidos que cuando se les explicaba su significación por habilísimos intérpretes, y manifestaban su emoción dándose golpes de pecho y deshaciéndose en lágrimas» (2). ¡Qué espectáculo! Al eco de sus predicaciones ardentísimas la humanidad agitada se conmueve; los castellanos arrojan los arreos del festín para vestir el sayo y el cilicio; los artistas purifican sus pinceles en el Jordán de la penitencia, y se marchan en busca de celestes inspiraciones á los cementerios y á los cenobios; las cortesanas abandonan el lecho de la orgía para abrazarse, ebrias de amor divino, á la Cruz, como la pecadora del Evangelio; los

(1) V. Gill. de Tir.—*Vita et res gestæ*. Lib. XII, cap. VII.

(2) V. un artículo referente á San Bernardo, publicado en la *Revue Française*, año 1838.

jóvenes apartan de sus labios la envenenada copa del deleite, y se van vestidos de penitentes á la puerta de los conventos; los poetas dan á las llamas de voraz hoguera los cánticos obscenos, para celebrar en místicas estrofas la leyenda de los santos; las repúblicas italianas, agitadas en discordias, se apaciguan (1); las muchedumbres, macilentas por la disciplina y el ayuno, marchan por las encrucijadas de los caminos, confesando sus pecados; los sabios se olvidan de las apoteosis platónicas, de las obras de Aristóteles, para estudiar en la Cruz toda la ciencia; dan de mano las doncellas los placeres, y se marchan atormentadas por la nostalgia divina á las soledades de los claustros; se concluyen los cismas que turbaban á la Iglesia, y las herejías que turbaban las conciencias; los Pontífices deponen la tiara, y mezclados con las turbas, vienen á escuchar la palabra mágica de ese monje exaltadísimo; los campesinos abandonan las rocas y los valles, y en inmensas regiones caminan en busca de San Bernardo, y le salen al encuentro pidiendo su bendición con grandes voces; los Emperadores y los Reyes, no pudiendo resistir á los acentos del nuevo profeta, se cruzan, y tomando el bordón del peregrino, van por los derroteros del Oriente soñando con la Jerusalén celeste (2); las esposas y las madres encierran á sus maridos y á sus hijos, temerosas de que los arrebaté á su hogar y á sus amores la dulzura del pobre penitente; se pueblan los desiertos por bandadas de nobles ciudadanos que convierten en el campo de Dios el Claraval, «henchido por los himnos de los piadosos labradores» (3); los Obispos concubenarios, los ambiciosos abades, como aquel que viera el Santo, por 60 caballos escoltado (4), renuncian á los torpes anhelos de la carne, y vestidos de penitentes lloran al pie del templo sus pecados; quedan ahí, en las tristezas de la soledad, los palacios, los burgos, los castillos, antes alborozados por el cán-

(1) Muratori.—*Annales*. Ann. 1.132, 1.133.

(2) Arnaldo de Bonneral.

(3) Idem.

(4) Mabillon.—*Annales*. Tom. IV, pág. 33. *Mentior si non vidi abbatem sexaginta equos et ex amplius in suo ducere comitatus.*

tico del festín ó por el clamor de la victoria; por donde quiera viudas y huérfanos de maridos y padres que aún vivían; que arrebatado el mundo por la palabra de un hombre prodigioso aparecido, nuevo Redentor, sobre las tempestades del siglo XII, siente por sus venas el fuego del idealismo, y, loco de pasión, corre de claustro en claustro, de burgo en burgo, de santuario en santuario, de sepulcro en sepulcro, buscando la cruz como medio de alcanzar el Paraíso prometido á sus esperanzas inmortales, y vislumbrado entre los espejismos del deseo, tras el dolor y los ensueños del espiritualismo cristiano, ese *alfa y omega* de toda verdadera grandeza, que cuanto más le aparta de la tierra, más cerca pone al hombre de los cielos. ¡Ah! Tiene razón un autor racionalista cuando dice en libro desconocedor completamente del dogma católico: «Ningún hombre en la Edad Media ha hecho, como San Bernardo, cosas tan grandes, y de un modo tan original y portentoso.» Un día el Rey de Francia, Luis VII, discípulo de aquel hombre eminente que había presidido los Consejos de los Príncipes y los destinos de un reino, y cuyo sepulcro llevaba sólo este epitafio: *Hic jacet Sujerius abbas*, en guerra contra el Conde de Champaña, el trovador Tibaldo, mandó quemar en Vitry iglesia venerada, en la que se habían refugiado, según los cronistas de aquellos tiempos, mil quinientas treinta y cuatro personas, todas muertas entre los horrores de incendio tenacísimo. Bernardo, el humilde monje, movió con severa censura la conciencia del Monarca, y en penitencia por su pecado merecida, mandóle ir á Tierra Santa, para que redimiera su culpa peleando por la libertad del Santo Sepulcro. Entonces fué cuando el Pontífice Eugenio III, el gran amigo de San Bernardo, aprobó la resolución de las Cruzadas, «concediendo absolución y remisión de los pecados, y prometiendo la vida eterna á todos los que emprendieran y terminasen la santa peregrinación, ó muriesen en el servicio de Jesucristo, después de haber empezado sus pecados con corazón humilde y contrito» (1).

(1) Otto de Frisinga *de Gest. Frid.* Lib. I, cap. XXXV.

La parcialidad y mala fe de los escritores anticatólicos ha supuesto que Eu-

Echando una mirada sobre todas las figuras ilustres del siglo XII, ningún hombre más apropiado que San Bernardo para la predicación de la Cruzada. Así el Papa le encargó de ella (1). Vióse entonces al Rey de Francia acompañado de su esposa Leonor de Guiena y de los nobles del reino, presentarse ante numerosísimo Parlamento en el campo congregado, sobre colina levantada á las puertas de Vezelay, en Borgoña (2), pues eran tantas las gentes venidas, ávidas de presenciar la ceremonia. Entre los caballeros y los Príncipes y las damas, ataviadas con el lujoso tocado de aquellos tiempos, medio oculto entre las turbas, como aparición celeste se destaca por su blanco hábito la apacible figura de San Bernardo, que allí, en el Parlamento, sobre la cúspide de la colina, lanzó los rayos de su elocuencia soberana, y al hablar de las noticias tristísimas que de la Tierra Santa habían llegado, trasfigurándose, tomando sobre sí todos los dolores del Profeta, prorrumpió en aquellas palabras memorables interrumpidas por los sollozos del auditorio inmenso, y que cayeron como fuego de lo alto sobre las almas: «El Dios del cielo ha comenzado á perder ya parte muy amada de su tierra» (3).

Al acabar su predicación pidieron la cruz, arrodillados, el Rey, la Reina, los principales señores y la turba innumerable; y como no bastasen las cruces que San Bernardo llevaba apercibidas, rasgóse su blanca túnica para hacerlas, y muchos que ni aun de éstas pudieron alcanzar, se cortaron sus propias vestiduras, y formando una como á manera de cruz se la pusieron en el pecho (4). Desde este momento la locura

genio III prometía la vida eterna á los cruzados, sin ningún requisito previo de confesión y penitencia. Recuerdo haber leído en algunos autores, especialmente en Draper (cuya ignorancia está á la altura de su malicia), este calumnioso aserto.

(1) V. *L'Histoire de Citeaux*, vol. VI.

(2) Gill de Tyro. *Obra cit.* Odo de Diogilo, *de Expedit. Lud.* VII *in Orientem*. T. I, pág. 12.—Véase también *Gest. Lud.* VIII en les *Mém. sur l'hist. de France*, vol. VI, pág. 329.

(3) Ep. 322 de S. Bernardo.—Odo de Diogilo: *loc. cit.*

(4) Odo de Diogilo, *loc. cit.*—V. *Biblioth. des Crois*, t. I.—También es fuente genuina para el estudio de estos hechos la *Crónica de Marigny*.

de la cruz se apodera de toda Europa, y cuando en Spira, diciendo un día misa, Bernardo se vuelve á sus oyentes describiendo el día Apocalíptico de la consumación de los imperios y del acabamiento de la raza humana, el sonido de las trompetas, á cuyo ruido los muertos comienzan á buscar el polvo de sus huesos, y la aparición de Cristo vengador con la cruz en el firmamento, las estrellas que recogen sus resplandores y la tierra que palpita en sus agonías postreras: «Dios, deteniendo en un punto las olas de la creación, y la eternidad reinando en todas partes» (1); cuando el Emperador Conrado III, exaltado por las visiones y las palabras del Santo, exclama conmovido: «sé cuánto debo á Jesucristo y juro marchar á donde me llame» (2); la cristiandad se levanta por primera vez bajo la forma de una inmensa nación, obrando por impulso de un solo jefe y de un solo sentimiento (3).

Y el entusiasmo rebosa en Europa. Y camino del Oriente marchan 200.000 cruzados recitando fervorosas letanías, soñando con Jerusalén la Santa, que creen divisar en cada encrucijada del camino, y queriendo, como recompensa de sus ansias infinitas, envolver sus huesos en el polvo sagrado de la Tierra Santa, y dormir el sueño de la eternidad en aquellos sitios memorables, por tantos recuerdos y por tantas esperanzas consagrados. Allá van, porque Cristo lo ha dicho: «el que quiera venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome la cruz, sígame» (4). ¡Y ay del que no tiñe su espada en sangre! Los cruzados han llegado á Jerusalén.

«¡Jerusalén, Jerusalén, ciudad Santa, ciudad del Hijo de Dios, escogida y santificada, yo te saludo! ¡Yo te saludo, soberana de las naciones, capital de los imperios, metrópoli de los patriarcas, madre de los apóstoles y de los profetas, hogar primitivo de nuestra fe, la gloria y la bendición del pueblo cristiano! ¡Yo te saludo, tierra de promisión, donde

(1) Chateaubriand.

(2) Otto de Diogilo, *loc. cit.*

(3) A. Thierry.—*Histoire de la France*: citado por Ratisbonne en su mencionada obra.

(4) Luc. IX, 23.

brotaban en otros siglos leche y miel para confortar á tus hijos errantes y perseguidos, y que guardas para los nuevos siglos las palabras que dan vida, y las promesas que llevan á la inmortalidad! ¡Ciudad de Dios, qué grandes cosas han sido dichas de ti!» (1)

Así, monje y tribuno, San Bernardo había sido el árbitro de su siglo. De arrogantísima figura que las austeras penitencias demacraban (2); místico y poeta que juntaba en sus acentos todos los murmullos del espíritu y todos los himnos de la naturaleza; de sensibilidad tan exquisita para lo bello, que su espíritu era como la transparencia de la belleza material é ideal esparcidas en las obras de Dios y de los hombres; de tan mortificada y pura vida, que al descender al hoyo del sepulcro, casto como un ángel, llevaba en sí todos los dolores de la pasión de su maestro, de palabra tan elocuente y persuasiva que las esposas y las madres retenían en el hogar á sus hijos, á sus maridos, temerosas de que, enardecidos por aquella voz irresistible, se les marcharan con el santo; de humildad tan verdadera, que se negó á aceptar la corona de Pontífice, por dos veces ofrecida, «quedando más glorioso en su sencillez y más grande en su pobreza» (3), de comercio tan frecuente con lo sobrenatural, que, absorto en sus éxtasis, bebió en cierta ocasión sangre por cerveza, y paseándose por las orillas del lago de Constanza, regresó entrada la noche á su convento, sin echar de ver la hermosura de aquellos sitios, la puesta del sol que reflejaba sus últimos resplandores en los montes y las aguas (4); de ascendiente tan inmenso sobre la Europa, que á la sola enunciación de sus mandatos términanse los cismas, congréganse los concilios, sucede la paz á las discordias de los reinos, resucitan para la Iglesia las costumbres inmaculadas del primer apostolado, los Reyes y los pueblos toman la cruz y se van peregrinos á Tierra Santa; de erudición tan portentosa, que engarzaba en su inte-

(1) San Bernardo, *ad Milites Templi*, pág. 39.

(2) Gaudf.—*Vit. S. Bern.*, Lib. II, cap. I.

(3) Gaudf.—*Loc. cit.*

(4) Ernoldi.—*Vit. S. Bern.*

ligencia la enciclopedia universal de su tiempo, y vencía en Sens á Abelardo, el filósofo más popular del siglo XII (1), del cual se decía que explicaba como Platón, «que los hombres descendían á la puerta de sus casas para verle, y las mujeres levantaban las cortinas de sus estrechas celosías para admirarle» (2); de caridad tan acendrada, que vendió una vez su pobre manto para dar de comer á un pordiosero, y que cuando el monje Rodulfo excitaba en Alemania á la degollación de los judíos, acude infatigable para defenderlos y salvarlos, «porque eran, además de sus hermanos, testimonios vivos de las promesas de Jesucristo» (3); de suavidad tan penetrante, que las Reinas, los Príncipes, los prelados, las muchedumbres, abandonan los castillos y los burgos para pedir consuelos á ese monje prodigioso que así sabe curar las mortales tristezas del espíritu; exaltado, penitente, encendido de amor que vibraba en todas las cuerdas de su alma; inspirándose en la palabra de Dios, que ha descendido ahí, á la Biblia, y en las páginas de este libro divino en las visiones de Jeremías, que llora en la fiebre de sus adivinaciones la soledad y la ruina de Jerusalén la adúltera; en las visiones de Isaías, que cuenta por la inmensidad de los desiertos una á una todas las lágrimas de la pasión de Cristo; en las visiones de Ezequiel, que camina soplando por los campos de la muerte, y ve animarse los huesos ya mondados para marchar por los senderos de la vida en busca de la sentencia soberana; en las visiones del evangelista del amor, que describe desde su destierro los días apocalípticos, la exaltación de los humildes y el destronamiento de los soberbios; en las visiones de Daniel, que predica desde las tristezas del cautiverio el reinado de la justicia perdurable (4), y en las visiones de Job, que llora en las miserias de su estercolero los dolores sin cuento de la vida; San Bernardo, decía, al eco de sus predicaciones entu-

(1) Gaudf.—*Opera. cit.*, Lib. III.

(2) Remusat, citado por D. Alejandro Pidal en la pág. 23 de su *Santo Tomás*.

(3) Arnaldo de Bonneral, citado por el Conde de Montalembert en su libro *Les Moines d'Occident*.—V. también Baronio. *Ann.* ad. ann. 1146.

(4) Daniel, c. IX v. 24.

siastas que renovaban la pascua de la predicación de los apóstoles, desde el retiro del Claraval, tan amado, en los concilios, en las cortes, por donde quiera, había hecho levantarse de entre las tinieblas del siglo XII, generaciones espiritua- listas de poetas, de filósofos, de caballeros, de cenobitas, de cruzados, de Pontífices, de Reyes, que abruman á la historia con sus grandezas innenarrables, y que un poco más tarde otro varón humildísimo, alma gemela de San Bernardo, vuelto de las agitaciones del mundo á la paz de la conciencia redimida, *il Gonfaloniero di Christo*, el Redentor de la Edad Media, San Francisco de Asís, recogerá en herencia sacratí- sima para fundar el reinado de la *Ciudad de Dios* sobre la tierra, y coronar la cumbre del siglo XIII, tan excelso y emi- nente, que ilumina con sus claridades perdurables las gran- dezas de la epopeya católica, y queda ahí, en las soledades de la historia, como la cima del Sinaí, como la cima del Tabor, como la cima del Calvario, al rededor de la cual giran en peregrinación interminable las civilizaciones, los imperios y las razas.

Apenas concebiríamos en nuestros tiempos indiferentes y frívolos, regidos solamente por la ley del interés y por la ley del egoísmo, consagrados al culto de la materia, el efecto ori- ginado por la predicación de San Bernardo, de Santo Domin- go, de San Francisco, de Jordán de Saxo, en aquellas socie- dades eminentemente espiritualistas, «cuya vida pública— dice un historiador contemporáneo—estaba cifrada en el sen- timiento enardecido, hoy reemplazado por la opinión ya imi- tadora, ya impuesta, y en las que dominaba, en vez del egoísmo reflexivo, una generosidad que impelía á los ciuda- danos á echar de común acuerdo los cimientos de las catedra- les, cuyo coronamiento debían ver sus nietos; al caballero, á exponer su existencia para defender la inocencia y el honor de personas desconocidas, y á toda Europa á precipitarse sobre el Asia, no á consecuencia de los decretos de un Rey, sino voluntariamente, para verter su sangre y con ella eco- mizar la de generaciones enteras» (1). El glorioso penitente

(1) Cantá.

del Claraval, San Bernardo, aparecido como nuevo Cristo sobre las almenas de los castillos, entre los Obispos prosti- tuídos, y los Reyes concubenarios, y los abades ambiciosos, y los pueblos en discordias encendidos, y las conclusiones de los filósofos adoradores de los errores paganos y de los deli- rios orientales; cuando sangrientos cismas desgarran la Igle- sia, y turbas de sectarios llenan la Europa, San Bernardo, al recostarse sobre la tierra del sepulcro, había llevado á cabo la exaltación espiritualista, que era como el bautismo y la nue- va Pascua de la humanidad regenerada, y una de las revolu- ciones más profundas de la historia, renovando los tiempos del primer apostolado por la predicación de la caridad, del amor, de la penitencia, de la castidad, del sufrimiento volun- tario, de la negación propia, que como dice el hermoso libro *I Fioretti di San Francesco*, «entre los dones del Espíritu Santo, el mayor de todos ellos es el de vencerse á sí mismo, y sopor- tar todas las injurias, todos los dolores y todas las tribulacio- nes por la gloria de Cristo» (1).

Hizo muchos milagros, dicen los candorosos cronistas de aquellos tiempos, hablando de San Bernardo. ¿Pero qué ma- yor milagro, como he dicho anteriormente, que el poder del pobre monje sobre su siglo azarosísimo, el ascendiente sobre las legiones de discípulos dispuestos á dar por él su vida, y que le levantan en la historia sobre el Tabor de sus adoracio- nes entusiastas? ¡Bien había trabajado en la viña del Señor, y bien merecía premio y descanso á sus fatigas! Un día, ape- nas subido á la Patria su gran amigo el Papa Eugenio III, cuando resonaban por Europa los cánticos de los cruzados victoriosos, devueltos á su hogar y á sus amores, Bernardo fué llamado por Dios para saciarse en la visión de la hermo- sura perfectísima, presentida por él en ios místicos arroba- mientos de su fecunda vida (2). Y la muerte de San Bernar- do fué como el crepúsculo de la inmortalidad. Ahí queda, en las desolaciones del sepulcro, hasta que un ángel vestido de

(1) Capitulo 8.

(2) Gandf.—*Opera cit.*, núm. 9, pág. 1.179, núm. 13.

luz coge su alma y la lleva para engarzarla entre las estrellas, en lo más encumbrado del azul espacio, donde permanecerá hasta la llegada de los días apocalípticos, como Elías, sobre nubes de fuego, arrodillado en demanda de perdón para los pecadores, y llevando las almas desde los desiertos de la vida hasta los arreboles luminosos de la gloria. «Hay ciertos seres —ha dicho Alfonso de Lamartine— que iluminan, que deslumbran, que arrastran todo á su poderosa esfera de atracción, sin pensar en ello, sin quererlo, y muchas veces sin sospecharlo siquiera. Se diría, que naturalezas portentosas tienen como los astros su sistema, y que hacen gravitar las miradas, las almas, los pensamientos de sus satélites en sus propios fecundos pensamientos. La belleza física ó moral es su poder, la fascinación es su cadena, el amor su emanación. Se les sigue á través de la tierra y hasta el cielo, á donde van á perderse, y cuando ya no se les ve, los ojos quedan como deslumbrados y ciegos, y se deja de mirar donde ya no se ve nada. El vulgo los conoce, los sigue, los admira, los adora sin comprenderlos, como los ciegos de nacimiento sienten los rayos sin ver el sol.» Tal fué San Bernardo, pobre monje del siglo XII, dice el elocuente Ratisbonne. Los Papas á su voz bajan del solio para seguirle; los Emperadores, los Reyes, los Príncipes de la Iglesia y del siglo, no son más que sus satélites; los pueblos enmudecidos le escuchan y le adoran; la Europa entera cae como nube de langostas sobre el Oriente para rescatar el sepulcro de Cristo. Bernardo ha desaparecido de este mundo, y sin embargo, sus pensamientos, sus inspiraciones, su alma quedan agitando á la humanidad esperanzada. Una admirable unidad reconstituye, en medio de las ruinas, todos los órdenes de cosas: unión religiosa en el espíritu de paz, por la extinción de los cismas; unión eclesiástica en el espíritu de obediencia, por la reforma del orden monástico y clerical; unión intelectual en el espíritu de fe y de ciencia, por la lucha victoriosa contra el racionalismo y la herejía; unión política, por los resultados morales y materiales de las cruzadas.

¡Y es un simple monje, un hombre de plegaria y amor, un religioso sin autoridad exterior, sin riqueza y sin poder,

sin fuerza material, sin socorro humano, el que da al mundo este magnífico espectáculo!» (1)

¡Ah, estos y aun mayores milagros ha obrado el espiritualismo cristiano en la Edad Media!

(1) Obra citada, T. I, págs. 21 y 22.—V. también á Natal Arguens. *De optima legendorum Patrum methodo*. Turín, 1742, lib. I, cap. I y siguientes, y la *Storia della Theologia*. Caligrafía fiesolana, 1832, lib. V.

SAN BERNARDO (CONCLUSIÓN).—EL MISTICISMO

AL ILMO. SR. D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

X

San Bernardo ha llevado una inmortalidad al cielo y dejado otra en su doctrina, en sus libros, que jamás he podido leer, como los de esotro hermano suyo en el amor, San Buenaventura, sin sentir los más vivos transportes del entusiasmo. Colocado bajo la cruz de Cristo, que cobija á las almas con su sombra, Bernardo ha traído á la tierra impura los destellos del ideal, desterrado de su patria en los escritos de ese monje, que así sorprende los más sordos gemidos del espíritu, y así lleva el pensamiento á Dios, ese abismo sin fondo de las almas. Su espíritu, desbordado, enloquecido, exaltadísimo, sale como rayo luminoso en sus palabras, en sus himnos, eterna aclamación de lo infinito. Del cenobita del Clavaval puede decirse lo que del Doctor Angélico escribe el ilustre Cardenal Fray Ceferino González: «que al escuchar sus santas efusiones y sus llantos de amor; al escuchar sus gemidos sobre el destierro de esta vida, y sus tendencias impetuosas hacia la patria celestial, se recuerda involuntariamente á los cautivos de Israel, cuando sentados á la sombra de

los sauces de los ríos de Babilonia, tristes recordaban las glorias de Sión y entonaban llorosos las canciones del destierro.»

Angel con vestidura de hombre, aprisionado con las cadenas del límite, vislumbrando la alborada de la patria desde las arideces del destierro, San Bernardo en la cumbre de la Edad Media, cuando fulguraba en el pensamiento de los filósofos el idealismo platónico y el espiritualismo cristiano, viene á reasumir en su corazón, en sus palabras, en sus escritos, en toda su existencia, las grandezas del misticismo, en cuyas olas suben las almas hasta anegarse en el seno de lo infinito; no de ese misticismo panteísta, engendrado entre nube de aromas por los bosques sagrados de la India; ni de ese misticismo todo penetrado de teosóficos ensueños, de prácticas teúrgicas, de palingenésicos períodos; ni del que predicaron entre los ruidos de la orgía y las depravaciones del entendimiento, los *Fraticelli*, los proclamadores del *Libre Espíritu*, los defensores del *Evangelio eterno*, los *Flagelantes*, que llenaban la Europa con el rumor de sus letanías y los cantos obscenos de sus danzas, los partidarios de aquel *Eon*, apellidado por sus discípulos *Juez supremo de vivos y de muertos*; los secuaces de aquel Tanquelmo, aparecido cuando Scoto Erígena se rebelaba contra la autoridad de Roma, y los Valdenses contra la autoridad del Evangelio, sensual, frenético, sanguinario, que se desposaba con la Virgen en públicos, solemnes desposorios, y propagaba sus doctrinas defendido por la acerada punta de cuatro mil espadas; de tan gran ascendiente sobre los pueblos enloquecidos con sus predicaciones voluptuosas, «que los maridos se daban por ofendidos si sus mujeres no eran mancilladas por las infames ignominias del mónstruo» (1); no de ese misticismo filosófico venido de las nieblas de Alemania en los libros delirantes de la ciencia modernísima, sino de ese misticismo sobrenatural y celeste que irradió como la aurora de un nuevo universo en la cruz sacrosanta del Calvario, que arrastró á la pecadora de Bethania á las plantas del Salvador divino; que palpité en los la-

(1) Balmes.—En el *Protestantismo*.

bios del precursor bendito por las soledades del desierto, y en el corazón del vidente del Apocalipsis, al borde del azul Mediterráneo, en los diálogos de Ricardo y de Hugo de San Víctor, en el espíritu de Gonfaloniero de Cristo, del penitente San Francisco, desbordado en himnos y en plegarias; en los libros del *Doctor Seráfico*, que sube hasta Dios con las alas de la pasión, del deseo, del amor poderoso y encendido que corre por sus venas con estremecientos inefables; en el libro de Tomás Kempis, genio cuasi divino que llevaba la eternidad gravitando sobre su alma inmensa, y que ha ejercido influencia tan colosal en las corrientes filosóficas y espiritualistas de la Edad Media. Todos estos seres superiores, Buenaventura, Catalina de Sena, Luis de Granada, Kempis, Taulero, Suszon, Teresa de Jesús, figuras que atraviesan la tierra cuasi sin tocarla y sin detenerse en ella, vienen á ser como símbolos y representantes de ese misticismo verdadero que eleva purifica é ilumina el entendimiento, por la meditación, por la plegaria que *gime por no poder gemir*, y llora porque no halla la misteriosa nota con que hablar de lo infinito; por la gracia que envuelve en una ola de la luz de Dios al hombre, y le eleva hasta Él en el éxtasis del deseo purificado; por el poder de ese eterno *Sursum Corda* que queda para exaltar á la humanidad, ahí en esos libros eternamente amables; en las *Confesiones*, en las *Alboradas*, en la *Fórmula áurea de los grados de la virtud*, en los *Nombres divinos*, en el *Itinerario de la mente hacia Dios*, en los *Diálogos* de Jacopone, en la *Consideratione de Interiore Domo*, en las *Fioretti di San Francesco*, en la *Imitación de Cristo*, ese sordo gemido del corazón, que dejando en los valles de la tierra todo lo que puede dejar el hombre, con alas de amor que se deshace en suspiros, en oraciones, en arrobamientos, en lágrimas, sube, vuela, penetra en la clara región de lo increado; y allí redimido con su propio fuego, en la calma del goce perfectísimo, en la visión de la hermosura soberana, presentida apenas desde los confines del planeta, respirando el aire natal de los sentimientos castos, confundiendo *en un mismo punto la pasión y la adoración, el amor y el culto*, canta el himno, la apoteosis, el *sursum* del espíritu que así deja los derrotados de este univer-

so sin luz, para guarecerse bajo los brazos de la cruz divina y perderse después, ya amaestrado, como el Apóstol, en la ley del sacrificio, del dolor, de la muerte mística, en el abismo sin fondo de todas las aspiraciones inmortales y de todos los amores imperecederos, ¡Dios, Dios! realidad eterna hacia la que gravitan desde los astros que cantan entre los arreboles del firmamento, hasta las almas que lloran reclusas en las áridas soledades del destierro. Ahí tenéis el verdadero misticismo. Confieso que en la génesis de doctrinas aparecidas en el mundo desde el comienzo de las civilizaciones, ninguna para mí se presenta tan profunda, tan verdadera, tan elevada, como la doctrina del misticismo, proclamado por la religión cristiana.

Esas aspiraciones del misticismo, creedlo, no son más que las tristezas, las aspiraciones, las languideces del alma abri-llantada por el fuego del espiritualismo, principio y remate de todo verdadero encumbramiento. El apóstol de las gentes ha sintetizado toda la esencia del misticismo en estas elocuentísimas palabras: «Sólo una cosa quiero saber; Cristo, y Cristo crucificado.» «Que fué tanto como decir—escribe Donoso Cortés:—sólo una cosa quiero saber para saberlo todo; quiero saber á Jesucristo solamente, porque sólo en Él están juntos todos los saberes y unidas entre sí todas las cosas» (1). De este modo, el misticismo todo lo sabe, sabiéndolo todo en Dios, hacia el que gravita con gravitación inacabable, pudiendo definirse, por consiguiente: «como el amor divino en todo su esplendor, aplicado á la vida espiritual, práctica y contemplativa; como la supremacía directa y constante de la primera causa sobre las causas segundas; del fin último sobre los fines inmediatos, siempre presentes á los ojos del espíritu, y presidiendo al desarrollo total de la vida en todas las esferas de la actividad humana» (2). Considerado filosóficamente el misticismo, no es otra cosa más que el idealismo, revistiendo una forma más brillante y ele-

(1) Ensayo.

(2) Pidal (D. Alejandro).—*Santo Tomás de Aquino*, pág. 131.

vada (1). El misticismo y el idealismo consideran la unión del alma con Dios, como principio sobrenatural de todas las elevaciones espirituales, y remate de todas las acciones del hombre. El idealismo ve cumplida esta unión por la fuerza del pensamiento, que asciende por regiones superiores á la de las cosas percibidas por los sentidos: el misticismo la considera realizada por la intención, por el deseo encendido, por la inspiración espontánea, que vuela por inaccesibles mundos, colocados sobre la esfera de la percepción externa y sobre los dominios de la razón pura.

El uno propone la teoría de las ideas como hipótesis cuasi evidente, defendida con todo el entusiasmo de una convicción real y sincera; el otro brota de las hogueras del éxtasis, caldeado de amor, con vivo anhelo de abismarse en la pura contemplación de lo infinito (2). El misticismo y el idealismo, pero el misticismo sobre todo, han concedido siempre soberano predominio á la imaginación y al sentimiento, sobre todas las demás facultades del espíritu. De aquí la necesidad efectiva y el empleo no interrumpido en la historia de la literatura mística, de expresiones alegóricas, revestidas con la pompa del lenguaje poético y oratorio. El amor es la base y el complemento de esta ciencia, que confía más en la vehemencia de la plegaria que en la fuerza del silogismo. Si queréis saber cómo á tan altas cumbres han podido subir las almas, preguntad á la gracia y no á la ciencia; al deseo y no al raciocinio; al gemido y no al discurso; á la plegaria y no á los libros; al esposo y no al maestro; á Dios y no al hombre, angel despeñado, envuelto entre los huracanes de sus propias pasiones, y las tristezas de la realidad desoladora.

«Muramos en nosotros mismos, ha dicho el filósofo más amable del siglo XIII, el doctor seráfico; aneguémonos ahí, en esas misteriosísimas tinieblas del anonadamiento voluntario; impongamos silencio á las solicitudes, á las concupiscencias, á los vanos fantasmas del sentido, y como Cristo crucificado, pasemos de este mundo al luminoso seno de

(1) Cousin.—*Histoire de la Philosophie*, tom. I, lib. IV.

(2) Cousin.—*Obra cit.*, loco cit.

nuestro Padre.» *Moriamur ergo et ingrediamur in caliginem; imponamus silentium sollicitudinibus, concupiscentiis et phantasmatis, transeamus cum Christo Crucifixo ex hoc mundo ad Patrem* (1).

El amor, el amor es la gran palanca del verdadero misticismo. Savonarola, Santa Teresa, Buenaventura, San Francisco, Susson, Taulero, Isabel de Hungría, han subido á los cielos del arte, á los cielos de la religión y á los cielos de la historia, por el amor. Esas ansias nunca apagadas que gravitan sobre el cerebro como la losa sobre el fondo del sepulcro; esas lánguidas tristezas que llenan la fantasía de insomnios y los labios de lamentos no interrumpidos; esas ideas sin forma; esos rumores de lo que no tiene nombre; esos vagidos de lo que no tiene ser; presentimientos, dolores, esperanzas, profecías; ese desasosiego que nos inquieta y nos acaba, ese amor que nos enloquece, jamás saciado acá en la tierra; á esos místicos, á esos poetas, á esos sicofautas, á esos iluminados, les hace alejarse de las playas de este mundo, para ellos cárcel oscurísima; que llenos de pasión bastante para vivificar mil universos, y poblar las soledades del firmamento, ven desvanecerse á la creación como tenue neblina del crepúsculo; y en exaltación dulce y apacible, en el vértigo del alma á quien *el primo amore* levanta del planeta como en alas, y pasea de pensamiento en pensamiento á través de claro cielo, muriendo para la vida de la materia, y anticipándose en visión espléndida á la vida de la gloria, ciernen sus alas como los ángeles sobre los astros del sereno espacio; y en sus plegarias, en sus arrobamientos, en sus himnos, que parecen envolveros con sus lenguas de fuego, contemplan ante sus ojos como el profeta del Apocalipsis, como el poeta Florentino, como el cenobita de Asís, abiertos los esplendentes cielos, llenos de genesiacos resplandores, y sobre los cielos esplendentes, el eterno ideal huído á nuestras oraciones y á nuestras lágrimas; y turbados por la claridad de lo sobrenatural que los envuelve como á Elías la nube de fuego, caen de hinojos, y no saben pedir sino una cosa: que Dios, amor,

(1) San Buenaventura.—*Itinerarium mentis in Deum*, cap. VII.

luz, vida, sér, poesía, hermosura, los anegue en una palpitación de su esencia soberana, en una ola de su amor vivificante, en un rayo de su aureola luminosa, en un soplo de su poder omnipotente; para que no quede en ellos más que el soplo, el rayo, la ola, la palpitación divina que los ha purificado con el bautismo celeste en la trasfiguración sobrehumana del amor y del sentimiento.

Nadie ha llegado tan alto en los vuelos de ese misticismo, en los transportes de ese amor sobrenatural y celeste, como el libro de la *Imitación de Cristo*. «El amor es gran cosa; un bien admirable; pues sólo él hace ligero lo que es pesado, y sufre con inalterable tranquilidad los varios accidentes de esta vida; soporta sin pena lo que es penoso, y hace dulce y agradable lo que es amargo. El amor es generoso; impulsa las almas á grandes hechos y las excita á desear lo más perfecto. El amor aspira á la elevación, y no consiente verse encadenado por cosas mezquinas. El amor quiere ser libre y ajeno á las afecciones terrenas, por temor de que su luz interior se extinga ú oscurezca al soplo de los bienes ó los males del mundo. Nada hay en el cielo y en la tierra más dulce ó más poderoso, ó más alto ó más extenso, ó mejor que el amor, porque el amor procede de Dios, y elevándose sobre todas las criaturas, no puede descansar sino en Dios. El que ama, vive siempre rodeado de alegría; corre, vuela, es libre, y nada le detiene; da todo por todos y posee todo en todos, porque descansa en ese bien único y supremo que es superior á todo, y del que se derivan y proceden todos los bienes.

No se detiene en los favores que se le hacen, sino que se eleva con todo su ímpetu hacia aquél que se los dispensa. Sólo el que ama puede comprender los gritos del amor, y esas palabras de fuego que un alma vivamente llena de Dios le dirige, cuando dice: «Tú eres mi Dios; tú eres mi amor; tú eres todo mío, y yo soy toda tuya.» «Escucha mi corazón para que te ame más, para que conozca por medio de un deleite interior y espiritual cuán dulce es amarte, nadar y perderse, por decirlo así, en el Océano de tu amor» (1).

(1) Del libro *Imitación de Cristo*.

Ahí tenéis, en las palabras de ese libro divino, la quinta esencia de la doctrina místico-cristiana. Ahí tenéis cómo se sabía amar en la Edad Media. ¡Y qué altísima trascendencia la de esas páginas ingenuas y sublimes en el alma de aquellas generaciones idealistas! Unos han vestido la cruz, y marchado camino del Oriente á las Cruzadas; otros se refugian en los claustros para desvanecerse en la pura adoración de lo infinito; aquéllos van de jubileo en jubileo y de cenobio en cenobio, para dejar los destellos de su genio en frescos, en imágenes, y ganar de este modo el perdón de sus pecados; quién empuña el bordón del peregrino, y quién se viste de férrea armadura, y vá de castillo en castillo, de corte en corte, de batalla en batalla, realizando todos los prodigios de la caballería cristiana. Un poeta, un soñador, un desterrado, después de haber visitado en vida el universo de las almas, deja á las edades atónitas esa epopeya cristiana, que se llama *La Divina Comedia*, un joven, un profeta, un iluminado, que ha recibido en su cuerpo los estigmas de las llagas de Cristo, enloquece al mundo con el rumor de sus predicaciones vehementísimas; una mujer, una monja, consejera de los Pontífices, arrastra á la penitencia y al cenobio coro de princesas ilustres, de damas nobilísimas, encanto y desesperación de los caballeros y de los trovadores de su siglo; un canónigo, un taumaturgo, un nuevo apóstol, conquista para la Cruz la tierra, sin más soldados que unos cuantos varones humildísimos, ni más armas que las flores del hermoso Rosario de la Virgen; un fraile, un filósofo, un titán, «cuyo corazón era un éxtasis, cuyo entendimiento era una revelación,» remata el admirable sistema de su doctrina con la suave claridad del *lumen gloriæ*; un Rey, un guerrero, un santo, gobierna sus Estados como los soberanos de la Escritura, en el nombre de Dios grande y pacífico, y escribe en el proemio de sus códigos el reinado social de Jesucristo; otro Monarca, poeta, astrólogo, historiador, jurisconsulto, herido por todos los desencantos de la tierra y por todos los ensueños de la inmortalidad, canta en inmortales trovas las grandezas de la Virgen Madre, y plañe las soledades de su vida desde el recinto de romancesca ciudad, á la que dió por emblema de sus blasones el

simbólico *nodo*; un penitente, un artista, consumido por la fiebre de la eternidad que llevaba sobre su fantasía, deja ahí, en Camposanto incomparable, cubierto por la tierra sagrada que purificó Cristo con su planta, las visiones del *Apocalipsis*, espectáculo siempre presente á la conciencia de la humanidad en aquellos siglos; un insensato, un mendigo, un discípulo de San Francisco, un bienaventurado, «grande en el siglo y humilde en el claustro,» escribe el himno del *Stabat Mater*, cuyas estrofas, llenas de lágrimas, son como la revelación de un alma, más que de hombre de ángel; otro pobre franciscano, depositario de la tradición seráfica, conmueve al mundo con los acentos del *Dies iræ*, que resuenan en el fondo de las conciencias como las trompetas del ángel en el fondo de las tumbas; un genio, un escultor, un creyente, levanta hasta las claridades del empíreo, como la *Suma Teológica*, escrita en piedra, sepulcro, cenobio, templo maravilloso donde pintarán Giotto, el amigo de Dante, y Simone Memmi, el amigo de Petrarca, las escenas de la *Leyenda Franciscana*; un poeta extraordinario, cuyo espíritu se siente en esos cánticos anónimos, en la Edad Media tan frecuentes, lega á todas las literaturas, como herencia de aquellos tiempos, el poema de la *Danza Macabra*, tras de cuyas estrofas se abre el abismo de irremediable muerte, que se lleva á su fosa entre las danzas de sus coros voluptuosos, Pontífices, Reinas, Emperadores, *los que viven por sus manos, y los ricos*, generaciones y siglos, todos disipados como sueño; otro poeta, nutrido con las visiones de los claustros, con la lectura de las viejas crónicas monásticas y de los recitados del facistol, adornados con las toscas viñetas y las candorosas iluminaciones de los pintores bizantinos, escribe esa *Odisea* á la eternidad, el libro clásico de la leyenda, todo compenetrado por los resplandores del mundo sobrenatural é invisible; una heroína, una princesa, una santa, allá por la corte de Turingia, alborozada por las canciones de los *Minnesingers*, y, por el estruendo de regias cacerías, abandona la diadema para ceñir la corona de espinas, como Cristo, y arrastrar gravitando hacia el cielo de su gloria, que cantó Montalembert, á todas las almas nobles y entusiastas; por donde quiera, en la catedral y en el

cenobio, en el burgo y en el campo, en el castillo y en la choza, en las universidades y en las cortes, coros de místicos, de precursores, de filósofos, de poetas, de espiritualistas, de taumaturgos, seres de ensueños, de tristezas, de pasiones, llenos de profundo amor, jamás satisfecho, que caminan por la tierra llevando sobre su frente los dolores de todas las almas generosas, en busca, como Hamlet, de la escena final del cementerio, de las mansiones de la tumba, sobre la que los ángeles del cielo entonan el *Requiem* eterno y el poema bendito de la resurrección universal.

CONCLUSIÓN

Llegado en el curso de la Filosofía cristiana á la cima del siglo XII, todo lleno con las predicaciones de San Bernardo, y detenido en mis propósitos por estudios de bien distinta índole, que hoy por hoy solicitan mi atención perseverante, suspendo aquí las investigaciones á la Edad Media consagradas, dando fin y remate á la primera serie de estos *Estudios*, ayunos, en verdad de todo mérito, pero sinceros, desinteresados y entusiastas, como la convicción que me ha animado al escribirlos. Preparados tengo los materiales de los demás volúmenes que, Dios mediante, irán viendo la pública luz; dedicado el segundo de ellos al estudio de la filosofía de San Bernardo y de los doctores escolásticos, Alejandro de Hales, Gante, Durando, Alberto Magno, eclipsados todos por la grandeza de San Buenaventura y de Santo Tomás, esos titanes del siglo XIII, que van á influir para siempre, con movimiento tan decisivo, en el desarrollo de la civilización católica. En la tercera serie diré algo de lo mucho que pudiera escribirse acerca del carácter espiritualista de la literatura en la Edad Media; de Hroswitha, de su teatro, precursor del teatro de Shakespeare, en el Auto de *Calimaco* y

Drusiana, por ejemplo (1), concluyendo con el análisis de la cuestión suscitada en Alemania hace pocos meses sobre la autenticidad de las obras que hoy conocemos, de la insigne monja. Luego estudiaré el nacimiento de las distintas literaturas nacionales; la leyenda, en sus tres clasificaciones: religiosa, política y profana; la leyenda por excelencia del siglo XIII, la Leyenda dominicana y franciscana, y el influjo de todas ellas en la literatura y en la vida de aquellos tiempos. Como precursor de Dante, expondré detenidamente la agitadísima interesante vida del B. Iacopone de Todi, que ha dejado estela tan luminosa en la leyenda y en la historia, y cuyas obras, hoy casi desconocidas ú olvidadas, analizaré, teniendo á la vista la rarísima edición de *Tresatti*, hecha en Venecia, en 1617, con el título de *Poesie spirituali*. Iacopone es el autor del *Stabat Mater*, que como dice Ozanam, no ha podido escucharse jamás en la luctuosa tarde del Viernes Santo, sin sentir el escalofrío de lo sublime (2).

Dante, el *Santo Tomás de la poesía* (3), será después objeto de mis investigaciones, teniendo muy en cuenta lo último que se ha dicho referente á la vida y doctrina del *poeta altísimo*, en quien se reasume, por maravillosa manera, toda la epopeya católica, que es también la verdadera y colosal epopeya de los siglos medios. Un estudio crítico comparativo de la literatura de la Edad Media, y de la literatura que cae más acá del Renacimiento y de la Reforma, pondrá término á la tercera parte de este trabajo, con tanto amor empezado y proseguido. En otro volumen procuraré reasumir el sentido íntimo de la política católica que ha gobernado á Europa durante cuasi todo el trascurso de la Edad Media, hasta el nacimiento del poder absoluto de los reyes, reaparecido al conjuro de los jurisconsultos, que, educados en las Universidades, y bien empapados en el *jus romanum*, van á ser los con-

(1) V. á *Magnin* en la curiosa y notable obra que dedicó al estudio de Hroswitha, edición muy rara, y que he visto en la librería de mi cariñoso amigo el príncipe de los críticos, y el mejor de los hombres, D. Manuel Cañete.

(2) En *Les Poètes Franciscains*.

(3) Ozanam, en su libro del *Dante*.

sejeros de los Monarcas, y los iniciadores de la autoridad omnímota, ó de *derecho divino*, consagrado más tarde por Lutero, y por los principales doctores de la secta protestante (1).

El último volumen de los que me propongo publicar por

(1) La organización social política de aquellos siglos, estribaba en la subordinación de todos los reinos á la Santa Sede, en interés de ellos mismos. Declarándose vasallos del Papa, se aseguraban para sí y sus hijos poderosa protección, en contra de la usurpación de sus vecinos, y de la rebelión de los pueblos. Esta protección era muy importante, porque la autoridad de la Santa Sede venía á ser entonces la única reconocida y respetada universalmente, no reinando, fuera de ella, más que el despotismo ó la anarquía. Reyes débiles ó mal seguros en su trono, solicitaban la dependencia de la Sede pontificia, y aun la recibían como un favor. Por eso Demetrio, Rey de los rusos, envió su hijo á Roma, para suplicar con vivas instancias, *devotis precibus*, al Papa, recibiera el reino de su padre como feudo de San Pedro. Hablando de la organización social de la Edad Media, escribe el protestante Heichheorn: *La cristiandad, que según el destino divino de la Iglesia, abraza á todos los pueblos de la tierra, forma un todo, cuyo bienestar se halla bajo la custodia del poder que Dios mismo ha confiado á ciertas personas. El poder es de dos especies: espiritual y temporal. Uno y otro están confiados al Papa, de quien el Emperador, en calidad de jefe visible de la cristiandad, por los negocios del siglo, y en general todos los Príncipes obtienen el poder temporal. Los dos poderes deben prestarse mutuo apoyo. TODO PODER VIENE DE DIOS, puesto que el Estado es de institución divina. Pero el poder espiritual pertenece solamente al Papa, del que comunica una parte á los Obispos, como á sus ayudantes (adjutores), para ejercerlo bajo sus órdenes.*

Así hablan el Derecho público de aquella época, *el Derecho Sajón*, por ejemplo, que era el que generalmente regía al SACRO IMPERIO. Lo mismo dice el *Derecho de Suabia*, cuando consigna: *Dios, que es llamado PRÍNCIPE DE LA PAZ, al subir al cielo, dejó dos espadas en la tierra. Estas dos espadas las concedió, á San Pedro, la una, para la justicia espiritual, y la otra para la justicia temporal.*

Respecto á la espada temporal, el Papa la cede al Emperador. Lo mismo expone el *Derecho Sajón* cuando dice que hay dos poderes para el buen régimen del mundo. Así el Emperador, por delegación del Papa, *había de fortalecer la justicia, debilitar la injusticia, presidir el Imperio por el interés de todos y según su poder.* (Art. 22 del Derecho de Suabia.) El poder de los Papas era poder moderador, y como escribe el jurisconsulto Senkemberg: *Puede asegurarse que no hay en la historia ejemplo de Papa alguno que procediera contra los Soberanos justos y legítimos, encerrados en la esfera de sus derechos y verdaderos administradores de sus pueblos.* Véase la *Historia del Papa Gregorio VII y de su siglo.* Escrita en alemán por J. VOIGT, protestante, y traducida al francés por Mr. Jager. T. I, introd.

ahora, reseñará, con el auxilio de las *Crónicas* más autorizadas y de documentos inéditos que he tenido la suerte de consultar, la vida íntima de aquellas generaciones, espectáculos, creencias, industrias; la ciudad, el municipio, la iglesia; la iglesia, que levanta sus torres á lo infinito, sobre todas las esferas de la actividad, en los siglos medios, recogiendo de la tierra plegarias y trayendo en cambio consuelos y bendiciones, en la mirada de las vírgenes y de los ángeles, que abren sus alas allá en la inmensidad de los luminosos cielos.

Así, esculpidas las magnificencias de la Edad Media, engrandecida y purificada por el soplo del espiritualismo cristiano, acaso puedan estas humildes páginas despertar alguna simpatía por esas generaciones muertas, en el alma de los que por ignorancia ó por pasión, han amontonado calumnia sobre calumnia para mancillar aquellos gloriosos siglos de fe (1). Y ahí queda, en el Sinaí de la historia, el siglo XIII como perdurable protesta contra las preocupaciones de los hombres.

Dejad, dejad que lo recuerde. ¡Qué espectáculo! Dante coronando la enciclopedia católica con los fulgores de su Paraíso

in cui han posto mano cielo e terra;

San Francisco, el Cristo de la Edad Media, predicando á los hombres y á los pájaros las bienaventuranzas; Rogerio Bacon adivinando en el retiro de su celda la pólvora, el vapor, el telescopio; Alberto Magno explicando por las universidades de Colonia y de París «la primera entonces del mun-

(1) Montesquieu, por ejemplo, llama *idiotas* á las leyes dadas por las razas bárbaras que se establecieron en Europa á la caída del Imperio. Tiraboschi, niega toda importancia á la Edad Media, en todo lo concerniente á su literatura (*Storia*, etc.... T. I y II); Bota, la apellida *desenfrenada y estúpida*; Robertson, dice que *las Cruzadas son el testimonio más insigne de la locura humana* (*History of the reign of Charles the fifth.*); Voltaire, piensa que debe de estudiarse la historia de los siglos medios, *tan sólo para despreciarlos*, y el citado Montesquieu juzga inútil en la historia de la civilización á la Edad Media. (*Essai sur l'esprit des lois.*)

do» (1), los misterios de la ciencia teológica y los arcanos de las ciencias naturales; Santo Tomás, «cuyo corazón era un éxtasis y cuyo pensamiento era una revelación,» elevando hasta el empíreo la cúspide luminosa de la Suma; las crónicas populares encarnándose en Froissard, en Joinville, en Villeharduino, en el Arzobispo D. Rodrigo, en el Rey don Alfonso X,

*Emperador de Alemania que foé,
Aquel que los Reyes besaban el pie
E Reinas pedían limosna é mancilla... (2)*

las Sumas de los Doctores escolásticos, Alejandro de Hales, Enrique de Gante, Suso, desenvolviendo los luminosos principios de la inmutable filosofía católica; la Medicina, cultivada por los árabes, leída en las escuelas famosas de Montpellier y de Salerno, y el Derecho romano, cultivado por los jurisconsultos, leído en las Universidades célebres de Padua, de Salamanca, de Bolonia; San Buenaventura, el poeta seráfico, exaltando las almas con los coloquios del amor divino; las catedrales góticas, elevando la aguja de sus torres y el rumor de sus campanas hasta el arrebol de los espacios; Santo Domingo, el *Querubín*, como Dante le apellida, *herido en aquel punto céntrico del corazón, do se anida el amor*, disciplinando la orden de los Dominicanos, maestros de toda ciencia; Raimundo Lulio, cortesano y peregrino, matemático y filósofo, militar y cenobita, dejando á la Filosofía el resplandor de sus ideas, y á la Leyenda los episodios de su vida agitadísima; los místicos Kempis, Ekard, Taulert, Susson, exaltando el corazón á lo infinito, por la penitencia y el dolor, sin el que nada se dignifica ni ennoblece; la Carta Magna en Inglaterra, rehabilitando las sabias leyes del Rey San Eduardo, el defensor eterno de la Iglesia; los Emperadores y los Reyes, como

(1) Bula de Alejandro IV, citada por Raynaldo. *Anales*.

(2) Alfonso X. Libro de las *Querellas*, citado por Quintana en la *Introd. á las Poesías selectas castellanas*. Tomo I, pág. 10; Madrid, 1830.

Fernando III, Luis IX, Alfonso X, Jaime el Conquistador, Afonso III, Rodolfo de Absburgo, *coronados por la mano de Dios grande y pacífico*; los artistas, en busca del perdón para sus pecados, refugiándose como en su propio cariñoso nido, en el cenobio de Asis, en el cementerio de Pisa; los Jubileos solemnísimos y las fiestas populares, enardecido á los pueblos, penitentes ó guerreros; las ciencias congregadas en los *Espejos*, las letras en los *Tesoros*, las artes en las catedrales, por todas las páginas maravillosas del siglo XIII, coros inmortales de ángeles, de santos, de sabios, de místicos, de trovadores, de peregrinos, de cruzados, de pintores, de escultores, confundidos en el mismo anhelo por la patria amada; y sobre los coros inmortales, la celeste figura del Pontífice Inocencio III, cuya apoteosis sólo puede ser celebrada dignamente por el Señor de las magnificencias, en el Concilio eterno de sus santos (1).

Confieso á la verdad que nuestro siglo no es el siglo de las grandes exaltaciones del espíritu. Ninguna época como nuestra época tan crecida en su estatura material; pero ninguna como la nuestra tan menguada en su estatura moral. Hoy, en presencia de las supremas negaciones revolucionarias, es preciso entusiasmo tan vehemente y puro, como el que despertaba á los cruzados en la Edad Media al hermoso grito: *¡Dios lo quiere!* Hoy, como en el siglo XIII, es necesario, si ha de crecer el hombre, si ha de purificarse la Historia, prender fuego á la tierra con la hoguera del espiritualismo cristiano; encender los huesos de esta sociedad decrepita, revolcada entre el lodo de las pasiones, con la llama de un grande ideal. Entonces, cuando el espiritualismo vuelva de nuevo á informar la vida, como la informó en la Edad Media, entonces cantará el Angel el *Survexit* de la Pascua venturosa; los peregrinos llenarán con el rumor de las salmodias las plazas y los caminos; las Universidades pedirán inspiraciones á las decretales de los Pontífices, á las decisiones de los Concilios, á la Suma

(1) V. *Histoire de Inocent III et de ses contemporaines*, escrita por el protestante Hurter.

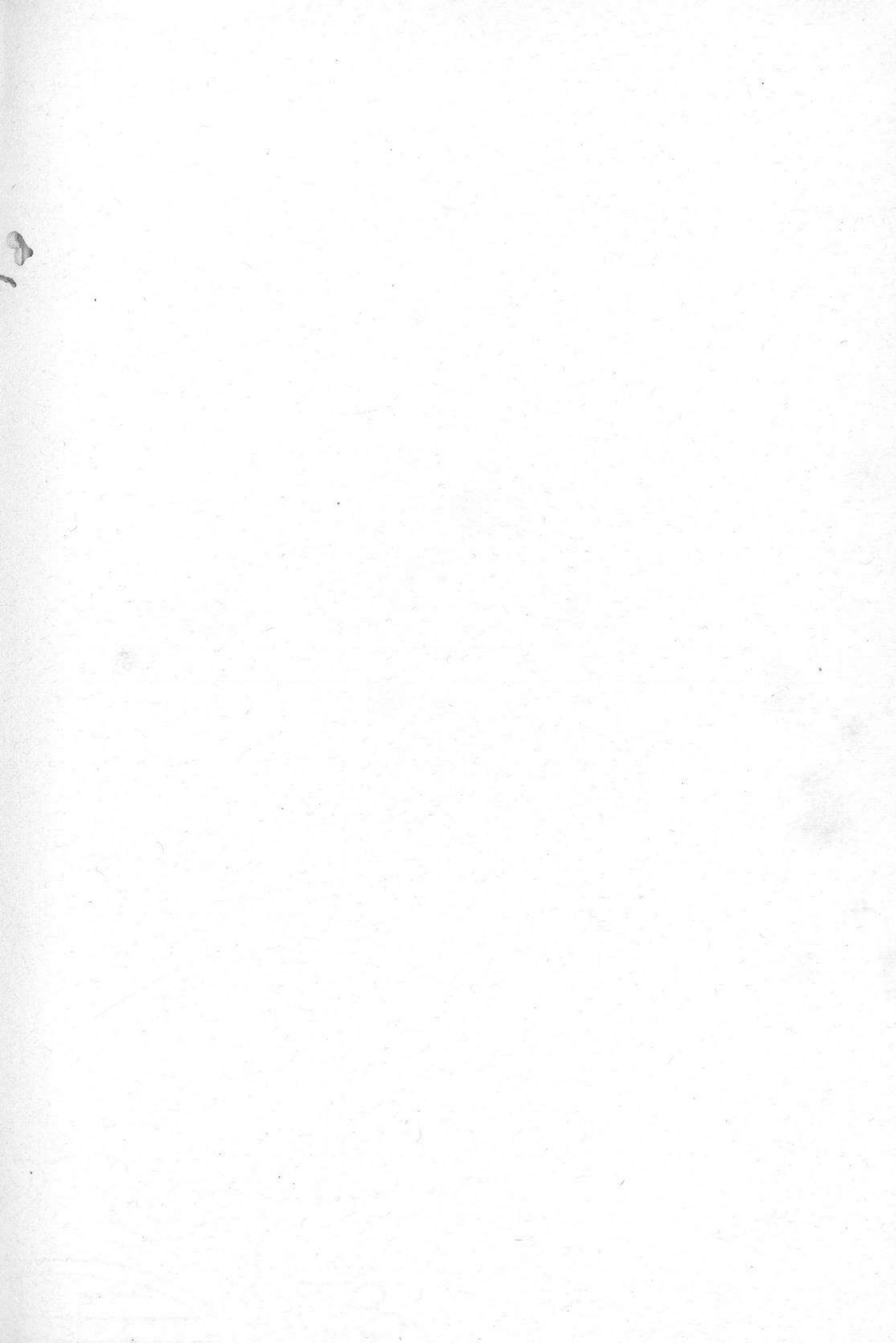
de Santo Tomás, *después de cuyas conclusiones sólo resta el lumen gloriæ*; los Códigos proclamarán en su primera página el reinado social de Jesucristo; el romanticismo caballeresco, idealizando á la mujer y exaltando al amor, hermostrará la Historia y la Leyenda; el espiritualismo trastornará á la tierra con la *locura de la Cruz* que el Apóstol predicaba; las ciencias volverán á congregarse en los *Espejos*, las letras en los *Tesoros*, las artes en las catedrales góticas que levantan al cielo sus agujas, como en nuestras ciudades castellanas, frente á las pardas torres del Municipio; la humanidad, dos veces bautizada y redimida, caerá de nuevo, como la pecadora del Evangelio, á las plantas del Salvador divino; y resucitando todo lo excelso, todo lo puro, todo lo bello, todo lo noble que palpita en el alma de los siglos medios, nuevos cánticos de *Aleluya* resonarán junto al altar cristiano, para hacer su carrera por la vasta extensión del universo.

OVIEDO, *Octubre de 1886.*—MADRID, *Febrero de 1887.*



ERRATAS MÁS NOTABLES

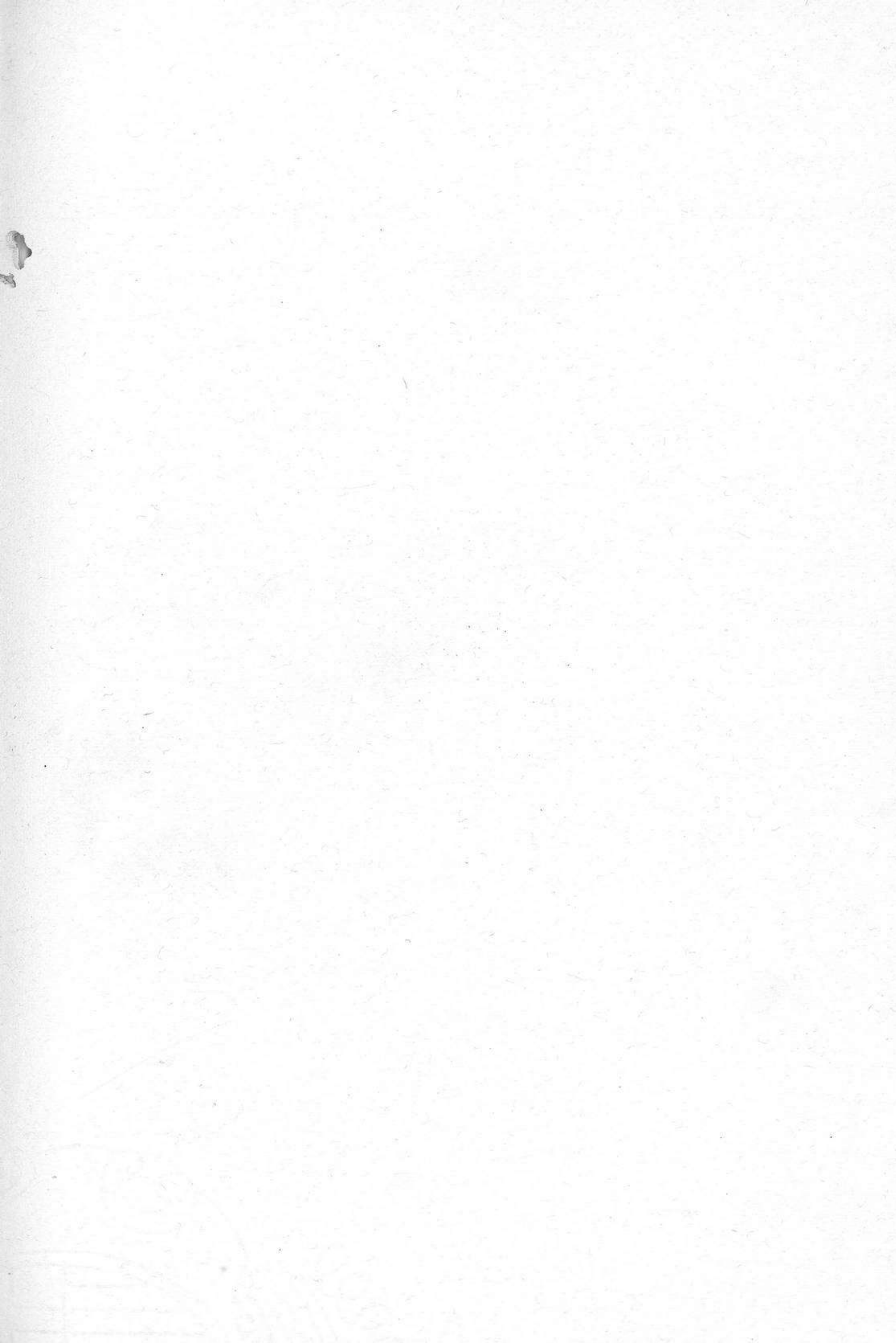
PÁGINAS	DICE	DEBE DECIR
16	Euod libeta	Quod libeta
24	allí estarían	allí estaban
43	His of Ingrand	Hist. of England
43	Ad.—Timoth.	Ad Timoth.
47	Jerusalem; la adúltera;	Jerusalém la adúltera;
49	santos; asciende al cielo	santos asciende al cielo
57	De los burgos de nuestro Reino, hermanos de Portugal,	De los burgos de nuestro Reino hermano, de Portugal,
61	Infeliz del	Infeliz el
79	Ouvres	Oeuvres
113	Gandf.	Gaudf.
124	sicofautas	sicofantas
126	que se llama la <i>Divina Comedia</i> ,	que se llama la <i>Divine Comedie</i> ;



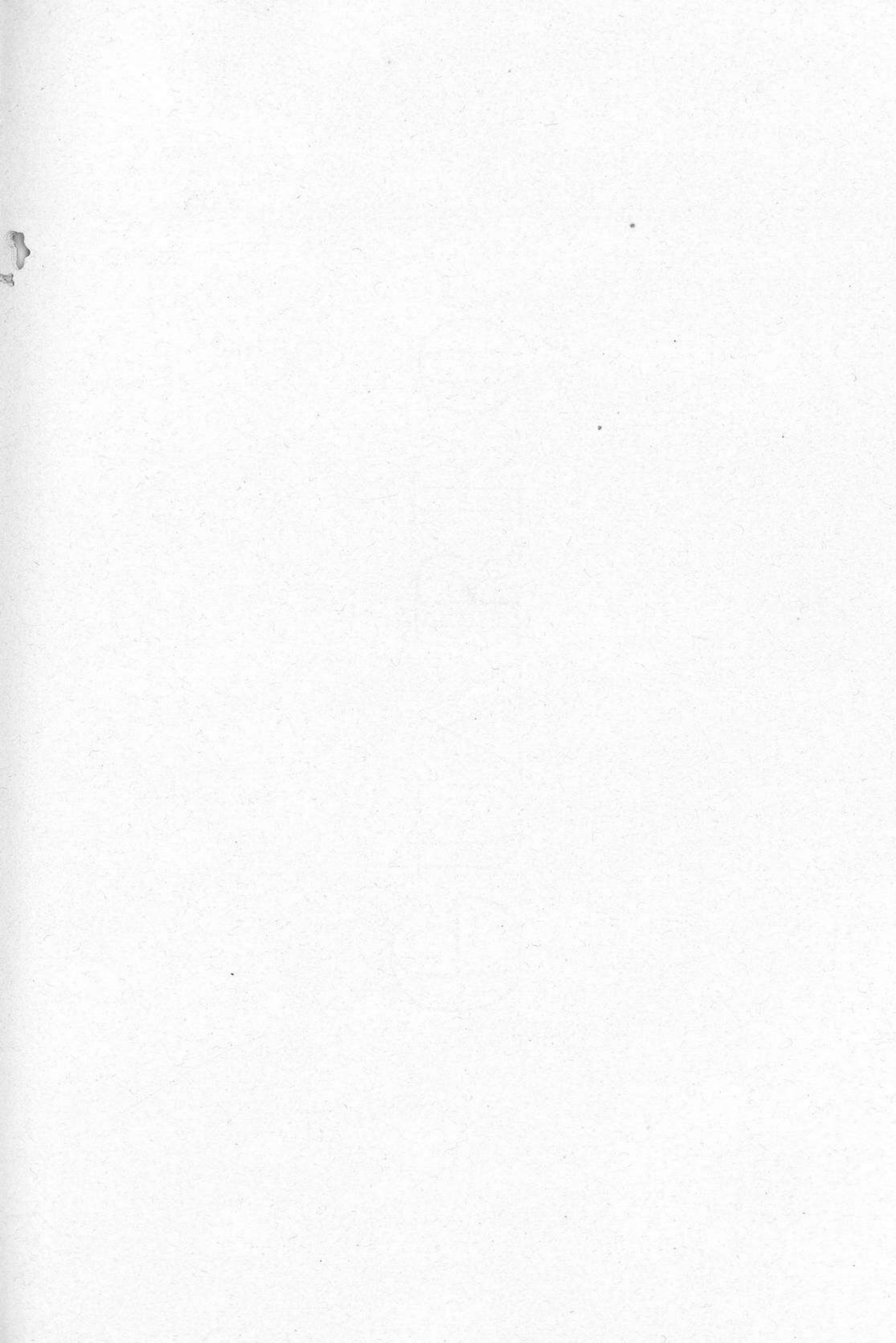






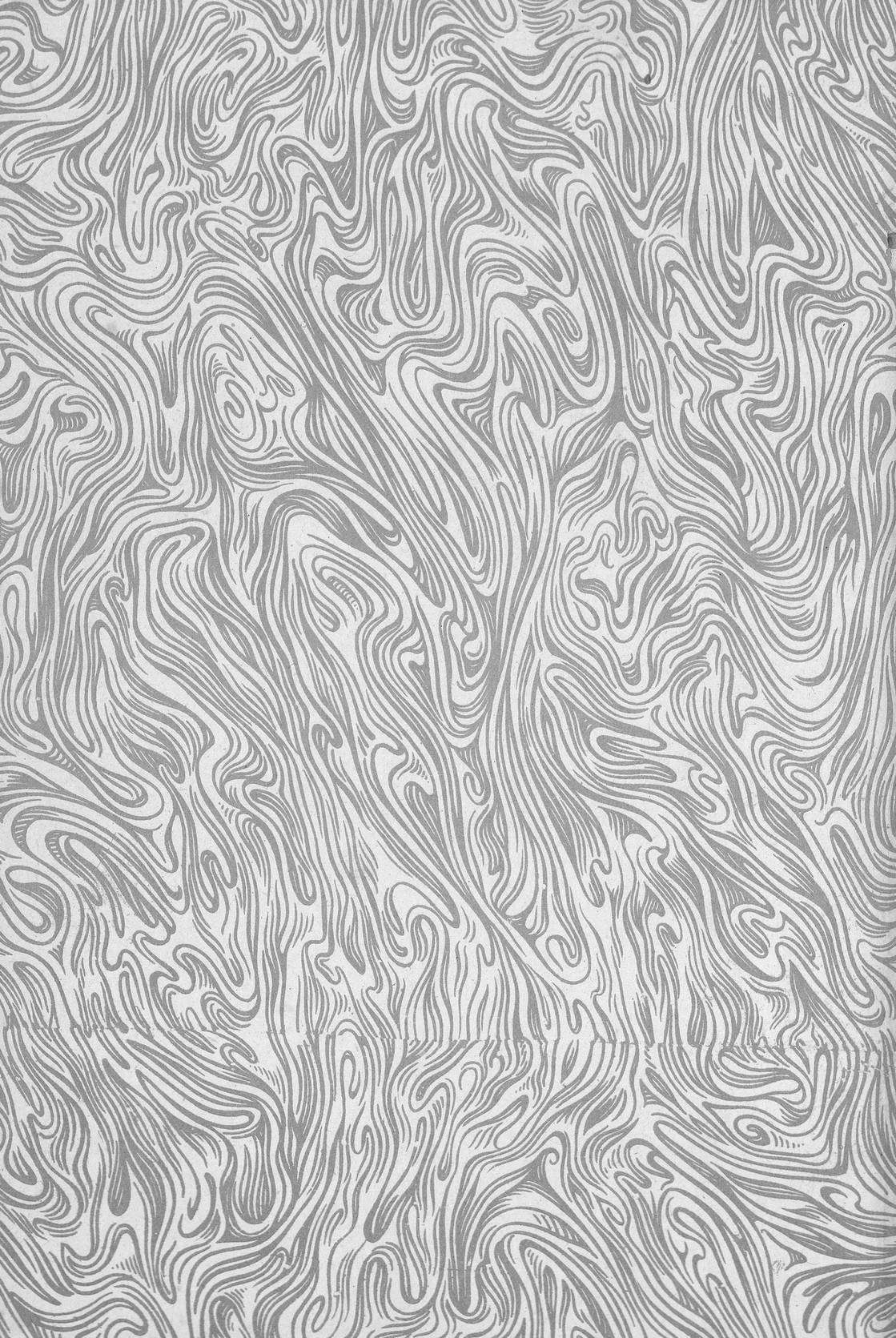


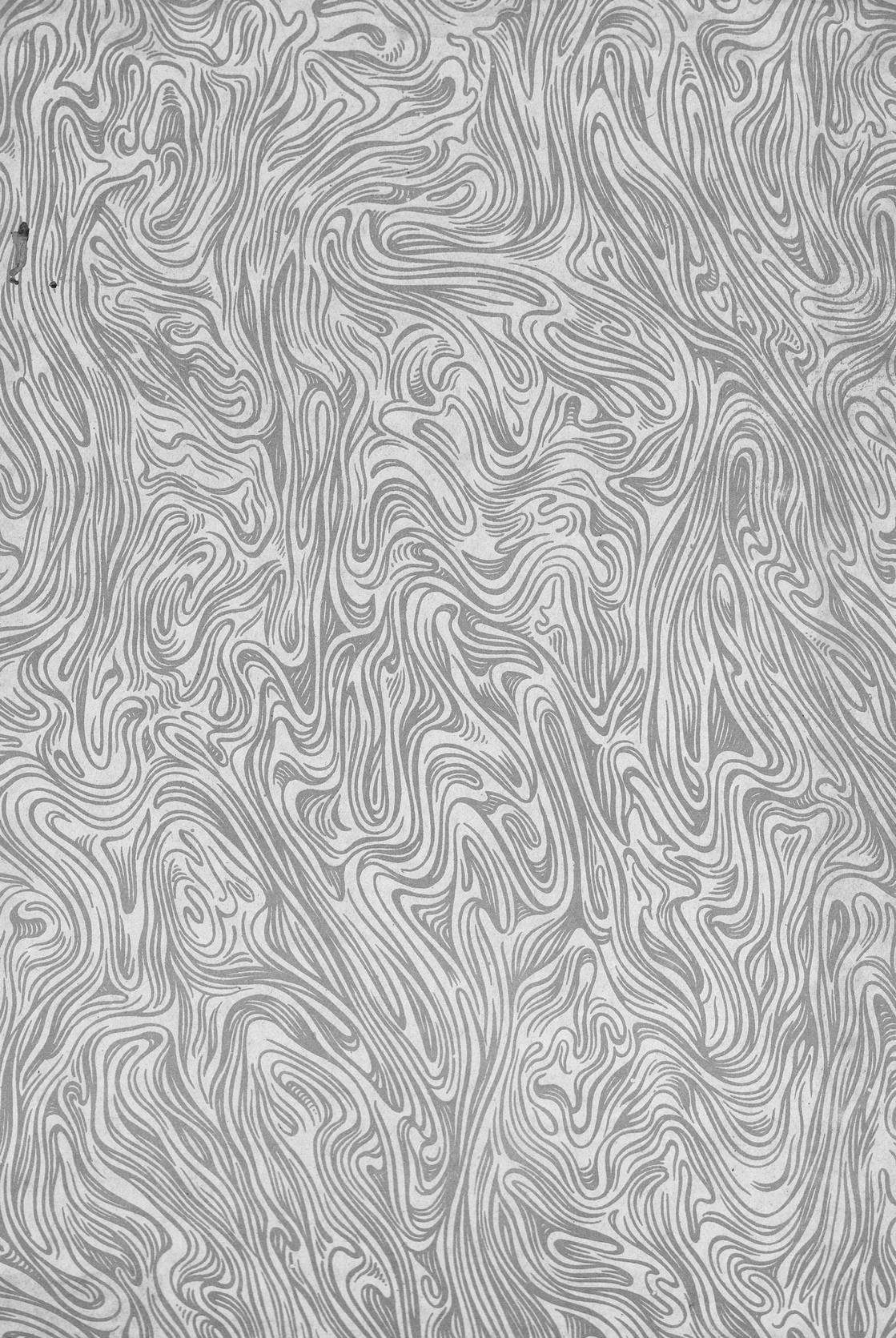














1885

ESTUDIOS
SANDOVAL



EDAD

MÉDIA

ESTUDIOS

ESTUDIOS

1885